



Los
**Estados Unidos
y Gran Bretaña**
en la profecía bíblica

ESTE FOLLETO NO ES PARA LA VENTA

© 2018 Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*,

Todos los derechos reservados. Impreso en Estados Unidos.

Es una publicación de la Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*,
que se distribuye gratuitamente.

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

Los Estados Unidos y Gran Bretaña en la profecía bíblica

El lector notará el uso del término *el Eterno* en lugar del nombre *Jehová* que aparece en algunas ediciones de la Biblia. La palabra *Jehová* es una adaptación inexacta al español del nombre hebreo YHVH, que en opinión de muchos eruditos está relacionado con el verbo *ser*. En algunas Biblias este nombre aparece traducido como *Yahveh*, *Yavé*, *Señor*, etc.; en nuestras publicaciones lo hemos sustituido con la expresión *el Eterno*, por considerar que refleja más claramente el carácter imperecedero e inmutable del “Alto y Sublime, el que habita la eternidad” (Isaías 57:15).

Contenido

3 Dos naciones que cambiaron al mundo

¿Cómo fue posible que una nación insular relativamente pequeña y un grupo de colonias remotas apiñadas a lo largo de un continente llegaran a dominar el mundo por los últimos dos siglos? ¡La sorprendente respuesta se encuentra en la profecía bíblica!

6 El pacto de Dios con Abraham y sus descendientes

La asombrosa historia del ascenso a la grandeza de los Estados Unidos y Gran Bretaña comenzó hace cuatro mil años con el patriarca bíblico Abraham. Las promesas de Dios harían posible un extraordinario futuro para sus descendientes.

27 La época de oro de Israel

Dios deseaba que Israel fuese una nación modelo para los otros reinos y culturas que la rodeaban. Bajo los reinados de David y Salomón, el reino de Israel alcanzó su apogeo. Lamentablemente, su gloria sería de muy corta duración.

42 Del imperio al exilio

Israel probó ser un ejemplo para las otras naciones — pero no uno positivo. Los pecados de Salomón establecieron el escenario para la división y el colapso de Israel y, a la larga, para la desaparición de diez de sus tribus de las páginas de la historia.

58 Cómo rastrear los orígenes de los europeos del noroeste

Poco después que los asirios deportaran a las tribus israelitas al norte del Medio Oriente, un nuevo pueblo apareció súbitamente en aquella región y con el tiempo llegó a poblar el noroeste de Europa. ¿Existe un vínculo entre ambos?

74 Gran Bretaña y los Estados Unidos heredan el patrimonio de José

Gran Bretaña surgió repentinamente y llegó a encabezar el imperio más grande que el mundo jamás haya visto. Este fue seguido de cerca por el ascenso de la nación más poderosa en la historia del mundo: los Estados Unidos. ¡Ambos logros fueron predichos muchísimo tiempo atrás en la profecía bíblica!

95 Del juicio de Dios al destino profetizado

Dios predijo no solamente el auge de Gran Bretaña y los Estados Unidos, sino también lo que les sucederá a estas naciones si, al igual que sus antiguos ancestros bíblicos, rechazan la verdadera fuente de sus bendiciones. ¿Revela acaso la profecía lo que les depara el futuro?

Dos naciones que cambiaron al mundo

“He aquí que las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas le son estimadas; he aquí que hace desaparecer las islas como polvo . . . ¿A qué, pues, haréis semejante a Dios, o qué imagen le compondréis?” (Isaías 40:15, 18).

Es una historia fascinante: el ascenso de los pueblos de habla inglesa a sus destacadas posiciones de poder e influencia sobre el mundo moderno.

La historia muestra que su ascenso a la grandeza se inició en medio de la confusión producida por la Reforma Protestante. Al separarse de Roma, Inglaterra se vio enfrentada a la hostilidad tanto de la iglesia continental como de la España imperial, la nación más poderosa del mundo de aquel entonces, y comenzó a mirar más allá de los mares en búsqueda de seguridad e intercambio comercial.

Durante el mandato de la reina Isabel I (1558-1603) se enviaron exploradores por todo el mundo. Esto condujo al establecimiento de colonias que luego prosperaron y formaron, entre otros, los Estados Unidos de América y las naciones de la Mancomunidad Británica (ahora llamada Mancomunidad de Naciones).

Los historiadores han llamado a estas naciones “imperios revolucionarios”, porque no fueron tiranías opresoras como otros países o imperios anteriores, en los cuales todos estaban sujetos a dictadores totalitarios.

Cada colonia tenía su propio parlamento o congreso, a los cuales los votantes enviaban representantes electos. Las personas podían poseer



El famoso reloj Big Ben, en Londres, y la estatua de la Libertad, en Nueva York, son dos símbolos que representan muy apropiadamente el poderío de Gran Bretaña y Estados Unidos y sus grandes contribuciones a la civilización.

terrenos, practicar su religión e incluso llevar a su gobierno a la corte, en tanto que los periódicos podían criticar abiertamente a las autoridades. En estas naciones, que se convirtieron en el mejor ejemplo de estabilidad política en toda la historia moderna, había plena libertad para publicar libros y en su medio prosperaron muchas ideas innovadoras.

Estas nuevas ideas llevaron a la formación gradual de un gran conglomerado de naciones: el Imperio británico y la Mancomunidad de Naciones, y de la república más exitosa del mundo, los Estados Unidos de América.

¿Por qué ha sido tan benevolente y económicamente generosa la historia con Gran Bretaña y Estados Unidos? [Nota: Gran Bretaña comprende Escocia, Inglaterra y Gales]. ¿Por qué han sido bendecidas de manera tan favorable estas naciones, superando a otras que las precedieron en la historia? La respuesta reside en el significado y cumplimiento de la profecía bíblica.

¿Es lógico creer que al revelar los acontecimientos que conllevarían al regreso del Mesías en los últimos días, Dios simplemente pasaría por alto a los Estados Unidos y al Imperio británico?

Por asombroso que parezca, las dos estaban destinadas, según la profecía bíblica, a convertirse en superpotencias. Una precedería a la otra en su categoría de potencia mundial y ambas dominarían los asuntos internacionales, cada una en su momento. Otras naciones incluso les solicitarían ayuda para que las protegieran de regímenes despóticos pero, por sobre todo, ellas harían posible las libertades democráticas y religiosas para las naciones de habla inglesa.

En las dos guerras mundiales, la Mancomunidad Británica y los Estados Unidos salvaron virtualmente a todo el mundo civilizado de otras naciones que intentaron dominar al mundo. Sin ellos, nuestro mundo sería completamente diferente en muchos aspectos.

El mismo ambiente que alentó la libertad de expresión condujo a la Revolución Industrial, la cual transformó al mundo. En el siglo transcurrido entre el fin de las guerras napoleónicas y el comienzo de la Primera Guerra Mundial (1815-1914), la experiencia y el capital británicos hicieron prosperar las economías de sus colonias (que componían un cuarto de la población mundial) y contribuyeron al desarrollo de la incipiente nación estadounidense y de las nuevas naciones independientes de Sudamérica. Después de la Segunda Guerra Mundial, la prosperidad económica y generosidad de Estados Unidos –a través del Plan Marshall– permitieron que Europa y Japón comenzaran a andar nuevamente.

El actual debilitamiento de Gran Bretaña y Estados Unidos está dejando un vacío alrededor del orbe. La disolución del Imperio británico hizo aflorar conflictos étnicos que se habían mantenido a raya bajo el colonialismo. Las guerras en el Medio Oriente, África, Asia del Sur y el Pacífico han sido y son el resultado directo de la descolonización, y han contribuido a la complejidad e inestabilidad de nuestro mundo.

A simple vista pareciera que el poderoso país norteamericano está lidiando exitosamente con estos problemas, pero la verdad es que su estatus internacional está en franco deterioro. Gran Bretaña y Estados Unidos, que desde hace mucho han encabezado la vanguardia del progreso, se enfrentan de manera creciente a complejos dilemas que tanto en sus territorios como fuera de ellos parecen no tener solución. Mientras tanto, otras potencias en Oriente y Occidente ejercitan sus músculos y se preparan para desafiar la posición de superioridad de Estados Unidos.

Por más de cuatrocientos años, Inglaterra y las naciones que ella engendró han jugado un rol decisivo en el mundo. Gran Bretaña y Estados Unidos han dominado el escenario mundial durante dos siglos, período en el cual algunas profecías bíblicas cruciales relacionadas con el tiempo del fin se han estado cumpliendo frente a nuestros propios ojos.

Todo esto nos lleva a formularnos ciertas preguntas vitales: ¿Por qué son tan evidentes las bendiciones económicas –y los ideales democráticos– en las naciones de habla inglesa? ¿Quiénes son los pueblos británico y estadounidense? ¿Cómo encajan estas dos potencias –Estados Unidos y las naciones que conforman la mayor parte del Imperio británico– en la profecía bíblica?

¿Acaso los pueblos británico y estadounidense son ignorados en las páginas de la Biblia, mientras que naciones menos poderosas son mencionadas específicamente y con frecuencia? ¿Es lógico creer que al revelar los eventos que conllevarían al regreso del Mesías en los últimos días, Dios simplemente pasaría por alto a Estados Unidos y al Imperio británico?

¿O acaso es posible que la mayoría de la gente, incluyendo a muchos estudiantes de la Biblia, no haya logrado comprender las profecías que predijeron con precisión el ascenso a la grandeza de estas naciones y lo que les ocurriría en los últimos días?

Al leer las páginas de este folleto emprenderá un viaje increíble a través de la historia, tanto antigua como moderna. Conocerá pueblos de los que tal vez nunca haya escuchado y visitará tierras que no ha visto. Este conocimiento es una clave vital para comprender nuestro mundo y nuestra era.

Este recorrido también le recordará que el gran Dios, a quien “las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas le son estimadas” (Isaías 40:15), es *siempre* fiel a sus promesas.

El pacto de Dios con Abraham y sus descendientes

“... y serán benditas en ti todas las familias de la tierra” (Génesis 12:3).

Para llegar a comprender algunas de las profecías más increíbles e inspiradoras de la Biblia debemos embarcarnos en un estudio que comienza cuatro mil años atrás, cuando Dios comenzó a trabajar con un hombre llamado Abraham. Él fue un personaje extraordinario; Dios le hizo extraordinarias promesas que continúan impactando no solo a sus descendientes, sino también a todo el mundo.

El relato bíblico acerca de sus descendientes, igualmente extraordinario, cubre la mayor parte de lo que conocemos como el Antiguo Testamento, y está lleno de grandes temas: el ascenso y caída no solo de grandes hombres y mujeres, sino además de reinos e imperios.

La historia de los descendientes de Abraham tiene una buena cuota de giros, vaivenes, subidas y bajadas, y no pocos misterios.

Los libros del Antiguo Testamento describen el proceso de desarrollo de la descendencia de Abraham hasta convertirse en una gran nación —el reino israelita— y el comienzo de su relación con Dios, basada en un pacto especial con él. Dicha nación, compuesta de doce tribus (o grupos familiares), adquirió prominencia temporal.

Sin embargo, al poco tiempo los israelitas se dividieron en dos naciones rivales. La más numerosa de las dos (que retuvo el nombre Israel y estaba compuesta de diez de las doce tribus) rechazó su asociación con Dios y dio origen a uno de los misterios más grandes de la historia cuando su gente fue forzada a salir de su antiguo territorio.

La más pequeña, llamada *Judá* y equivalente al reino del sur, estaba compuesta de las dos tribus restantes y los remanentes de otra. Sus ciudadanos no lograron aprender la lección de sus parientes del norte y también rechazaron a Dios, por lo cual fueron llevados en cautiverio. Sin embargo, en su gran mayoría retuvieron su identidad y se han mantenido visibles a través de la historia como una raza numéricamente insignificante y frecuentemente perseguida: el pueblo judío.

Pero, ¿qué pasó con las diez tribus de Israel, cuyos enemigos las expulsaron a la fuerza de su terruño? El Imperio asirio las capturó y exilió de su patria en el Medio Oriente en el siglo VIII a. C., pero actualmente los

libros de historia convencionales no las mencionan en absoluto. El mundo solo las recuerda como *las diez tribus perdidas de Israel*.

No obstante, Dios hizo un pacto –*un compromiso divino*– con *las doce tribus, sin exceptuar a ninguna*. Él les prometió que *siempre* serían su pueblo y él *siempre* sería su Dios. ¿Podemos confiar en que él cumplirá su palabra? ¿Cómo puede ser posible tal cosa si las diez tribus perdidas se extinguieron, según muchos suponen?

Para añadir más misterio al enigma, la profecía bíblica reiteradamente nos dice que estos supuestos israelitas *perdidos* están destinados a rea-



Las escenas grabadas en una elegante caja excavada en las ruinas de Ur, ubicada antiguamente en el sur del Irak moderno, representan el diario vivir en tiempos de Abraham.

parecer en el escenario mundial cumpliendo un rol de importancia inmediatamente después del regreso de Jesús, y a ser rescatados de un “tiempo de angustia” que podría infligirles más sufrimiento que antes. Incluso los profetas de antaño hablan de volver a *su patria original* bajo el gobierno del Mesías después de este tiempo de angustia.

Note esta promesa que Jesús les hizo a sus apóstoles: “Les aseguro –respondió Jesús– que en la renovación de todas las cosas, cuando el Hijo del hombre se siente en su trono glorioso, ustedes que me han seguido se sentarán también en doce tronos *para gobernar a las doce tribus de Israel*” (Mateo 19:28, Nueva Versión Internacional, énfasis nuestro en todo este folleto).

¿Quiso Jesús realmente decir tal cosa? Si estos descendientes de Israel están destinados a desempeñar un futuro rol mundial que Dios ha profetizado, ¿dónde están ahora? ¿Cómo podemos identificarlos entre los pueblos del mundo actual? Y, por último, ¿por qué es tan importante este conocimiento para nosotros?

A medida que avancemos en este revelador estudio, usted aprenderá cuán involucrado está Dios en darle forma a ciertos aspectos cruciales de nuestro mundo. Usted no puede permitirse ignorar este increíble conocimiento.

Si esta información acerca de las tribus perdidas tuviese solamente un valor histórico y arqueológico, puede que esto sea de interés solo para aquellos que están fascinados con la historia. ¡Pero la verdad es que es mucho más importante que eso!

Es una *llave maestra* para comprender toda la profecía bíblica. Explica por qué tantas profecías hablan de una restauración futura *de todas las tribus de Israel* bajo un reino unido, y por qué tales profecías son tan relevantes en las páginas de las Sagradas Escrituras.

¿Qué es un pacto bíblico?

En el Nuevo Testamento, la palabra pacto viene de la palabra hebrea *b'rit*. Significa “pacto; alianza; convenio; acuerdo; confederación”. Lo más probable es que este nombre se derive de la raíz acádica que significa ‘encadenar, poner grillos’; tiene paralelos en hitita, egipcio, asirio y arameo. *B'rit* se encuentra más de 280 veces en todas las secciones del Antiguo Testamento” (W. E. Vine, *Diccionario Expositivo de Palabras del Antiguo y del Nuevo Testamento Exhaustivo*, 1999, “Pacto, alianza”).

Los pactos de Dios contienen dos componentes especialmente importantes: *término* y *duración*. Aunque los seres humanos hagan pactos o tratados según sus propios diseños y de mutuo acuerdo, los pactos de Dios con las personas son generalmente *unilaterales*. Solo él determina los términos y las condiciones; la gente decide si los acepta o no.

Por ejemplo, después que Dios definió claramente los aspectos del pacto que estaba haciendo con la nación de Israel, incluyendo las bendiciones de honrarlo y las consecuencias de ignorarlo (Levítico 26; Deuteronomio 28-30), ambas partes –Dios y el pueblo de Israel– lo aceptaron.

Mediante este proceso Dios e Israel formaron una *relación* de pacto, un compromiso obligatorio de respetar y cumplir sus respectivos roles.

Un segundo concepto importante que debemos comprender en cuanto al pacto de Dios con Israel es su continua relevancia

en nuestra era. Al reafirmar el pacto con la generación de israelitas que estaban a punto de entrar a la Tierra Prometida, Moisés explicó que ellos hacían esto “para confirmarte hoy como su pueblo, y para que él te sea a ti por Dios, de la manera que él te ha dicho, y como lo juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob. Y *no solamente con vosotros* hago yo este pacto y este juramento, *sino con los que están aquí presentes hoy con nosotros* delante del Eterno nuestro Dios, y con los que no están aquí hoy con nosotros” (Deuteronomio 29:13-15). Claramente, el pacto se aplicaba también a los *descendientes* de Israel.

El rey David, quien comprendía la naturaleza ininterrumpida del pacto, escribió a la llegada del arca del pacto a Jerusalén: “Alabad al Eterno, invocad su nombre, dad a conocer en los pueblos sus obras. Cantad a él, cantadle salmos; hablad de todas sus maravillas . . . El Eterno, él es nuestro Dios; sus juicios están en toda la tierra. Él hace memoria de su pacto perpetuamente, y de la palabra que él mandó para mil generaciones; del pacto que concertó con Abraham, y de su juramento a Isaac; el cual confirmó a Jacob por estatuto, y a Israel por pacto *sempiterno*” (1 Crónicas 16:8-9; 14-17).

Los pactos son simplemente acuerdos vinculantes de dos o más partes. Dios mismo diseñó el pacto que hizo con Abraham y sus descendientes. Cuando Dios hace un pacto, siempre cumple con su parte.

Al comprender esta increíble historia, usted podrá aprender mucho acerca de lo que Dios espera de todo aquel que le sirve. Que Dios le entregue la perspectiva espiritual para entender esta increíble historia y prestar atención a las lecciones que está a punto de descubrir.

Una historia de relaciones y acuerdos

Nuestra historia comienza con una serie de extraordinarias promesas que Dios le hizo miles de años atrás a un hombre llamado Abram.

“Deja tu tierra, tus parientes y la casa de tu padre, y vete a la tierra que te mostraré. Haré de ti *una nación grande*, y te bendeciré; haré famoso tu nombre, y serás una bendición. Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan; *¡por medio de ti serán bendecidas todas las familias de la tierra!*” (Génesis 12:1-3, NVI).

Como aprenderemos en esta serie, Dios es siempre fiel a sus promesas. Él comenzó su preparación para relacionarse con el antiguo Israel siglos antes de que su pueblo se convirtiera en una nación. Inició sus planes para Israel con un grupo de tribus —o familias interrelacionadas—, estableciendo una relación con Abram y cambiando su nombre, que quiere decir “padre eminente”, al de *Abraham*, que quiere decir “padre de una multitud” (Génesis 17:5).

Note nuevamente la promesa que Dios le hizo: “Y haré de ti *una nación grande*, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y *serán benditas en ti todas las familias de la tierra*” (Génesis 12:2-3).

¡Qué maravilloso compromiso! Con estas promesas Dios puso en marcha un grandioso plan destinado a beneficiar a “todas las familias de la tierra” cuando fueran cumplidas. La historia y las profecías de esta nación, que se originaron con Abraham, son importantes no solo para su propio pueblo sino también para la gente de todas las naciones.

Posteriormente Dios traspasó estas promesas a Isaac (el hijo de Abraham), a su nieto Jacob, y luego a los doce hijos de este, de cuya simiente se originaron las doce tribus de Israel. Dios entregó a las subsecuentes generaciones más detalles acerca de su propósito para Israel y de cómo pretendía llevar a cabo su grandioso plan para ellas.

Este compromiso del Creador de la humanidad es el hilo que conecta las distintas partes de las Escrituras, realzando su significado y otorgándoles estructura. Incluso la misión de Cristo es una continuación de esta promesa.

Casi ochocientos años después de que Israel desapareciera como nación, el apóstol Pablo describió a los gentiles (gente que no era israelita) que estaban “sin Cristo” como “alejados de la ciudadanía de Israel y *aje-*

nos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Efesios 2:12).

El lenguaje usado por Pablo en esta declaración es bastante fuerte, pero destaca la importancia del compromiso de Dios con Abraham y deja en claro que Pablo reconoció que Israel, incluyendo las diez tribus perdidas, continuaba existiendo. Si Pablo hubiese estado refiriéndose solo a los judíos —las tribus conformadas por el reino del sur— hubiese hablado de Judá, no de Israel.

La promesa de Dios a Abraham no se limitó a un pequeño y antiguo pueblo del Medio Oriente, sino que se extiende ampliamente en el futuro y no está limitada por fronteras nacionales. Dios diseñó esta promesa para bendecir a todas las naciones.

Pablo luego esclarece el significado de esto: “Ese misterio, que en otras generaciones no se les dio a conocer a los seres humanos, ahora se les ha revelado por el Espíritu a los santos apóstoles y profetas de Dios; es decir, que los gentiles son, junto con Israel, *beneficiarios de la misma herencia*, miembros de un mismo cuerpo y participantes igualmente de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio” (Efesios 3:5-6, NVI).

¿Cómo pueden todos los pueblos compartir a través de Jesucristo las promesas que Dios le hizo a Abraham? Pablo explica: “Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente *linaje de Abraham sois*, y herederos según la promesa” (Gálatas 3:29).

Esto significa que Dios debe injertar en la familia de Abraham a todo aquel que se convierta en su siervo, lo cual *se ha comprometido* a hacer mediante una serie de pactos (Romanos 11:13-27).

La promesa de Dios a Abraham no se limitó a un pequeño y antiguo pueblo del Medio Oriente, sino que se extiende ampliamente en el futuro y no está limitada por fronteras nacionales. Desde el comienzo mismo, Dios diseñó esta promesa para bendecir a *todas las naciones*. Ese es su propósito, y eso es lo que llevará a cabo.

Por qué escogió Dios a Abraham

¿Por qué escogió Dios a Abraham para que fuera su siervo y por medio de él se hiciera posible la existencia del antiguo Israel como nación? ¿Qué tenía en mente, y por qué llamó a Abraham a su servicio en ese particular momento de la historia?

Después del diluvio en tiempos de Noé, los habitantes de la Tierra nuevamente comenzaron a darle la espalda a Dios. Ya en tiempos de Abraham, todos los pueblos habían vuelto a ser corruptos.

Como consecuencia, Dios puso en marcha un importantísimo aspecto de su plan: *ofrecer la salvación a toda la humanidad*. La selección de Abraham fue un paso crucial en el plan de largo plazo diseñado por Dios para hacer que todas las naciones se volvieran a él. El resto de la Biblia se entreteje en torno a este plan de reconciliar a toda la humanidad con su Creador.

Tal vez usted recuerde que poco antes del diluvio, “Al ver Dios tanta corrupción en la tierra, y tanta perversión en la gente, le dijo a Noé: He decidido acabar con toda la gente, pues por causa de ella la tierra está llena de violencia. Así que voy a destruir a la gente junto con la tierra” (Génesis 6:12-13, NVI).

Dios salvó de la destrucción únicamente a Noé y su esposa, y a sus tres hijos y sus respectivas esposas.

Luego, poco después del diluvio y cuando la humanidad nuevamente

Cómo forjó Dios el futuro de Israel

Mucha gente conoce la historia de cómo Dios liberó milagrosamente al pueblo de Israel de la esclavitud egipcia y lo estableció como nación. Él llevó a cabo muchos milagros para alcanzar este objetivo; sin embargo, muchos otros milagros que demuestran cómo supervisó personalmente el cumplimiento de las promesas que le había hecho a Abraham no son tan conocidos.

Los milagrosos nacimientos de Isaac y Jacob, hijo y nieto de Abraham, respectivamente, también son hitos importantes. Fue por medio de ellos que Dios entregó a las doce tribus de Israel las promesas que le hizo a Abraham.

Por medio de estos milagros Dios demostró que la nación de Israel jamás hubiese existido de no haber sido por su intervención.

Considere el nacimiento de Isaac, el hijo de Abraham. La esposa de Abraham, Sara, no había podido tener hijos a pesar de haber estado casada durante décadas. Sin embargo, Dios intervino y milagrosamente les dio un hijo cuando la etapa reproductiva de ella hacía mucho que había terminado.

Posteriormente Isaac y su esposa Rebeca,

quienes habían estado casados durante veinte años, tampoco habían podido ser padres. Finalmente, cuando Isaac tenía aproximadamente sesenta años, oró por la esterilidad de su esposa. Rebeca concibió milagrosamente y dio a luz gemelos: Esaú y Jacob (Génesis 25:21, 26).

¿Qué importante lección podemos aprender de estos milagros? Dios les mostró a los descendientes de Abraham que solo podrían tener éxito en el llamamiento y la misión que les había dado si dependían de su ayuda divina. Esta es una lección difícil de aprender para los seres humanos, como comprueban los éxitos y tragedias del pueblo de Israel.

Los autores de la Biblia registraron gran parte de ellos para que los pueblos pudieran aprender del ejemplo de Israel. Dios milagrosamente formó una nación a partir de Abraham, para mostrarles a todas las otras naciones los beneficios que provienen de obedecerle y las tragedias que surgen al desobedecerle. Israel ha sido un ejemplo de ambos. Su rol en el gran plan de Dios está lejos de haberse cumplido. El mejor momento de Israel está aún por verse.

comenzó a oponerse al camino de Dios, la torre de Babel se convirtió en el símbolo de su rebelión (Génesis 11:1-9). En el contexto de dicha rebelión y del sistema ciudad-Estado del gobierno humano que la acompañó, Dios inició una nueva fase de su plan para lograr que todas las naciones lo adoraran. Con ese propósito, decidió seleccionar a *un hombre fiel* y convertir a sus descendientes en un grupo de naciones destacadas, escogidas con el propósito específico de *enseñar* y *representar* sus valores y su camino de vida.

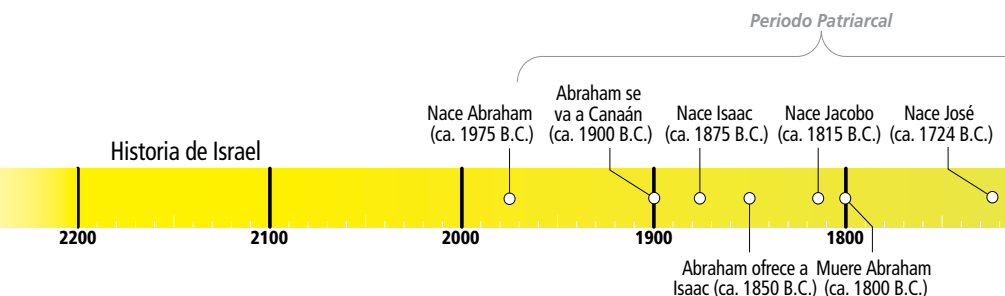
Elegidos para servir

Dios creó a todos los pueblos de la Tierra “de una sangre” (Hechos 17:26). La historia de los israelitas es la historia de una sola familia que el Dios Creador escogió de entre todos los pueblos de la Tierra para que le sirviese.

Pero a pesar de que los israelitas fueron el pueblo escogido, de ninguna manera debía considerárseles *superiores*, ni en los tiempos antiguos ni ahora. El apóstol Pedro explicó más adelante que “en toda nación él [Dios] ve con agrado *a los que le temen y actúan con justicia*” (Hechos 10:35, NVI). Este principio ha sido y es inalterable.

Note lo que Dios le dijo al antiguo Israel: “No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido el Eterno y os ha escogido, *pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos*; sino por cuanto el Eterno os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado el Eterno con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto. Conoce, pues, que el Eterno tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones” (Deuteronomio 7:7-9; compare con 1 Corintios 1:26-29).

Dios eligió a Abraham para una obra en particular, pero antes lo probó para ver si le sería fiel. Abraham superó todas las pruebas y demostró que creía y confiaba en su Creador, por lo cual Dios comenzó a usarlo. “Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por



justicia” (Romanos 4:3; compare con Génesis 15:6).

Bajo su cuidadosa guía, Dios forjó al antiguo Israel a partir de doce tribus interrelacionadas mediante lazos familiares y cuyos ancestros eran Abraham, el hijo de este, Isaac, y Jacob, el hijo de Isaac.

Los parientes de Abraham se multiplicaron y formaron una multitud aún más numerosa: los descendientes de los doce hijos de Jacob. Dios los convirtió en una nación y comenzó a relacionarse con ellos mediante un pacto. Como grupo llegaron a ser conocidos como “Israel”, o “los hijos de Israel”.

Israel era el otro nombre de Jacob. Cuando Dios comenzó a trabajar directamente con Jacob lo renombró Israel, que significa “el que lucha con Dios” o “el príncipe de Dios” (Génesis 32:24-30).

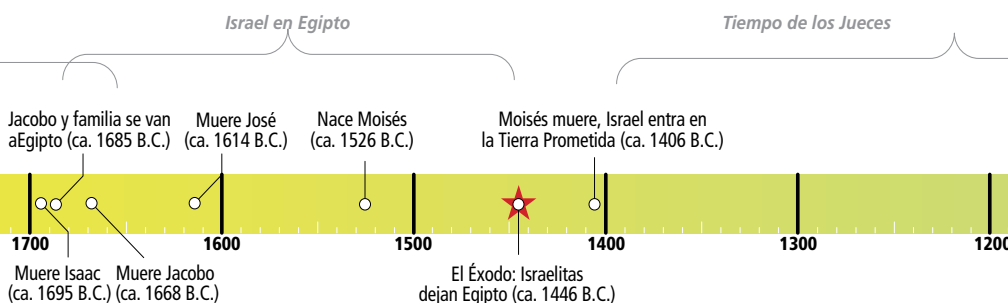
Los descendientes de Israel también se conocieron como “la simiente de Abraham”, “la casa de Isaac” (Amós 7:9), “la casa de Jacob” (Génesis 46:27; Éxodo 19:3), o simplemente “Jacob” — y por sus nombres tribales individuales de Rubén, Simeón, Leví, Judá, Zabulón, Isacar, Dan, Gad, Aser, Neftalí, Benjamín y José.

El patriarca Jacob luego adoptó a Efraín y Manasés, sus nietos a través de su hijo José, como sus propios hijos en cuanto a derechos de herencia. Como resultado, históricamente se ha dicho que la nación de Israel consiste de doce o trece tribus, dependiendo de si los descendientes de José se cuentan como una tribu (José) o como dos (Efraín y Manasés).

Promesas de importancia histórica

A medida que Dios fue trabajando con Abraham, aumentó los compromisos del pacto entre ellos. Estos compromisos estaban basados en la serie de promesas y profecías más importantes y trascendentales que Dios les ha dado a los seres humanos. Tanto los profetas posteriores de Israel como los apóstoles de Jesús, y hasta el mismo Jesús, consideraron estas promesas como el fundamento de su obra (Hechos 3:13, 25).

Note nuevamente lo que Dios le dijo al patriarca Abraham: “Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y *serás*



bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y *serán benditas en ti todas las familias de la Tierra*” (Génesis 12:2-3; también lea Génesis 18:18; 22:18; 26:4; 28:14).

Aprendimos de los apóstoles que la bendición más importante que se ha hecho disponible a todas las naciones por medio de la “simiente” de Abraham es la dádiva de la vida eterna a través de Jesucristo (Hechos 3:25-26; Gálatas 3:7-8, 16, 29). Mediante su madre, María (de la tribu de Judá), Jesús nació como judío y descendiente de Abraham (Hebreos 7:14). Su sacrificio abrió la puerta a las personas de todas las naciones para que pudiesen disfrutar una relación con el Dios de Abraham.

Cuando los seres humanos, cualquiera sea su raza u origen, establecen una alianza con Cristo, también se convierten en simiente de Abraham. Como Pablo escribió en Gálatas 3:28-29, “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa”.

Por lo tanto, es evidente que desde el comienzo mismo de la interacción de Dios con Abraham el objetivo del Eterno era hacer la salvación disponible para todos. El resto de la Biblia revela muchos más detalles de cómo Dios implementará este plan en toda su plenitud. Sin embargo, su fundamento se encuentra en el libro de Génesis, en las promesas que Dios le hizo a Abraham.

La Biblia revela muchos aspectos del plan maestro de Dios para la salvación de la humanidad. La dimensión espiritual de su promesa a Abraham es solo una parte de la historia. Como seres físicos, funcionamos en un mundo igualmente físico. Consecuentemente, Dios con frecuencia alcanza sus metas espirituales a través de medios físicos (como dar o quitar bendiciones materiales), utilizando el principio de la recompensa por el buen comportamiento y el castigo por el pecado.

Por ejemplo, debemos considerar por qué Dios prometió hacer de Abraham una “nación grande” (Génesis 12:2). Muchos estudiosos modernos de la Biblia no logran comprender la importancia de esta gran promesa física. Algunos críticos de la Biblia simplemente se burlan de esto porque creen que el pueblo de Israel nunca llegó a ser más que un par de reinos insignificantes al oriente del mar Mediterráneo. Pero están equivocados, porque Dios no miente (Tito 1:2) y sí cumple sus promesas. Pronto veremos *por qué* y *cómo* ha cumplido Dios esta particular promesa de grandeza nacional que le hizo a Abraham.

Promesas de grandes bendiciones nacionales y materiales

Desde Génesis 12 al 22 hay siete pasajes que describen las promesas que Dios le hizo y reconfirmó a Abraham. En el relato inicial (Génesis

12:1-3), Dios le dijo a Abraham que dejara su patria y su familia. Esta fue la primera condición que Abraham debió cumplir para poder recibir la promesa.

Debido a que Abraham obedeció voluntariamente, Dios le prometió bendecirlo y engrandecer su nombre. Su progenie también sería engrandecida. (Como veremos, los resultados de esta promesa llegarían a contarse entre los avances mundiales más importantes de la historia).

Unos pocos versículos más adelante, Dios se le apareció a Abraham y le prometió la tierra de Canaán para sus descendientes (versículo 7). Las promesas de Dios incluyeron sin duda aspectos materiales, como tierras y posesiones físicas.

Génesis 13 aporta más detalles acerca de estas promesas. Después de que Abraham gentilmente cediera a su sobrino Lot el fértil valle contiguo al río Jordán (leer el relato en los versículos 5-13), recibió a cambio una promesa de Dios: toda la tierra de Canaán sería suya *para siempre* (versículos 14-17). Esto indica que los aspectos *temporales* y *eternos* de su promesa estaban íntimamente relacionados.

Y a pesar de que Abraham aún no tenía hijos, Dios también le prome-



El fiel Abraham obedeció a Dios dejando su país natal y viajando a una tierra que, según las promesas del Eterno, les pertenecería a él y a sus descendientes.

tió que sus descendientes serían *“como el polvo de la tierra; que si alguno puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia [de Abraham] será contada”* (v. 16). El gigantesco alcance de esta promesa –la multiplicación prácticamente infinita de los descendientes de Abraham– no debe ser tomada a la ligera porque, como veremos, tiene enormes implicancias.

Aproximadamente una década más tarde, Dios nuevamente se le apareció a Abraham en una visión. Y aunque todavía no tenía hijos, Dios nuevamente le prometió un heredero y le dijo *“un hijo tuyo será el que te heredará”* (Génesis 15:4).

Una enorme multitud de personas descendería de aquel heredero, Isaac. *“Y lo llevó fuera, y le dijo: Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar . . . Así será tu descendencia”* (v. 5). ¿Cómo respondió Abraham? *“Y creyó al Eterno, y le fue contado por justicia”* (v. 6).

Abraham confió plenamente en que Dios cumpliría su palabra, incluso en un futuro muy lejano, y esa fue una de las razones por las cuales Dios

lo amó y lo escogió para ser no solo el padre de varias grandes naciones, sino además el *“padre de todos los creyentes”* (Romanos 4:11). Dios estaba diseñando un rol dual para el fiel Abraham.

Unos versículos más adelante Dios le promete innumerables



“Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar . . . Así será tu descendencia”.

descendientes, y también todo el territorio que se extendía *“desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Éufrates”* (Génesis 15:18). Esta franja territorial abarcaba mucho más que la tierra que Dios incluyó en su promesa original de la tierra de Canaán (Génesis 12:6-7; 17:8; 24:7).

Dios amplía sus promesas

A medida que Abraham demostraba su fidelidad, Dios incrementó el alcance de las promesas que le había hecho. A la larga, estas incluyeron mucho más de lo que había revelado originalmente. El relato más deta-

llado de las promesas que Dios le hizo a Abraham se encuentra en Génesis 17: “Era Abram de edad de noventa y nueve años, cuando le apareció el Eterno y le dijo: Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto. Y pondré mi pacto entre mí y ti, y te multiplicaré en gran manera . . . He aquí mi pacto es contigo, y serás padre de muchedumbre de gentes.

“Y no se llamará más tu nombre Abram, sino que será tu nombre Abraham, *porque te he puesto por padre de muchedumbre de gentes. Y te multiplicaré en gran manera*, y haré naciones de ti, y reyes saldrán de ti. Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo, para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti. Y te daré a ti, y a tu descendencia después de ti, la tierra en que moras, toda la tierra de Canaán en heredad perpetua; y seré el Dios de ellos” (vv. 1-8).

Tal como en declaraciones anteriores de esta promesa, la bendición de Dios aún era condicional y dependía de la obediencia y el compromiso de Abraham de madurar espiritualmente. Aquí, Dios le recuerda esto diciendo: “Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto” (v. 1; compare con Mateo 5:48).

Una “gran nación” se expande a “muchas naciones”

Recuerde que una parte importante de la promesa de Dios consistía en multiplicar grandemente la descendencia de Abraham. Aquí Dios enfatizó esta realidad que aún estaba por cumplirse dándole un nuevo nombre al patriarca. Hasta aquel momento, él era conocido como *Abram*. Dios le dijo: “Y no se llamará más tu nombre Abram, sino que será tu nombre Abraham, *porque te he puesto por padre de muchedumbre de gentes*” (Génesis 17:5). Como se mencionó anteriormente, el nombre Abram significa “padre eminente”, pero *Abraham* significa “padre de una multitud”.

Dios explicó en detalle este aspecto de su promesa: “Y *te multiplicaré en gran manera*, y haré *naciones* de ti, y *reyes* saldrán de ti” (v. 6; vea también los versículos 15-16).

Dios continuó: “Y te daré a ti, y a tu descendencia después de ti, la tierra en que moras, *toda la tierra de Canaán en heredad perpetua*; y seré el Dios de ellos . . . En cuanto a ti, guardarás mi pacto, tú y tu descendencia después de ti por sus generaciones” (vv. 8-9). El relato en Génesis 17 establece el compromiso de Dios con Abraham como “*pacto perpetuo*” (vv. 7, 13, 19), un contrato vinculante que obliga a Dios a darle la tierra de Canaán a perpetuidad a la descendencia del patriarca (v. 8). El compromiso de Dios con Abraham fue enormemente importante y trascendental.

El sexto relato de la promesa que Dios le hizo a Abraham aparece en Génesis 18, inmediatamente antes de la destrucción de Sodoma y Gomo-

rra, dos ciudades plagadas de pecado. Los visitantes angelicales de Abraham (mensajeros con noticias del castigo divino que caería sobre esas dos ciudades) reconfirmaron el nacimiento del hijo que Abraham —quien ya tenía noventa y nueve años— tendría con Sara, diez años menor que él (versículos 10-14).

Conforme a la promesa que Dios hizo de que no encubriría sus intenciones a Abraham (Génesis 18:17; Amós 3:7), los ángeles que visitaron al anciano patriarca ratificaron la promesa mesiánica de que serían “benditas en él todas las naciones de la tierra” (Génesis 18:18).

¿Guarda Dios su palabra?

¿Guarda Dios sus promesas y compromisos, incluso cuando los seres humanos no cumplen con los suyos? El carácter y los valores de Dios nunca cambian, por lo tanto, él nunca hubiese abandonado sus promesas al antiguo Israel. Por medio de uno de sus profetas, le exclamó a Israel: “Porque yo el ETERNO no cambio; *por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos*. Desde los días de vuestros padres os habéis apartado de mis leyes, y no las guardasteis. Volveos a mí, y yo me volveré a vosotros . . .” (Malaquías 3:6-7).

Dios prometió por boca del profeta Jeremías que Israel continuaría existiendo como nación mientras que el sol, la luna y las estrellas continuasen brillando (Jeremías 31:35-36). Él promete proteger y guiar el destino de *todos* los descendientes del antiguo Israel hasta que ellos —incluyendo aquellos conocidos como judíos y quienes forman parte de las diez tribus— sean *restaurados como una nación* al regreso de Cristo.

Dios ha hecho maravillosas promesas, algunas a individuos, otras a naciones, y algunas a toda la humanidad. Si él abandonase cualquiera de las promesas que les hizo a Abraham, Isaac, Jacob, y a sus descendientes, los israelitas, además de los compromisos que hizo con ellos, ¿cómo podríamos creer que cumplirá las promesas que nos ha hecho a nosotros?

Nuestra fe se apoya en la premisa de que

Dios toma en serio todo lo que dice. Gracias a que él es fiel a *todos* sus compromisos, nosotros tenemos una base sólida para confiar en que cumplirá sus promesas.

Vemos, por tanto, que las promesas de Dios al antiguo Israel son *de vital importancia* para nosotros en lo personal. La veracidad misma de la Biblia se desmoronaría si Dios dejase de cumplir sus compromisos con aquellos pueblos exiliados. Esta es otra razón para estudiar este tema: estas tribus supuestamente perdidas, o bien existen actualmente, o Dios no fue fiel a sus promesas.

Al corroborar la continua intervención de Dios en el pasado, presente y futuro de los hijos de Israel, validamos su compromiso inquebrantable de cumplir su palabra. Tal confirmación le proporciona a nuestra fe una sólida base y la seguridad de que Dios cumplirá las promesas que nos ha hecho.

Mediante el cumplimiento de sus promesas a todas las tribus de Israel, Dios también les demostrará a los burladores y escépticos que él es confiable. Les demostrará a todas las naciones que respalda cada palabra que ha hablado a través de sus profetas y confirmará que tiene el poder de dirigir la historia según le parezca.

Como Jesús dijo en cuanto a Dios, “tu palabra es verdad” (Juan 17:17).

Tal promesa se cumplió espectacularmente aproximadamente un año después de este encuentro, cuando Sara dio a luz a Isaac (Génesis 21:1-3). Primero, Abraham había probado ser fiel a Dios. Ahora, milagrosamente, Dios probaba su lealtad al compromiso que había hecho con él.

La prueba suprema de Abraham

La culminación de estos siete relatos de las promesas de Dios aparece en Génesis 22, donde encontramos uno de los eventos más significativos de la Biblia. Este es el desenlace final de la promesa que Dios le hizo a Abraham.

En este relato, la disposición de Abraham para sacrificar a Isaac simboliza el fundamento mismo del plan de Dios de ofrecerle la salvación a todos: la disposición de Dios de ofrecer a su Hijo único, Jesucristo, como sacrificio (Juan 3:16-17).

Anteriormente señalamos que las promesas de Dios dependían de la obediencia continua de Abraham (Génesis 12:1; 17:9). Sin embargo, después de los eventos de Génesis 22 Dios transformó este pacto con Abraham y lo elevó a un nuevo nivel — y con buena razón.

Dios le dijo a Abraham que tomara a Isaac, el hijo prometido (Romanos 9:9), y lo sacrificara como ofrenda encendida en el monte Moriah (Génesis 22:2). Había llegado el momento de la prueba suprema de fe para Abraham.

A estas alturas de su vida, Abraham había aprendido a confiar absolutamente en el Eterno. Había experimentado desde hacía mucho la sabiduría, verdad y fidelidad de Dios, así que se preparó para hacer lo que se le había ordenado, solo para ser milagrosamente detenido en el preciso momento en que iba a sacrificar a su hijo (versículos 9-11).

Podemos aprender varias y profundas lecciones de este incidente. Primero, Dios jamás ha autorizado que se le adore con sacrificios humanos, ni en los tiempos antiguos ni en los modernos.

Segundo, Dios le prohibió a Israel imitar la práctica pagana de ofrecer a los hijos primogénitos como sacrificios a los ídolos. El sacrificio humano era arte y parte de la sociedad mesopotámica de la cual Abraham había sido llamado, como también de las naciones que lo rodeaban. Pero Dios se aseguró de que su fiel siervo *no* matase a su hijo, a pesar de que Abraham no sabía con anticipación lo que Dios tenía en mente.

En el versículo siguiente, las palabras de Dios revelan lo que él realmente quería saber acerca de Abraham: “. . . *porque ya conozco que temes a Dios*, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único” (v. 12). Mediante su disposición para obedecer al Dios viviente, Abraham había probado ser capaz de renunciar a lo más preciado para él: su único heredero (versículo 16; compare con Juan 3:16). Dios no quería al hijo de

Abraham como sacrificio, pero sí quería saber si Abraham *confiaba* en él lo suficiente como para tomar la decisión más difícil que Dios podía pedirle. Y Abraham pasó la prueba.

Tercero, el comportamiento de Abraham demostró que era un hombre apto para el rol de “padre de todos los creyentes” (Romanos 4:11-22; Gálatas 3:9; Hebreos 11:17-19), el fundador ideal de la familia de innumerables descendientes que podrían llegar a ser el pueblo de Dios (Génesis 18:19).

Sin embargo, Dios no podía completar el plan que había iniciado a través de Abraham sin tomar en cuenta el problema del pecado humano, que más adelante requeriría el sacrificio del redentor de la humanidad: Jesús el Mesías, el Cordero de Dios (Juan 1:29).

Cómo se convirtió Jacob en el heredero de Abraham

Dios escogió a Jacob, el gemelo de Isaac que nació en segundo lugar, para que recibiese la herencia de primogenitura que normalmente está reservada para el primogénito. Esto le otorgaba el derecho de convertirse en el patriarca de la familia cuando Isaac falleciera (Génesis 25:29-34). La bendición de primogenitura convirtió a Jacob en el heredero directo de Abraham, y en el recipiente de las promesas divinas hechas a Abraham y sus descendientes.

“Todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente”.

En el momento que Jacob recibió la promesa, aún no se había comprometido a vivir según la fe en Dios. A pesar de que Dios había designado a Jacob poco antes de que naciera como el heredero de la bendición de Abraham (versículo 23), tanto Jacob como su madre eran débiles en la fe y recurrieron al engaño para obtener la bendición de Isaac (Génesis 27). Esto le acarreó a Jacob el odio de su hermano. Esaú, lleno de furia, se propuso matarlo (versículo 41). La madre escuchó los planes de Esaú, por lo que le pidió a Isaac que enviase a

Jacob a quedarse con parientes que vivían lejos de ahí para que estuviese a salvo (versículos 42-46).

Así, Isaac y Rebeca enviaron a Jacob de vuelta a la familia de Rebeca, en el norte de Mesopotamia. Aparentemente, la única razón que le mencionaron a su numerosa familia fue que querían que Jacob encontrase una esposa entre los parientes de Rebeca. Esto era cierto, pero ella estaba además tratando de evitar que Esaú asesinara a Jacob.

Sin embargo, antes de enviar lejos a Jacob, Isaac llamó a su ambicioso e ingenioso hijo y lo bendijo nuevamente. Al parecer Isaac perdonó el comportamiento engañoso que había demostrado su hijo y esta vez repitió voluntariamente su bendición original. A estas alturas Isaac probablemente había recordado y reconocido que Dios había designado a Jacob como heredero, incluso antes de su nacimiento.

Luego Isaac reiteró algunas de las promesas claves del pacto que Dios le había hecho a él y a Abraham (Génesis 28:1-5). Al hacer esto, Isaac le anunció abiertamente a la familia que en realidad Jacob era quien heredaría la responsabilidad principal de la relación *eterna* de

El compromiso de Dios se vuelve incondicional

En ese momento, las promesas de Dios a Abraham –tanto físicas como espirituales– se volvieron incondicionales. Cuando Dios dijo “Por mí mismo he jurado” (Génesis 22:16), dejó en claro que el cumplimiento de la promesa ya no dependía de Abraham. El cumplimiento de la promesa dependía ahora exclusivamente de Dios mismo. Él *se comprometió incondicionalmente* a cumplir la promesa que había hecho a Abraham y a sus descendientes.

Dios pone en juego su propia veracidad e integridad a través de estos compromisos. Él *se obliga personal e incondicionalmente* a llevar a cabo todas estas promesas, en todos sus detalles.

Una vez que comprendemos la naturaleza incondicional de las pro-

su familia con Dios (Génesis 17:19).

Dios se estaba asegurando de que nadie se olvidara de las promesas que le había hecho a Abraham, y para ello las traspasó formalmente de una generación a la otra.

Isaac le traspasó a Jacob las promesas claves del pacto: “Y el Dios omnipotente te bendiga, y te haga fructificar y te multiplique, hasta llegar a ser *multitud de pueblos*; y te dé la bendición de Abraham, y a tu descendencia contigo, para que heredes la tierra en que moras, que Dios dio a Abraham” (Génesis 28:3-4).

Cuando Jacob dejó su hogar apresuradamente poseía tanto la promesa de primogenitura como una bendición especial, pero de un momento al otro su vida se había trastornado por completo. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Se haría presente el Dios de su abuelo y de su padre para ayudarlo a él también?

Jacob debe haber recordado las historias que escuchaba mientras crecía acerca de los encuentros de su familia con este increíble y divino Ser. ¿Respetaría ese mismo Dios grandioso lo que él había adquirido mediante tanto engaño, aunque se lo había prometido antes de nacer?

Fue en este punto de su vida que Dios se reveló personalmente a Jacob. “Y llegó [Jacob] a un cierto lugar, y durmió allí, porque ya el

sol se había puesto; y tomó de las piedras de aquel paraje y puso a su cabecera, y se acostó en aquel lugar. Y soñó: y he aquí una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella.

“Y he aquí, el Eterno estaba en lo alto de ella, el cual dijo: Yo soy el Eterno, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. Será tu descendencia como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur; y *todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente*. He aquí, *yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres*, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho.

“Y despertó Jacob de su sueño, y dijo: Ciertamente el Eterno está en este lugar, y yo no lo sabía. Y tuvo miedo, y dijo: ¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo. Y se levantó Jacob de mañana, y tomó la piedra que había puesto de cabecera, y la alzó por señal, y derramó aceite encima de ella. Y llamó el nombre de aquel lugar Bet-el . . .” (Génesis 28:11-19). Jacob ahora estaba seguro de que era oficialmente el heredero confirmado de las promesas hechas a Abraham.

mesas de Dios, es más fácil determinar lo que se debe tomar en cuenta al estudiar la historia relacionada con los descendientes del antiguo Israel. Como Dios no puede anular su promesa a Abraham porque él no quebranta su palabra (Números 23:19), cada detalle de sus promesas se convierte en una guía a la hora de buscar la identidad de las diez tribus perdidas de Israel después de su exilio.

Génesis 22 concluye con una reafirmación de Dios en cuanto a los elementos centrales de su promesa a Abraham: “De cierto *te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia* como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar; y tu descendencia poseerá las puertas de sus enemigos” (v. 17). Estas bendiciones físicas, materiales y nacionales continúan siendo indicios de la identidad de los descendientes modernos de Abraham.

Dios continuó: “En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz” (v. 18). El apóstol Pablo, hablando acerca de este versículo muchos siglos más tarde en Gálatas 3:16, explica que esta bendición prometida se refiere a Jesucristo: “Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo”. A través de Cristo (como la simiente de Abraham), Dios haría disponible la salvación para toda la humanidad (compare con Juan 3:16).

Promesas renovadas a Isaac, el hijo de Abraham

Dios renovó sus promesas a Abraham en generaciones subsiguientes. Él reconfirmó este pacto a Isaac, el hijo del patriarca (Génesis 26:1-5), y a su nieto Jacob (Génesis 27:26-29; 28:1-4, 10-14; 35:9-12).

Por medio de Jacob, Dios traspasó los aspectos nacionales y materiales de sus promesas a los descendientes de los tataranietos de Abraham (Efraín y Manasés, hijos de José, Génesis 48:1-22).

El hecho de que la Biblia registre en detalle cómo estas promesas de bendiciones son traspasadas de generación en generación es otra evidencia de que el pacto de Dios con Abraham incluyó aspectos físicos, materiales y nacionales además de las trascendentales profecías mesiánicas.

La promesa que Dios le hizo a Isaac de darles a él y a su descendencia “*todas estas tierras*” (Génesis 26:3-4) comprende grandes bendiciones materiales. Dios también le prometió, al igual que a Abraham, una descendencia casi sin límites, diciéndole que sus descendientes serían multiplicados “como las estrellas del cielo” (v. 4).

Esta promesa se cumplió de manera preliminar cuando varios millones de israelitas llegaron al monte Sinaí bajo el liderazgo de Moisés (Deuteronomio 1:10), y después, en tiempos de Salomón (1 Reyes 4:20-21). Pero Moisés mismo estaba consciente de que las grandes multitudes, según la promesa de Dios, serían multiplicadas muchas veces más *en el futuro*

(Deuteronomio 1:11).

Jacob recibe el derecho a la primogenitura y la bendición

En circunstancias normales, las bendiciones físicas que se traspasaron a Isaac hubiesen ido a su hijo primogénito, Esaú (Génesis 25:21-26). Sin embargo Jacob, su hermano gemelo y el menor de los dos, persuadió a Esaú de venderle su primogenitura por un plato de lentejas (vv. 29-34).

¿Qué era la primogenitura y por qué era tan importante? *The International Standard Bible Encyclopedia* (Enciclopedia bíblica estándar internacional) explica que la primogenitura era “el derecho que naturalmente le pertenecía al hijo primogénito . . . Tal persona se convertía finalmente en la cabeza de la familia, y la línea familiar continuaba a través de él. Como primogénito, él heredaba una porción doble de los bienes paternos . . . el primogénito era responsable de . . . ejercer absoluta autoridad sobre el hogar” (1979, vol. 1, “Birthright” [“Primogenitura”], pp. 515-516).

A objeto de obtener las bendiciones de la primogenitura por parte de su padre Isaac, que ya estaba anciano y ciego, Jacob recurrió al engaño para hacerle creer que él era Esaú (Génesis 27:18-27). Jacob no tenía idea de que este engaño era innecesario: Dios ya había revelado, incluso antes del nacimiento de los hermanos gemelos, que Jacob sería el más fuerte de los dos y que Esaú finalmente se convertiría en su subordinado (Génesis 25:23).

Pero Dios permitió que Jacob recibiera la promesa mediante el derecho de primogenitura y que recibiera la mejor parte de la herencia familiar de su padre, sin intervenir para cambiar las circunstancias. Más tarde, Dios le enseñaría a Jacob a dejar de confiar en sus propias estrategias engañosas.

Note ahora la bendición que Dios le prometió a Jacob: “Dios, pues, te dé del rocío del cielo, y de las *grosuras de la tierra*, y abundancia de trigo y de mosto. *Sírvante pueblos, y naciones se inclinen a ti; sé señor de tus hermanos, y se inclinen ante ti los hijos de tu madre. Malditos los que te maldijeren, y benditos los que te bendijeren*” (Génesis 27:28-29). Estas palabras no fueron insignificantes: Isaac le estaba traspasando oficialmente a Jacob las maravillosas promesas que Dios le había hecho a Abraham.

Luego, valiéndose de un sueño, Dios le confirmó a Jacob que recibiría la promesa del derecho de primogenitura y le reveló que sus descendientes, que serían tantos “como el polvo de la tierra”, se extenderían “al occidente, al oriente, al norte y al sur” — *en todas las direcciones desde el Medio Oriente* (Génesis 28:12-14). En capítulos posteriores veremos cómo esta profecía ha sido cumplida de manera increíble.

Las dos identidades nacionales de José

En Génesis 35 encontramos otro aspecto de la promesa de primo-

genitura. Aquí Dios le promete a Jacob que “una *nación y conjunto de naciones*” procederían de él (v. 11). Es fundamental entender este aspecto de la herencia de Israel si queremos comprender las profecías claves. La promesa de primogenitura sería cumplida en *dos diferentes entidades nacionales*.



En Génesis 48 vemos que Jacob traspasó esta parte de la promesa que Dios le hizo a Abraham e Isaac a los hijos de José (Efraín y Manasés). Al mismo tiempo, Jacob puso *su propio nombre* en estos dos prominentes nietos (v. 16). Como resultado, muchas referen-

La bendición de Jacob incluía tierras –territorios nacionales– que los descendientes de sus dos nietos recibirían “por heredad perpetua”. Ellos también se multiplicarían “en gran manera”.

cias posteriores a “Jacob” o “Israel” en los libros proféticos de la Biblia se refieren principalmente a estas dos ramas de los descendientes de Jacob.

La bendición de Jacob incluía *tierras –territorios nacionales–* que los descendientes de sus dos nietos recibirían “por heredad perpetua”. Ellos también se multiplicarían “*en gran manera*” (v. 16). Aquí vemos por segunda vez la extraordinaria promesa de que los descendientes de Jacob –específicamente aquellos que provendrían de Efraín y Manasés– se multiplicarían y llegarían a formar “*muchas naciones*” y “*una nación muy importante*”, respectivamente (v. 19, Dios Habla Hoy).

Sin embargo, no todos los aspectos de las promesas irían a José y sus descendientes: Judá recibiría una promesa con una importante dimensión espiritual. A través de Jacob, Dios profetizó que “no será quitado el cetro [vara de autoridad] de Judá” (Génesis 49:10). Esa profecía se refería tanto a la dinastía del futuro rey de Israel, David, como al rol de Jesús –también de la tribu de Judá y descendiente de David– como el Mesías (Lucas 1:32; Hebreos 7:14; Apocalipsis 5:5). Cristo está destinado a gobernar la Tierra como Rey de reyes (Apocalipsis 11:15; 17:14; 19:16).

En contraste, la promesa de primogenitura de la *grandeza física, mate-*

rial y nacional no fue entregada a Judá sino que a José, saltándose al hijo primogénito, Rubén. Note las circunstancias que hicieron que esta gran promesa cayera en manos de José:

“Los hijos de Rubén primogénito de Israel (porque él era el primogénito, mas como violó el lecho de su padre, sus derechos de primogenitura fueron dados a los hijos de José, hijo de Israel, y no fue contado por primogénito; bien que Judá llegó a ser el mayor sobre sus hermanos, y el príncipe de ellos; mas el derecho de primogenitura fue de José)” (1 Crónicas 5:1-2). Gracias a la promesa de primogenitura, los descendientes de José –Efraín y Manasés– recibirían bendiciones de riqueza, poder y prominencia nacionales.



Este pasaje profético en Génesis 49 nos dice que los descendientes de José disfrutarían de abundantes cosechas, numerosas manadas de ganado y magníficos recursos naturales, tales como grandes reservas de madera y valiosos minerales. Todas estas bendiciones serían de ellos “en los días venideros”.

Bendiciones para los descendientes de José

Quizás el pasaje bíblico más revelador acerca de la promesa de primogenitura se halle en Génesis 49. Aquí encontramos a Jacob profetizando acerca de los descendientes de sus hijos “en los días venideros” y bendiciéndolos (v. 1). Note que las bendiciones que Jacob pronuncia para los descendientes de José *en un tiempo futuro* son monumentales.

“José es un retoño fértil, fértil retoño junto al agua, cuyas ramas trepan por el muro. Los arqueros lo atacaron sin piedad; le tiraron flechas, lo hostigaron. Pero su arco se mantuvo firme, porque sus brazos son fuertes. ¡Gracias al Dios fuerte de Jacob, al Pastor y Roca de Israel! ¡Gracias al Dios de tu padre, que te ayuda! ¡Gracias al Todopoderoso, que te bendice! ¡Con bendiciones de lo alto! ¡Con bendiciones del abismo! ¡Con bendiciones de los pechos y del seno materno! Son mejores las bendiciones de tu padre que las de los montes de antaño, que la abundancia de las colinas eternas. ¡Que descansen estas bendiciones sobre la cabeza de

José . . .” (Génesis 49:22-26, NVI).

Este pasaje profético nos dice que “en los días venideros” los descendientes de José vivirían en una tierra productiva, bien irrigada y fértil. Serían un pueblo que expandiría su territorio e influencia en gran manera –política, militar, económica y culturalmente–, un pueblo “cuyas ramas trepan por el muro”, o se extienden *más allá de sus fronteras naturales*. Ocasionalmente sería atacado por otras naciones, pero generalmente saldría victorioso. Sus triunfos a veces serían considerados como “milagrosos” o “providenciales”, porque el Dios Todopoderoso los ayudaría y sería su fuente de bendiciones.

Este pueblo viviría en un clima excepcionalmente favorable que fácilmente satisfaría las necesidades de su población en constante crecimiento. Sus habitantes disfrutarían la bendición de abundantes cosechas, numerosas manadas de ganado y magníficos recursos naturales, tales como grandes reservas de madera y valiosos minerales.

En otras palabras, los depositarios de tales promesas poseerían las mejores bendiciones y recursos de la Tierra. Todas estas bendiciones serían suyas “en los días venideros” (Génesis 49:1).

¿Dónde podemos encontrar a los descendientes de José, las tribus perdidas de Efraín y Manasés? Esta lista de bendiciones elimina a la mayoría de las naciones del mundo como candidatas. Para encontrarlas, debemos preguntarnos: ¿Qué naciones poseen estas bendiciones en nuestro mundo? Dios les prometió todas estas bendiciones a los descendientes de José “en los días venideros”. Y como Dios no miente, podemos confiar en el cumplimiento de estas promesas.

¿Qué nos dice la evidencia? Como veremos, esta se inclina abrumadoramente hacia el lado de Dios. Si creemos en estas promesas y en que Dios las llevará a cabo, nuestra perspectiva del mundo será muy distinta a la de quienes carecen de este conocimiento.

En los casi 3700 años desde que Dios entregó estas promesas, pocas naciones pueden jactarse de bendiciones que siquiera se parezcan a estas. Menos aún pueden afirmar que poseen la superioridad económica y la prominencia nacional –incluso el estatus de superpotencia– que se les prometió a los hijos de José (Efraín y Manasés) “en los días venideros”.

Sin embargo, hay dos candidatos que encajan perfectamente en el criterio de estas profecías: Estados Unidos y la Mancomunidad Británica de Naciones. ¿Qué tan bien calza esta aparente conexión con la evidencia que existe? Para responder a esta pregunta, nos embarcaremos en un estudio de la evidencia histórica de las tribus de Israel desde su comienzo como nación hasta la actualidad.

La época de oro de Israel

“Y Salomón señoreaba sobre todos los reinos desde el Éufrates hasta la tierra de los filisteos y el límite con Egipto; y traían presentes, y sirvieron a Salomón todos los días que vivió” (1 Reyes 4:21).

El pacto mediante el cual el antiguo Israel se convertiría en el “pueblo de Dios” (Jueces 20:2) fue hecho en el monte Sinaí, poco después de que los israelitas fueran liberados de la esclavitud egipcia. La alianza de Dios con esta nación estaba basada en las promesas a Abraham y el pacto que hizo con él (Éxodo 2:23-24; 33:1). En dicho acuerdo Dios definió la relación que deseaba tener con los descendientes de Jacob, quienes ahora componían la incipiente nación de Israel que se dirigía hacia la Tierra Prometida.

Dios le ofreció este pacto a Israel como una declaración unilateral de las oportunidades que les estaba ofreciendo a los descendientes de Abraham, y también como una explicación inequívoca a los israelitas de las obligaciones que tendrían con él. La parte de ellos en este pacto se limitaba a aceptar o rechazar lo que Dios les estaba ofreciendo y luego, en caso de aceptarlo, a cumplir el compromiso adoptado.

“He oído la voz de las palabras de este pueblo, que ellos te han hablado; bien está todo lo que han dicho. ¡Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!”

Tal como lo había hecho con Abraham, Dios les dio la oportunidad de caminar ante él de manera intachable, y constantemente les recordaba: “Porque yo soy el Eterno, que os hago subir de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios: *seréis, pues, santos*, porque yo soy santo” (Levítico 11:45). La eficacia de esta relación dependería de su continua lealtad a su compromiso de vivir y comportarse como un pueblo *santo* y escogido.

Cuando los hijos de Israel oyeron los términos del pacto de Dios, se enfrentaron a dos opciones muy claras: podían aceptar el rol de vivir como el *pueblo santo* de Dios (sus representantes frente a las naciones, Deuteronomio 4:6) o asumir las consecuencias de rehusarse a cooperar.

En ese tiempo, la posibilidad de que sobrevivieran sin la ayuda de Dios era mínima. Él acababa de liberarlos de la cruel esclavitud egipcia.

No tenían una patria, y ninguna otra nación estaba dispuesta a acogerlos como residentes. Se encontraban en una tierra de nadie, en un ambiente hostil e implacable.

Dios intencionalmente hizo que la opción de que se convirtiesen en su pueblo santo fuese demasiado atractiva como para rechazarla, pero no los forzó a asumir ese rol. Quería que lo hicieran voluntariamente, y que tomaran su propia decisión.

Les habló desde el monte Sinaí y les reveló sus Diez Mandamientos, su definición básica de la santidad. Los Diez Mandamientos, junto con los estatutos y juicios que Dios le reveló a Moisés, se convirtieron en *el libro del pacto*. Moisés luego “tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo, el cual dijo: Haremos todas las cosas que el Eterno ha dicho, y obedeceremos” (Éxodo 24:7; compare con el versículo 3).

No obstante, a pesar de este pacto, los israelitas de la generación que Dios recién había liberado de la esclavitud egipcia dudaban de él y de la preocupación que demostraba hacia ellos, y le decían a Moisés: “He aquí el Eterno nuestro Dios nos ha mostrado su gloria y su grandeza, y hemos oído su voz de en medio del fuego; hoy hemos visto que el Eterno habla al hombre, y éste aún vive. Ahora, pues, ¿por qué vamos a morir? Porque este gran fuego nos consumirá; si oyéremos otra vez la voz del Eterno nuestro Dios, moriremos. Porque ¿qué es el hombre, para que oiga la voz del Dios viviente que habla de en medio del fuego, como nosotros la oímos, y aún viva?” (Deuteronomio 5:24-26).

Los israelitas temían acercarse mucho a Dios. No confiaban en él, y carecían de la fe de Abraham. Por lo tanto, le dijeron a Moisés: “Acércate tú, y oye todas las cosas que dijere el Eterno nuestro Dios; y tú nos dirás todo lo que el Eterno nuestro Dios te dijere, y nosotros oiremos y haremos” (v. 27). No estaban preparados para una relación verdadera y personal con Dios.

Por qué sería necesario un nuevo pacto

Desde luego, Dios conocía sus corazones mejor que ellos mismos. Él comprendía que el pacto que estaba haciendo con ellos tenía un punto débil no menor: *no había en él cláusula alguna para cambiar el corazón humano*. Eso tendría que esperar hasta la primera venida del Mesías, hasta que Jesucristo fuese inmolado como el Cordero expiatorio de Dios (Hebreos 9:26).

Note la respuesta de Dios cuando los israelitas declararon que lo obedecerían: “He oído la voz de las palabras de este pueblo, que ellos te han hablado; bien está todo lo que han dicho. ¡Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!” (Deu-

teronomio 5:28-29).

Pero ellos no tenían tal corazón. Dios no incluyó ese nuevo corazón, el que es fortalecido a través del Espíritu Santo, como parte de la promesa de primogenitura. Esa bendición vendría más tarde como parte de *la promesa del cetro* que Dios le hizo a Judá, la que sería cumplida después de la muerte de Cristo (Isaías 53:11-12; Jeremías 31:31-33; Hebreos 8:3-12).

Fíjese en lo que Pedro dijo siglos más tarde, cuando Dios finalmente permitió que el Espíritu Santo se hiciese disponible a todo su pueblo durante la Fiesta de Pentecostés celebrada después de la muerte de Cristo. Él exclamó: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y *recibiréis el don del Espíritu Santo*. Porque para vosotros es la *promesa*, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare” (Hechos 2:1; 38-39).

Debido a que Dios no les dio el Espíritu Santo, los antiguos israelitas nunca lograron vivir conforme al propósito espiritual de las leyes de Dios de manera plena, para convertirse así en el verdadero pueblo santo. Su naturaleza humana y las influencias de quienes los rodeaban continuamente los llevaron por mal camino.

Incluso la generación que Dios sacó de Egipto mediante grandes milagros murió en el desierto debido a su constante incredulidad, testarudez, quejas y desobediencia. Dios no permitió que esa generación heredara la tierra que él había prometido a Abraham y sus descendientes. Aquellas personas no estaban dispuestas a reflejar la santidad que él deseaba.

Sin embargo, Dios cumplió la promesa que le hizo a Abraham y les dio la tierra prometida a los hijos de esa generación bajo el liderazgo de Josué. “Y sirvió Israel al Eterno todo el tiempo de Josué, y todo el tiempo de los ancianos que sobrevivieron a Josué y que sabían todas las obras que el Eterno había hecho por Israel” (Josué 24:31).

Este hecho encierra una importante lección: Dios no abandona las promesas que les ha hecho a sus hijos solo porque una generación de su pueblo le desobedece. Ellos también son herederos de la promesa que le hizo a Abraham.

Dios puede retener o demorar por un tiempo las bendiciones que ha prometido, pero a la larga las concede. Él siempre mantiene su palabra, y por tal razón podemos confiar en que cumplirá las profecías bíblicas acerca de los hijos de Israel en los últimos días.

Israel se convierte en un reino

Durante los siglos subsiguientes, Dios envió a profetas y jueces para guiar a los israelitas, para enseñarles sus caminos y resolver las controversias que había entre ellos. Pero muchas veces estas mismas personas le

dieron la espalda a Dios (Salmos 78:56-57) y no lograron vivir conforme a su compromiso de ser un pueblo santo. La Biblia resume la era de los jueces con estas palabras: “En estos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía” (Jueces 21:25).

No obstante, durante esa era y más adelante, Dios escuchó sus oraciones en tiempos de crisis y peleó sus batallas cuando clamaron por su misericordia (Salmos 106:39-45). Él tuvo “misericordia de ellos, y se compadeció de ellos y los miró, *a causa de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob*; y no quiso destruirlos ni echarlos de delante de su presencia hasta hoy” (2 Reyes 13:23).

Finalmente, Israel le pidió a Samuel que le diera un rey. “Entonces todos los ancianos de Israel se juntaron . . . y le dijeron: He aquí tú has envejecido, y tus hijos no andan en tus caminos; por tanto, constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones. Pero no

agradó a Samuel esta palabra que dijeron: Danos un rey que nos juzgue. Y Samuel oró al Eterno.

“Y dijo el Eterno a Samuel: Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos . . . Ahora, pues, oye su voz; mas protesta solemnemente contra ellos, y muéstrales cómo les tratará el rey que reinará sobre ellos” (1 Samuel 8:4-9).

Dios atendió su solicitud e instruyó a Samuel para que ungiera a Saúl (aparentemente uno de los hombres físicamente más impresionantes de Israel) como su rey (1 Samuel 10:17-24). Dios estaba dispuesto a trabajar con el rey de Israel y a apoyarlo si se comporta

de manera justa, pero Saúl se volvió arrogante, testarudo y voluntarioso. Físicamente parecía tener todo lo que la gente podía desear de un rey, pero su corazón no era justo delante de Dios, por lo que él decidió reemplazarlo.

Pablo explicó mil años más tarde: “Quitado éste, les levantó por rey a David, de quien dio también testimonio diciendo: He hallado a David hijo de Isaí, varón conforme a mi corazón, quien hará todo lo que yo quiero.



Algunos críticos de la Biblia han llegado al extremo de cuestionar la existencia de personajes bíblicos tales como el rey David. Esta inscripción, hallada en la ciudad bíblica de Dan y que se refiere a la dinastía fundada por David, acalló a muchos escépticos empedernidos.

De la descendencia de éste, y *conforme a la promesa*, Dios levantó a Jesús por Salvador a Israel” (Hechos 13:22-23).

El comienzo de la edad de oro de Israel

La historia del ascenso de Israel a su edad de oro durante el reino de David y el de su hijo Salomón, y su consiguiente desintegración en dos rei-

Justicia y equidad para todos

Durante la edad dorada bajo David y Salomón, los esfuerzos de Israel por promover la equidad y justicia para sus ciudadanos han sido comparados con los esfuerzos modernos para alcanzar estos nobles ideales. Ambos reyes eran conocidos por gobernar justamente a su pueblo (2 Samuel 8:15; 1 Crónicas 18:14; 1 Reyes 3:3). Como era una nación ejemplar, Israel atrajo a líderes internacionales que buscaban presenciar personalmente su prosperidad y cultura. Uno de estos dignatarios fue la reina de Sabá.

Después de haber probado a Salomón con preguntas y examinado personalmente sus proyectos de construcción y la cultura israelita, la famosa reina le dijo a Salomón: “Verdad es lo que oí en mi tierra de tus cosas y de tu sabiduría; pero yo no lo creía, hasta que he venido, y mis ojos han visto que ni aun se me dijo la mitad; es mayor tu sabiduría y bien, que la fama que yo había oído.

“Bienaventurados tus hombres, dichosos estos tus siervos, que están continuamente delante de ti, y oyen tu sabiduría. El Eterno tu Dios sea bendito, que se agradó de ti para ponerte en el trono de Israel; porque el Eterno ha amado siempre a Israel, te ha puesto por rey, para que hagas derecho y justicia” (1 Reyes 10:6-9; compare con 2 Crónicas 9:1-8).

La felicidad y la paz florecen en una atmósfera de justicia y equidad para todos, sin importar su raza o antecedentes.

Como parte de las instrucciones de su pacto, Dios les había dicho a los israelitas que

fuesen justos con todas las personas que residían dentro de las fronteras de su nación. Él específicamente dijo: “La misma ley será para el natural, y para el extranjero que habitare entre vosotros” (Éxodo 12:49). Para explicar este principio, Dios añadió: “Y al extranjero no engañarás ni angustiarás, porque extranjeros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto” (Éxodo 22:21).

Los extranjeros debían tener los mismos derechos que los nativos. Jueces y gobernantes debían aplicar las leyes con equidad. A los extranjeros debía ofrecérselas la oportunidad de adorar a Dios durante las fiestas santas (Éxodo 12:48; Levítico 16:29). Cuando Israel descansaba en el sábado, el séptimo día semanal, los extranjeros en la tierra debían descansar también (Éxodo 20:10).

Tal como los israelitas nativos, los extranjeros podían también ofrecer sacrificios a Dios (Números 15:14). Las leyes de la salud se aplicaban igualmente a nativos y extranjeros (Levítico 17:15), y Dios ordenó a los israelitas que ayudaran a los pobres y extranjeros entre ellos (Levítico 19:10; 23:22; 25:35). En resumen, Dios les dijo a los israelitas que amaran a los extranjeros y los trataran como si fuesen nativos de su tierra (Levítico 19:34).

Dios deseaba que el derecho y el privilegio de adorarlo y vivir en su nación ejemplar estuviese disponible para todos. Su expectativa obvia era la “justicia para todos”.

nos independientes, es un relato tanto de triunfo como de amarga tragedia.

Todos estos sucesos enfatizan la fidelidad de Dios a sus promesas y las catastróficas consecuencias de la debilidad humana. También destacan la necesidad de un cambio mayor en el espíritu humano y del regreso de Cristo como el único Rey perfecto.

Durante los reinados de David y Salomón, Dios cumplió su promesa de que los descendientes de Abraham gobernarían sobre un vasto territorio

Comercio internacional: Una de las fuentes de riqueza de Salomón

Salomón construyó muchos barcos mercantiles que eran tripulados tanto por marineros israelitas como fenicios. La riqueza acumulada a través de este tráfico marítimo era extraordinaria, incluso comparada con los estándares actuales.

¿Qué tan lejos viajaban aquellas flotas para acumular tanta riqueza? No lo sabemos, pero las Escrituras nos dicen que los navegantes a veces requerían tres años para hacer un viaje de ida y vuelta, debido a las largas distancias. Traían de vuelta productos valiosos como oro, plata y marfil, junto con curiosidades exóticas como pavos y monos (1 Reyes 10:22).

Más de dos siglos después, Fernando de Magallanes navegó alrededor del mundo en un viaje que también tomó tres años. Las flotas de Salomón y de los fenicios podían navegar a lo largo y ancho de los océanos. Las Escrituras afirman que los marineros del rey Hiram eran “diestros del mar” (1 Reyes 9:27).

Como Salomón tenía una flota internacional de barcos, una alianza con los fenicios y el control de las principales rutas de intercambio en el interior del Medio Oriente, emprendió su propio negocio de importación y exportación. Por ejemplo, “Los caballos de Salomón eran *importados* de Egipto y de Coa, que era donde los mercaderes de la corte los compraban. En Egipto compraban carros por seiscientas monedas de plata, y caballos por ciento cincuenta, para luego vendérselos a todos los

reyes hititas y sirios” (1 Reyes 10:28-29, NVI).

La Biblia declara que las ganancias anuales de Salomón alcanzaban a unos 23 000 kilos de oro, sin contar el oro recibido mediante obsequios y tributos (2 Crónicas 9:13-14). Con el acceso a esta vasta riqueza, Salomón construyó un templo magnífico para Dios y un complejo palaciego para sí mismo en Jerusalén.

Recubrió las paredes interiores, e incluso el piso del templo, con oro puro. Las masivas esculturas de dos querubines, cada uno con dos larguísimas alas extendidas, cubrían el propiciatorio en el arca del pacto. Los artesanos enchaparon estas figuras con oro puro, y además hicieron menores de siete brazos, una mesa para los panes de la propiciación, tazones, calderos, candeleros, despabiladeras para las lámparas, cucharones e incensarios de oro puro (2 Crónicas 3-4).

Salomón tenía un gran trono de marfil cubierto en oro. Equipó a sus guardias con cientos de escudos ceremoniales de oro; los más grandes fueron hechos de aproximadamente seis kilos y medio de oro batido. La vajilla en su palacio incluía vasos y platos de oro. Las Escrituras notan que ninguno de estos había sido hecho de plata durante el tiempo de Salomón, porque esta se consideraba demasiado común (1 Reyes 10:21). Esta fue, literalmente, la era dorada de Israel.

en el Medio Oriente, desde la frontera de Egipto hasta el río Éufrates. Así, Israel se convirtió en una gran nación.

Pero debido a los pecados de Salomón y sus sucesores, como también a las transgresiones de la gente misma, Israel lo perdió todo en las décadas después de la muerte de Salomón. Esto fue lo que sucedió:

David se convirtió en el gobernador de las tribus de Israel en dos etapas. Primero, la tribu de Judá lo ungió como rey en Hebrón (2 Samuel 2:3-4). A partir de ese pacto, David reinó durante aproximadamente siete años antes de que las otras tribus hicieran un pacto con él y también lo aceptasen como rey. Esto dio comienzo a un período de unidad en Israel (2 Samuel 5:1-5; 1 Crónicas 11:3).

Como rey, David heredó un ejército militar numeroso y eficiente. Alrededor de 350 000 guerreros armados de las tribus de Israel asistieron a su ceremonia de coronación (1 Crónicas 12:23-40). Al poco tiempo, él comenzó a derrotar a los contenciosos vecinos que habían atormentado a los israelitas durante años.

David reinó un total de cuarenta años, treinta y tres de ellos desde Jerusalén, la ciudad que arrebató a los jebuseos y que estableció como capital de Israel. Su gobierno impulsó el ascenso de Israel a la preeminencia militar y económica en el Medio Oriente. Los historiadores modernos tienden a ignorar el registro bíblico y subestiman enormemente la magnitud y el alcance de los reinos de David y Salomón.

Como explica *The New Unger's Bible Dictionary* (Nuevo diccionario bíblico de Unger): “La tendencia de los eruditos en el pasado ha sido darle poca credibilidad a los relatos bíblicos sobre el poder y la gloria de Salomón . . . La arqueología ha reivindicado el amplio alcance del Imperio davídico-salomónico según se describe en [el libro de los] Reyes. El trasfondo histórico general del período davídico-salomónico también ha sido autenticado.

“La gloria de Salomón solía ser comúnmente descartada como ‘una exageración semítica’ o un relato romántico. Se argumentaba que un reino con semejante crecimiento no podría haber existido entre grandes imperios como Egipto, los hititas, Asiria y Babilonia. Sin embargo, los monumentos han mostrado que durante el período de 1100 hasta 900 a. C., los grandes imperios alrededor de Israel estaban decayendo o se encontraban temporalmente inactivos, por lo cual Salomón pudo gobernar con el esplendor que la Biblia le atribuye” (1988, “Solomon” [“Salomón”]).

La clave del éxito de David

¿Cuál fue la clave del éxito militar y político de David? Encontramos la respuesta revelada en el relato del primer desafío militar que enfrentó después de consolidar a todas las tribus de Israel bajo su liderazgo.

El perdurable trono de David

La historia de David, el segundo rey de Israel, posee todos los elementos de una emocionante historia de aventuras. En sus setenta años, llenos de contrastes entre la pobreza y la riqueza, David pasó de su rol como el octavo hijo de una familia promedio y el encargado de cuidar las ovejas de la familia, a ser el líder dominante de la nación. Su vida contó con toda la aventura que cualquiera pudiera desear, ya que debió luchar con animales salvajes para proteger a sus ovejas, escapar de Saúl para salvar su vida, y guiar a soldados a la batalla.

Sin embargo, David tenía además un lado creativo: era poeta, músico y compositor. Encontramos muchas de sus obras en el libro de Salmos. Su celo por Dios era tal, que adquirió materiales para construir un templo y estandarizar la estructura formal de adoración de Israel a través de sus sacerdotes y músicos. Sin embargo, no quedó exento de pecados, faltas y conflictos familiares.

A pesar de que los aspectos de la vida de David nos suenen muy emocionantes, Dios se sentía atraído a este hombre por otra razón. Después del fracaso de Saúl de servir como rey según la manera que Dios deseaba, la Biblia nos dice que Dios buscó “un varón conforme a su corazón” (1 Samuel 13:14). Dios eligió a David para que reemplazara a Saúl por esta razón. A pesar de que David cometió serios errores, al final siempre se arrepintió de sus pecados y buscó a Dios para que lo perdonara (Salmos 51). Y aun cuando era el rey de Israel, tomó a Dios más en serio que a sí mismo.

Una asombrosa promesa

Debido a que David era un hombre conforme al corazón de Dios, un hombre con una consciencia sensible hacia su creador, Dios hizo un pacto separado y distinto con él en adición al pacto que había hecho con

Israel. De esta manera, cuando David quiso construir una casa para Dios, el Eterno le envió un mensaje a través del profeta Natán:

“Y cuando tus días sean cumplidos, y duermas con tus padres, yo levantaré después de ti a uno de tu linaje, el cual procederá de tus entrañas, y afirmaré su reino. El edificará casa a mi nombre, y yo afirmaré para siempre el trono de su reino. Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo. Y si él hiciere mal, yo le castigaré con vara de hombres, y con azotes de hijos de hombres; pero mi misericordia no se apartará de él como la aparté de Saúl, al cual quité de delante de ti. Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente” (2 Samuel 7:12-16).

Comprender el alcance de su promesa —que Dios establecería el trono de David por toda la eternidad— es un tema complicado. El aspecto que mejor se entiende de este pacto se encuentra en el cumplimiento de Jesús el Mesías —nacido de María, una descendiente literal de David— gobernando el Reino de Dios.

Por medio del profeta Jeremías, Dios profetizó en cuanto a este tiempo: “He aquí que vienen días . . . en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual le llamarán: el Eterno, justicia nuestra” (Jeremías 23:5-6).

Antes de la concepción de Jesús, un ángel le dijo: “Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará *el trono de David su padre*” (Lucas 1:31-32).

Estos pasajes muestran que Jesús estaba destinado a sentarse en el trono de David. Y a pesar de que estos eventos de seguro se llevarían a cabo, muchos creen erróneamente

que estos ya se cumplieron en Cristo. Sin embargo, esto no se cumplirá por completo hasta que él regrese.

Gobernantes humanos en el trono de David

Otra parte de la promesa de Dios a David fue que sus descendientes continuarían gobernando sobre el pueblo de Israel hasta que Dios estableciese su reino en la Tierra. Al no comprender correctamente cuándo establecerá Dios su reino, muchos han supuesto equivocadamente que esta promesa fue cumplida hace mucho tiempo en Cristo y que ya no tiene ningún significado.

Contrariamente al concepto de que el Reino de Dios ya ha sido establecido en la Tierra, ya sea como una iglesia o en los corazones de los seres humanos, la Biblia dice claramente que Dios establecerá su reino cuando Cristo venga por segunda vez a la Tierra (Daniel 2:44; Apocalipsis 11:15). A pesar de que hombres han predicado el mensaje del reino con varios niveles de comprensión por miles de años, la aparición del reino en la Tierra aún no ha ocurrido. Cuando lo haga, el Reino de Dios reemplazará los gobiernos humanos del mundo (para una explicación más completa de este tema, solicite el folleto gratuito *El Evangelio del Reino de Dios*).

La adoración religiosa de Dios que fue instituida para el antiguo Israel —con su sábado semanal y las fiestas santas anuales— también revela mucho acerca de la manera que las naciones lo adorarán después de que Dios establezca su reino en la Tierra. (Para estudiar las formas continuas de adoración que Dios ha establecido, por favor solicite nuestros folletos gratuitos *El Día de Reposo Cristiano* y *Las Fiestas Santas de Dios: Esperanza segura para toda la humanidad*. Todos nuestros folletos están disponibles en una de nuestras oficinas cercanas a usted o a través de la biblioteca de literatura en Internet en iduai.org/folletos).

Con el entendimiento de que Dios aún no

ha establecido su reino en la Tierra, consideremos algunas de las promesas en la Biblia de que un descendiente de David continuaría gobernando sobre los descendientes de Israel. En 2 Crónicas 13:5 encontramos que “el Eterno Dios de Israel dio el reino a David sobre Israel para siempre, a él y a sus hijos, bajo pacto de sal”. Tal como la sal tiene propiedades preservantes, un pacto de sal era uno que perduraría. Dios garantizó que “la casa de David” —sus descendientes— continuarían existiendo por toda la eternidad (2 Crónicas 21:7).

Debido a que los descendientes de David no continuaron obedeciendo a Dios, algunos han creído incorrectamente que Dios deshizo el pacto con David. Sin embargo, este no es el caso. Dios dijo acerca de David: “Para siempre le conservaré mi misericordia, y mi pacto será firme con él. Pondré *su descendencia para siempre*, y su trono como los días de los cielos.

“Si dejaren sus hijos mi ley, y no anduvieren en mis juicios, si profanaren mis estatutos, y no guardaren mis mandamientos, entonces castigaré con vara su rebelión, y con azotes sus iniquidades. Mas no quitaré de él mi misericordia, ni falsearé mi verdad.

“No olvidaré mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de mis labios. Una vez he jurado por mi santidad, y no mentiré a David. Su descendencia será para siempre, y su trono como el sol delante de mí. Como la luna será firme para siempre, y como un testigo fiel en el cielo” (Salmos 89:28-37; compare con Jeremías 33:15-21).

A través del pacto con David encontramos otra prueba bíblica de que los descendientes de Abraham, los israelitas, continúan existiendo. No han muerto ni han desaparecido de la faz de la Tierra. Nuevamente, la credibilidad misma de Dios está en juego. Él nos dice en su Palabra que los descendientes de David y la gente de su nación continuarán existiendo.

“Oyendo los filisteos que David había sido ungido por rey sobre Israel, subieron todos los filisteos para buscar a David; y cuando David lo oyó, descendió a la fortaleza. Y vinieron los filisteos, y se extendieron por el valle de Refaim.

“Entonces *consultó David al Eterno*, diciendo: ¿Iré contra los filisteos? ¿Los entregarás en mi mano? Y el Eterno respondió a David: Ve, porque ciertamente entregaré a los filisteos en tu mano. Y vino David a Baal-perazim, y allí los venció David, y dijo: *Quebrantó el Eterno a mis enemigos delante de mí, como corriente impetuosa*” (2 Samuel 5:17-20).

David no tenía necesidad de ir en búsqueda de conflictos, porque estos salían a su encuentro; pero cuando ello ocurría, Dios le daba la victoria. Con el pasar del tiempo sus enemigos formaron alianzas entre ellos mismos para derribar su reino, un reino que había sido establecido por *Dios*, pero de lo cual no se habían percatado. David salía victorioso incluso cuando sus hostiles vecinos se aliaban. “Y David se fortaleció más y más, *porque el Señor Todopoderoso estaba con él*” (1 Crónicas 11:9; NVI).

El éxito de David fue obra de Dios. Llegó a convertirse en el gobernante más poderoso del Medio Oriente de aquel entonces; sin embargo, no construyó monumentos para exaltarse a sí mismo, como era la costumbre de casi todos los reyes de la Antigüedad. Por lo tanto, como sus hazañas fueron registradas únicamente en la Biblia, la mayoría de los historiadores se rehúsa a reconocer la prominencia de Israel bajo David y su hijo y sucesor, Salomón.

Los críticos de la Biblia señalan que hay poca evidencia arqueológica para respaldar las afirmaciones que ella hace respecto a la grandiosidad de Israel bajo David y Salomón. No obstante, la falta de evidencia se comprende perfectamente a la luz de la historia de Israel y esa región.

Esta zona ha sido escenario de innumerables invasiones y luchas entre ejércitos a lo largo de los siglos. Jerusalén misma ha sido conquistada más de veinte veces, y destruida por completo en varias ocasiones. Registros del antiguo Israel escritos en pergaminos y papiros se volvieron polvo hace mucho tiempo, pero a pesar de que las pruebas contundentes y específicas son escasas, de ninguna manera son inexistentes. Teniendo en cuenta la perfecta precisión de la Biblia en tantas áreas, no tenemos ninguna razón para cuestionar sus afirmaciones en cuanto a Israel bajo David y Salomón.

Salomón hereda un imperio

El rey Salomón heredó de su padre David un inmenso, poderoso y próspero imperio en el Medio Oriente. “Porque él [Salomón] señoreaba en toda la región al oeste del Éufrates, desde Tifsa [posiblemente la actual Dibse, ubicada al norte de Siria y cerca de la frontera con el sur de Tur-

quía] hasta Gaza, sobre todos los reyes al oeste del Éufrates; y tuvo paz por todos lados alrededor” (1 Reyes 4:24).

En aquel tiempo los pueblos de Judá e Israel “eran tan numerosos como la arena que está a la orilla del mar; y abundaban la comida, la bebida y la alegría. Salomón gobernaba sobre todos los reinos desde el río Éufrates hasta la tierra de los filisteos y la frontera con Egipto. Mientras Salomón vivió, todos estos países fueron sus vasallos tributarios” (vv. 20-21, NVI).

Otras dos potencias del Medio Oriente, Egipto y Tiro (al norte de Israel, en la costa del Líbano de la actualidad), decidieron convertirse en aliados de David y Salomón en vez de atacar a Israel y arriesgarse a ser conquistados. Ambas incrementaron grandemente el alcance del poderío comercial y político de Israel, aunque la influencia cultural y religiosa que ejercieron durante el reino de Salomón contribuyó al posterior colapso de la nación.

La alianza de Salomón con Hiram de Tiro probablemente sea la razón principal de por qué los historiadores occidentales han ocultado la importancia histórica de Israel. Cuando los historiadores modernos describen la generalizada influencia del Imperio fenicio, que en ese entonces estaba centrado alrededor de Tiro, tienden a pasar por alto el hecho de que Salomón era el verdadero poder de la región mediterránea oriental de aquel tiempo.



Como se registra en 1 Reyes 9:15, Salomón fortificó las ciudades de Hazor, Gezer y Meguido para que fueran centros administrativos y militares de su creciente imperio. Otras puertas de muros de defensa, como la que muestra esta imagen de Meguido, han sido excavadas en estos tres sitios—evidencia que respalda sólidamente el relato bíblico.

Israel y el Imperio fenicio

La Biblia revela que la historia de Israel y Fenicia estaba mucho más entrelazada de lo que los historiadores están dispuestos a admitir. En general, prosperaron juntas en los buenos tiempos y sufrieron también juntas durante los malos. Tenían enemigos en común. Ascendieron al poder internacional juntas y luego fueron conquistadas por el Imperio asi-

rio casi al mismo tiempo.

Los habitantes de la zona costera alrededor de Tiro y Sidón compartían con Israel un alfabeto y más o menos el mismo lenguaje semítico. Aparte de unas cuantas diferencias culturales y dialécticas, sus idiomas parecen haber sido casi idénticos.

La relación especial de Israel con el rey Hiram de Tiro comenzó durante el reinado de David (1 Crónicas 14:1) y continuó incluso después del reinado de Salomón. Los historiadores saben que Tiro era la ciudad principal de los poderosos fenicios.

Encarta Multimedia Encyclopedia (Enciclopedia Encarta Multimedia) dice que los fenicios “se convirtieron en los comerciantes y navegantes más destacados del mundo antiguo. Las flotas de las ciudades costeras viajaban a lo largo del Mediterráneo e incluso por el océano Atlántico, y otras naciones competían a fin de contratar barcos y tripulaciones fenicias para sus flotas . . . las ciudades-reino fundaron muchas colonias, particularmente Útica y Cartago en el norte de África, [otras] en las islas de Rodas y Chipre en el mar Mediterráneo, y Tarsis en el sur de España. Tiro lideraba las ciudades fenicias antes de que fuesen subyugadas, nuevamente por Asiria, durante el siglo VIII a. C.” (“Fenicia”, 1999).

Salomón expandió grandemente el acuerdo de colaboración de Israel con Hiram. Al parecer se concertó un pacto formal de amistad entre los dos gobernantes, una “alianza entre hermanos” (Amós 1:9, NVI). Como veremos, esa relación resultó ser uno de los errores trágicos de Salomón, pero aumentó de manera significativa y transitoria la prosperidad de ambos reinos. Esta sociedad entre Salomón e Hiram fue la que alcanzó fama internacional como el *Imperio fenicio*.

Al evaluar el poder y prestigio de los grandes fenicios, los historiadores tienden a considerar solamente las ciudades marítimas en la costa del Líbano moderno. No reconocen la asociación que existía entre Hiram de Tiro y David y Salomón de Israel. Como resultado, pasan por alto el hecho de que David y Salomón, no Hiram, fueron los gobernadores dominantes de la sociedad comercial que se llegó a conocer en el mundo como *Fenicia*.

La contribución de Israel al poder fenicio

En su libro *Lebanon Yesterday and Today* (El Líbano ayer y hoy), John B. Christopher describe en pocas palabras la región que los historiadores reconocen como la antigua Fenicia. “Cuando Fenicia estaba en la cúspide de su poder, alrededor de 1000 a. C. [durante los reinados de David y Salomón], las ciudades-Estado principales eran, de sur a norte: Tiro, Sidón, Biblos y Arados (esta última estaba enclavada en una isla cerca de la costa siria, más allá de la frontera libanesa)” (1966, p. 43).

Sin embargo, antiguamente la palabra *Fenicia* comprendía mucho más que esas pocas ciudades costeras. Fenicia abarcaba incluso gran parte de la región *interior* de la “tierra de Canaán”, que era el territorio del antiguo Israel. Los relatos históricos de la antigua Fenicia frecuentemente ignoran esta importante información.

Christopher explica: “Durante el tercer milenio [a. C.], Biblos y la costa libanesa en general eran conocidas como *la tierra de Canaán*, y sus habitantes como *cananeos*. Un poco más tarde aparecieron los términos más familiares como *Fenicia* y *fenicios*. Fenicia a veces se refería específicamente a la sección costera *del territorio de Canaán*, mucho más amplio, que se extendía tierra adentro” (p. 41).

Desde el punto de vista de las ciudades costeras de Fenicia, un convenio de cooperación con Israel era una necesidad geopolítica. Militarmente, Israel era una de las ciudades vecinas más poderosas, demasiado poderosa como para ser ignorada por Hiram de Tiro.

Cuando David conquistó Edom, Moab y Amón (correspondientes a la actual Jordania) y Aram (la moderna Siria), Israel pasó a controlar la mayor parte de los territorios interiores, vitales

para las rutas comerciales. Tiro y Sidón controlaban el comercio marítimo de la región mediterránea. El punto débil de las ciudades portuarias fenicias era su dependencia casi absoluta del comercio para su supervivencia.

En su mayor parte, Israel era autosuficiente y producía grandes cantidades de exportaciones agrícolas como vino, aceite de oliva y trigo. Por el contrario, el área fenicia que circundaba el litoral de Tiro y Sidón era montañosa y contaba con muy poco suelo para la explotación agrícola. Como consecuencia de la escasez de tierra cultivable, los fenicios importaban una considerable cantidad de productos alimenticios desde Israel. Rápidamente se establecieron fuertes lazos políticos y comerciales entre ambos reinos, pero Israel era, por mucho, el más poderoso de los dos.



Las poderosas naves mercantiles fenicias, llamadas “flotas de Tarsis” en la Biblia, recorrían fácilmente el mar Mediterráneo y probablemente también partes del océano Atlántico. Las alianzas entre Fenicia e Israel resultaron ser muy provechosas para ambos reinos.

Las ciudades portuarias de Tiro y Sidón compartían la fuerza laboral con Israel a fin de reunir los materiales necesarios para el templo de Israel (1 Reyes 5:8-11, 18). Salomón incluso reclutó una fuerza laboral de 30 000 hombres para trabajar en el Líbano, con el propósito de adquirir la madera destinada a la construcción del templo (versículos 13-14).



La Biblia registra las alianzas entre Fenicia e Israel, que reportaban grandes beneficios a ambas potencias. Los fenicios contribuían con mano de obra muy diestra y experimentada y también con materiales de construcción tales como los preciados cedros del Líbano (en la foto) para los importantes proyectos de construcción de David y Salomón.

Además, las ciudades portuarias fenicias le brindaron a Israel acceso directo a vastos mercados internacionales mediante su control marítimo del mar Mediterráneo.

Los historiadores tienen registros de los fenicios aventurándose en el océano Atlántico por lo menos hasta las islas británicas, y algunos creen que viajaron mucho más allá de ese punto. Por lo tanto, esto comprueba que Israel tenía el mismo acceso a estas áreas.

Las Escrituras incluso afirman que dos de las tribus israelitas, Aser y Dan, habían desarrollado gran pericia y habilidades marítimas mucho antes de los días de David y Salomón y del rey Hiram de Tiro (Jueces 5:17). Salomón construyó su propia flota de barcos y los atracó en la ciudad portuaria israelita de Ezión Guéber (1 Reyes 9:26, NVI), abriendo así el acceso comercial a África Oriental y a Asia a través de los mares Rojo

y Árabe.

Y a pesar de que los israelitas tenían sus propios navegantes calificados, los fenicios les enviaban “algunos de sus oficiales, que eran marineros expertos, para servir en la flota con los oficiales de Salomón”, a fin de colaborar en las hazañas marítimas comerciales que llevaban a cabo en conjunto (vv. 27-28, NVI).

Bajo David y Salomón, Israel fue un socio que contribuyó enormemente a que Fenicia alcanzara su grandiosidad y fama. La influencia

internacional comercial y política de Salomón fue mucho mayor de lo que los historiadores más recientes han podido percibir. Incluso es probable que durante ese tiempo algunos de los comerciantes de Israel se hayan instalado en las islas británicas, estableciendo pequeñas colonias. Y aun cuando la información histórica acerca de ese período es escasa, muchas de las tradiciones antiguas indican que esto fue lo que ocurrió.

Por qué Dios le dio a Israel un imperio

En los días de Moisés, cuando Israel se consolidó como nación, Dios explicó su propósito de hacer que los israelitas fueran un pueblo de influencia y poder. Él les dijo: “Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis *un reino de sacerdotes, y gente santa* . . .” (Éxodo 19:5-6).

Dios quiso usarlos como una *nación modelo*, y le ordenó a Moisés que les dijera: “No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella, para que guardéis los mandamientos del Eterno vuestro Dios que yo os ordeno . . . Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia *ante los ojos de los pueblos*, los cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta” (Deuteronomio 4:2, 6).

Dios deseaba que Israel *fuese un ejemplo* para enseñarles a otras naciones los beneficios que cosecharían al obedecerle y guardar fielmente sus leyes. Cuando él estableció a Israel como una gran nación, le dio a Salomón una *sabiduría* que sobrepasaba el entendimiento de los otros gobernantes de esa región. Salomón alcanzó fama internacional debido a su sabiduría (1 Reyes 4:29-34), y sus súbditos vivían en paz dentro de sus territorios.

Dios quería que la sabiduría de su camino de vida y sus leyes se hicieran disponibles a todas las otras naciones. Le dio a Israel una oportunidad magnífica para bendecir y enriquecer espiritualmente “a todas las familias de la tierra”, como le había prometido a Abraham.

Pero ni Salomón ni el pueblo que gobernó mantuvieron sus ojos en ese objetivo. Los beneficios físicos de prosperidad, riquezas y fama se convirtieron en su meta principal y perdieron de vista la razón de su existencia como nación.

Nuevamente, el problema fue la naturaleza humana. Salomón se dejó llevar cada vez más por sus debilidades hasta que, hacia el final de su vida, abandonó al gran Dios que le había dado un imperio. En el siguiente capítulo aprenderemos cómo ocurrió esto y las consecuencias que produjo.

Del imperio al exilio

*“Pero acontecerá, si no oyes la voz del Eterno tu Dios, para procurar cumplir todos sus mandamientos y sus estatutos que yo te intimo hoy, que vendrán sobre ti todas estas maldiciones, y te alcanzarán”.
(Deuteronomio 28:15).*

Dios deseaba que Israel fuese una nación ejemplar, pero ello conllevaba grandes responsabilidades. Él no iba a permitir que la nación que había creado para ser un modelo de rectitud ante el mundo escapara de las consecuencias de abandonar sus caminos y se degradara al nivel de las naciones que la rodeaban.

Antes de que los israelitas entraran en la Tierra Prometida, Dios les había advertido específicamente que no hicieran alianzas con ninguna nación que adorase dioses falsos: “No harás alianza con ellos, ni con sus dioses . . . no sea que te hagan pecar contra mí sirviendo a sus dioses, porque te será tropiezo” (Éxodo 23:32-33).

Por las mismas razones, él les dijo que no se casaran con gente de las naciones vecinas: “Y no emparentarás con ellas; no darás tu hija a su hijo, ni tomarás a su hija para tu hijo. Porque desviará a tu hijo de en pos de mí, y servirán a dioses ajenos; y el furor del Eterno se encenderá sobre vosotros, y te destruirá pronto” (Deuteronomio 7:3-4).

Sin embargo, Salomón ignoró ambas advertencias. Primero hizo un tratado con el faraón de Egipto, el cual selló aceptando casarse con su hija (1 Reyes 3:1). Además, “hubo paz entre Hiram [el rey de Tiro] y Salomón, e hicieron pacto entre ambos” (1 Reyes 5:12).

Al comienzo de su reinado, Salomón amaba a Dios y simplemente se dedicó a seguir los pasos de su padre David. Durante aquel tiempo, Dios se le apareció en un sueño y le dijo: “Pide lo que quieras que yo te dé” (1 Reyes 3:5).

Salomón escogió sabiamente en su sueño. Le pidió a Dios un “corazón entendido” para poder cumplir adecuadamente su responsabilidad de monarca y juzgar a su pueblo de manera justa. Mediante aquel sueño, Salomón se dio cuenta de que Dios se había complacido de su actitud humilde y generosa. Dios entonces le prometió darle no solamente lo que le había pedido sino también riquezas, honor y larga vida, siempre y cuando Salomón continuara viviendo según los términos del pacto de Dios con Israel.

Poco después de que Salomón completó y dedicó el templo, Dios se le apareció nuevamente en un sueño: “Yo he oído tu oración y tu ruego que has hecho en mi presencia. Yo he santificado esta casa que tú has edifi-

cado, para poner mi nombre en ella para siempre; y en ella estarán mis ojos y mi corazón todos los días” (1 Reyes 9:3).

Luego, Dios le prometió *condicionalmente* a Salomón establecer para siempre el trono de su dinastía sobre el pueblo de Israel que vivía en la Tierra Prometida. No obstante, le explicó también cuáles serían las consecuencias en caso de que dejase de seguirlo con integridad: “Pero si ustedes o sus hijos dejan de cumplir los mandamientos y decretos que les he dado, y se apartan de mí para servir y adorar a otros dioses, yo arrancaré a Israel de la tierra que le he dado y repudiaré el templo que he consagrado en mi honor. Entonces Israel será el hazmerreír de todos los pueblos” (vv. 6-7, NVI).

La nación se corrompe por el ejemplo de Salomón

Dios no solo condenaba que un rey de Israel se casara con paganas, sino que específicamente les prohibió que tomaran “para sí muchas mujeres”, como era costumbre entre los gobernadores gentiles (Deuteronomio 17:17). Sin embargo, Salomón cometió este error fatal.

“Pero el rey Salomón amó, además de la hija de Faraón, a muchas mujeres extranjeras; a las de Moab, a las de Amón, a las de Edom, a las de Sidón, y a las heteas; gentes de las cuales el Eterno había dicho a los hijos de Israel: No os llegaréis a ellas, ni ellas se llegarán a vosotros; porque ciertamente harán inclinar vuestros corazones tras sus dioses. A éstas, pues, se juntó Salomón con amor” (1 Reyes 11:1-2).

“Pero si ustedes o sus hijos dejan de cumplir los mandamientos y decretos que les he dado, y se apartan de mí para servir y adorar a otros dioses, yo arrancaré a Israel de la tierra que le he dado y repudiaré el templo que he consagrado en mi honor. Entonces Israel será el hazmerreír de todos los pueblos . . .”

“Y cuando Salomón era ya viejo, *sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos* . . . Salomón siguió a Astoret, diosa de los sidonios, y a Milcom, ídolo abominable de los amonitas . . . Entonces edificó Salomón un lugar alto a Quemosh, ídolo abominable de Moab, en el monte que está enfrente de Jerusalén, y a Moloch, ídolo abominable de los hijos de Amón. Así hizo para todas sus mujeres extranjeras, las cuales quemaban incienso y ofrecían sacrificios a sus dioses.

“Y se enojó el Eterno contra Salomón, por cuanto su corazón se había apartado del Eterno Dios de Israel, que se le había aparecido dos veces, y le había mandado acerca de esto, que no siguiese a dioses ajenos; mas

él no guardó lo que le mandó el Eterno. Y dijo el Eterno a Salomón: *Por cuanto ha habido esto en ti, y no has guardado mi pacto y mis estatutos que yo te mandé, romperé de ti el reino, y lo entregaré a tu siervo.*

“Sin embargo, no lo haré en tus días, por amor a David tu padre; lo romperé de la mano de tu hijo. Pero no romperé todo el reino, *sino que daré una tribu a tu hijo*, por amor a David mi siervo, y por amor a Jerusalén, la cual yo he elegido” (vv. 4-13).

Israel se divide en dos reinos

Y Dios cumplió su palabra. Para cuando murió Salomón, alrededor de 931 a. C., las tribus que ocupaban la parte norte de la nación estaban descontentas con los agobiantes impuestos y los trabajos forzados instituidos por Salomón (1 Reyes 4:7, 22, 26-28; 5:13, 15). Cuando su hijo Roboam ascendió al trono, las tribus norteanas le pidieron ayuda.

Roboam pidió consejo a sus asesores. Los más ancianos le sugirieron satisfacer la solicitud de las tribus, y que aliviara la carga tributaria y mejorara la vida del ciudadano promedio. Sin embargo, los consejeros más jóvenes arguyeron que, como monarca absoluto, Roboam debía ejercer un enérgico control sobre su reino y exigir incluso más impuestos a la gente. Neciamente, Roboam decidió seguir el consejo de la generación más joven.

El resultado fue predecible. Las diez tribus del norte se separaron y proclamaron como su rey a Jeroboam, un ex alto funcionario bajo Salomón, tal como el profeta Ahías había profetizado años antes (1 Reyes 11:28-40; 12:20). Solo las tribus de Judá y Benjamín se mantuvieron leales a la casa de David.

La primera reacción de Roboam fue invadir las tribus del norte con un ejército de 180 000 soldados, para intentar enseñarles una lección (1 Reyes 12:21). Pero Dios habló así a los líderes de Judá: “Así ha dicho el Eterno: No vayáis, ni peleéis contra vuestros hermanos los hijos de Israel; volved cada uno a su casa, *porque esto lo he hecho yo*. Y ellos



Estatuas con alas gigantescas custodiaban la entrada a los palacios de los reyes guerreros de Asiria. Dios advirtió a los israelitas que caerían víctimas de los ataques de esta nación si se negaban a arrepentirse.

oyeron la palabra de Dios, y volvieron y se fueron, conforme a la palabra del Eterno” (v. 24). La invasión fue cancelada y así comenzó la era de un reino dividido.

A estas alturas, más de *doscientos años antes* de que los asirios conquistaran a las diez tribus norteñas, estas se separaron y pasaron a constituir el reino (o casa) de Israel. Las tribus del sur (Judá, Benjamín y parte de Leví) llegarían a conocerse como el reino (o casa) de Judá. La promesa de un Rey divino [Jesucristo] permaneció en la tribu de Judá (Génesis 49:10).

Las tribus del norte retuvieron el nombre de *Jacob*, o *Israel*, y heredaron la promesa de primogenitura que incluía *grandeza nacional, prosperidad y riqueza*. Ellas recibieron, por derecho de nacimiento, las bendiciones físicas y la prominencia nacional que Dios le había prometido a José.

A partir de esa trascendental separación de Israel y Judá, la Biblia registra una sucesión de diez dinastías a lo largo de *doscientos años*, encabezada por al menos diecinueve monarcas que gobernaron el reino del norte.

La oferta de Dios a Jeroboam

Cuando Dios envió al profeta Ahías para informarle a Jeroboam que se convertiría en rey de las tribus del norte, le ofreció también sus bendiciones y la promesa de una dinastía duradera. “Yo, pues, te tomaré a ti, y tú reinarás en todas las cosas que desearé tu alma, y serás rey sobre Israel. *Y si prestares oído a todas las cosas que te mandare, y anduvieres en mis caminos, e hicieres lo recto delante de mis ojos, guardando mis estatutos y mis mandamientos*, como hizo David mi siervo, yo estaré contigo y te edificaré casa firme, como la edifiqué a David, y yo te entregaré a Israel” (1 Reyes 11:37-38).

Con la ayuda de Dios, Jeroboam pudo haber mantenido la porción del imperio que él le había dado; pero su fe estaba puesta en lo que podía ver, no en Dios.

Para asegurarse el dominio absoluto de su nuevo reino, Jeroboam inmediatamente construyó dos capitales para su gobierno en puntos de encuentro tribales que tradicionalmente eran muy importantes. Una estaba ubicada en Siquem, cerca de Naplusa, en lo que hoy se conoce como *Franja Occidental*. La otra estaba en Peniel, al oriente del río Jordán, en lo que es la actual Jordania.

A continuación Jeroboam decidió enfrentar lo que él consideraba un gran problema, tanto así, que podría incluso arrebatarse su reino: “Y dijo Jeroboam en su corazón: Ahora se volverá el reino a la casa de David, si este pueblo subiere a ofrecer sacrificios en la casa del Eterno en Jerusalén; porque el corazón de este pueblo se volverá a su señor Roboam rey de

Judá, y me matarán a mí, y se volverán a Roboam rey de Judá” (1 Reyes 12:26-27).

Jeroboam cambia la religión de Israel

Para prevenir tal cosa, Jeroboam estableció un sistema religioso capaz de competir con el que ya tenían. Por razones políticas –para mantener su control sobre las tribus del norte–, él cambió la manera en la que Israel adoraba a Dios.



El reino de Israel rápidamente se degradó y adoptó la idolatría bajo el rey Jeroboam, quien instituyó una nueva religión nacional. Durante las excavaciones de ciudades israelitas es muy común encontrar figurinas de la fertilidad, como las de la imagen a la izquierda. En Dan, arriba, un gran altar reconstruido que data de los tiempos romanos tal vez fue erigido en el mismo lugar donde Jeroboam construyó un altar pagano siglos antes.

La idolatría ya se había vuelto popular durante los últimos días de Salomón, por lo que Jeroboam erigió sus propios ídolos: “Y habiendo tenido consejo, hizo el rey dos becerros de oro, y dijo al pueblo: Bastante habéis subido a Jerusalén; he aquí tus dioses, oh Israel, los cuales te hicieron subir de la tierra de Egipto. Y puso uno en Bet-el, y el otro en Dan” (1 Reyes 12:28-29).

Dan se ubicaba al extremo norte de su reino. Bet-el estaba al sur, justo arriba de la frontera con Judá y cerca de la ruta principal que la gente utilizaba para ir a adorar a Jerusalén.

Temeroso de que la observancia de las mismas fiestas anuales que celebraban los judíos (las fiestas santas de Dios, Levítico 23) reavivara

el deseo de unidad nacional, Jeroboam cambió también la fecha de celebración de la gran fiesta otoñal (Levítico 23:23-44), del séptimo al octavo mes (1 Reyes 12:32-33).

Él hizo caso omiso de los sacerdotes aarónicos y los levitas (1 Reyes 12:31; 13:33), hombres que habían sido apartados por decreto de Dios (Éxodo 40:15) para mantener la integridad de la vida religiosa de la nación. Para Jeroboam, el sacerdocio levita era una amenazadora fuente de poder independiente. Los levitas habían heredado su cargo, no le debían nada al rey, y estaban prácticamente fuera de su control.

Al desestimar a los sacerdotes levitas, Jeroboam estableció un control monárquico sobre la vida religiosa de la nación. Como resultado, muchos de los levitas se fueron a Judá, donde podían continuar llevando a cabo sus funciones divinamente asignadas (2 Crónicas 11:13-15).

Para reemplazar a los levitas, Jeroboam creó un nuevo sacerdocio “de entre la gente común” y sin mucha experiencia (1 Reyes 12:31; 13:33, NVI), hombres que le debían al rey todo lo que eran y tenían. Estas personas designadas tenían que servir según las preferencias reales si querían mantener sus cargos.

Jeroboam introdujo el sincretismo, una fusión de diferentes sistemas de creencia. Combinó aspectos de la verdadera religión de Dios con creencias paganas y racionalización humana. Es muy posible que haya diseñado muchos aspectos de sus prácticas religiosas basándose en las costumbres de Egipto y Tiro (aliados de Israel por convenio), para fortalecer su relación con estos dos socios comerciales y militares.

De ahí en adelante, para el resto del mundo el reino del norte pasó a ser simplemente una extensión de las poderosas ciudades costeras del Imperio fenicio. Eran socios comerciales, compartían un lenguaje, y muy posiblemente tenían un punto de vista religioso similar.

La distinción que Dios originalmente había deseado establecer entre Israel y las naciones vecinas se borró al poco tiempo. Por lo tanto, no es sorprendente que a los historiadores les cueste distinguir un rol de Israel en la región que no sea el de simples comerciantes con las ciudades costeras fenicias. El estatus de Israel se



El rey asirio Tiglat-pileser III invadió al reino de Israel y llevó en cautiverio a millares de sus ciudadanos.

redujo casi al mismo que tenían los otros reinos. Lamentablemente, había abandonado su cometido de ser una luz espiritual y un ejemplo para las naciones.

La respuesta de Dios a los pecados de Israel y Judá

Poco después de la inauguración de los nuevos rituales y prácticas religiosas en Bet-el y Dan, el profeta Ahías, quien previamente le había informado a Jeroboam que se convertiría en rey, recibió otro mensaje de Dios:

“Ve y di a Jeroboam: Así dijo el Eterno Dios de Israel: Por cuanto yo te levanté de en medio del pueblo, y te hice príncipe sobre mi pueblo Israel, y rompí el reino de la casa de David y te lo entregué a ti; y tú no has sido como David mi siervo, que guardó mis mandamientos y anduvo en pos de mí con todo su corazón, haciendo solamente lo recto delante de mis ojos, sino que hiciste lo malo sobre todos los que han sido antes de ti, pues fuiste y te hiciste dioses ajenos e imágenes de fundición para enojarme, y a mí me echaste tras tus espaldas; por tanto, he aquí que yo traigo mal sobre la casa de Jeroboam, y destruiré de Jeroboam todo varón, así el siervo como el libre en Israel; y barreré la posteridad de la casa de Jeroboam como se barre el estiércol, hasta que sea acabada” (1 Reyes 14:7-10).

El reino de Jeroboam había fracasado rotunda y rápidamente. Tristemente, sus acciones encajaban muy bien con los tiempos. En el reino sureño de Judá, el rey Roboam (cuya madre era amonita) no hizo nada para corregir el ejemplo idólatra que Salomón había dado en su vejez. De la misma manera, mucha gente en Judá había caído en la apostasía y

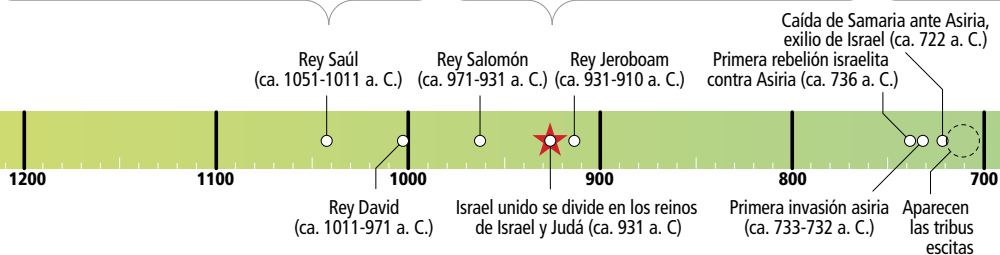


Este obelisco registra que muchos reinos, incluso Israel, pagaban tributos al rey asirio Salmanesar III.

Tiempo de los jueces

Reino unido

Reino dividido



había dejado de adorar a Dios (1 Reyes 14:22-24).

No pasó mucho tiempo antes de que Judá e Israel comenzaran a sufrir las consecuencias de sus pecados. En el quinto año del rey Roboam, el faraón Sisac invadió Judá con 1200 carros, 60 000 hombres de a caballo y gran número de soldados de infantería. Como habían contado con la alianza de Egipto por tantos años, Judá no estaba preparada y Roboam se asustó. El profeta Semaías trajo este mensaje de Dios a la corte de Roboam en Jerusalén: “Vosotros me habéis dejado, y yo también os he dejado en manos de Sisac” (2 Crónicas 12:5). Según el registro bíblico, los egipcios exigieron como tributo la mayor parte de los tesoros de oro que Salomón había hecho para el templo y su palacio.

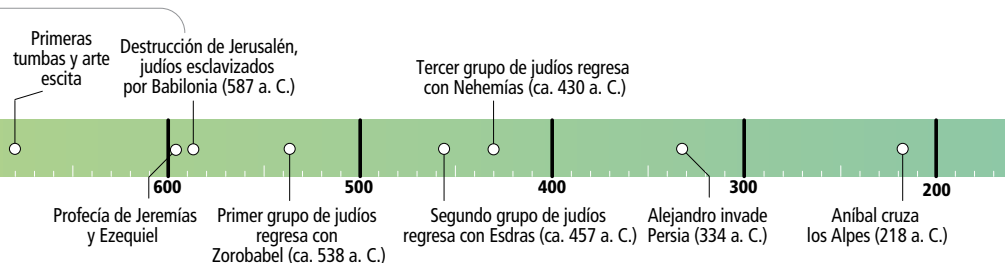
El relato de esta invasión, narrado por el mismo Sisac, quedó preservado en las paredes del templo que construyó con su botín para honrar a su dios, Amón-Ra, en Karnak. En él se jacta de haber tomado ciento cincuenta ciudades, la mayoría emplazadas en la región del Negev de Judá y en el norte de Israel. La era dorada de Israel bajo un monarca y la mayoría de los tesoros de oro del templo y del palacio real, que habían sido producidos durante este período, habían desaparecido.

Sin embargo, las Escrituras afirman que los líderes de Judá admitieron su culpa y se humillaron ante Dios. Los gobernadores de las diez tribus norteñas no manifestaron tal arrepentimiento, por lo tanto, el reino del norte fue el primero en ser llevado en cautiverio.

Debido al cambio de corazón que mostró Roboam, Dios mitigó el impacto del desastre de Judá. “Se han humillado; no los destruiré; antes los salvaré en breve, y no se derramará mi ira contra Jerusalén por mano de Sisac. Pero serán sus siervos, *para que sepan lo que es servirme a mí, y qué es servir a los reinos de las naciones*” (2 Crónicas 12:7-8).

Aquí hay otra lección importante acerca de cómo se relaciona Dios con su pueblo. Aunque este se arrepienta, Dios no necesariamente borra todas las consecuencias de sus errores o de su rebelión contra él. Pero si la gente se humilla sinceramente, Dios por lo general es bondadoso y equilibra el castigo con la misericordia.

Dios no hace berrinches ni aniquila impulsivamente a quienes provo-



can su ira. Sus acciones siempre tienen un propósito, y él intenta primero corregir a las personas de maneras que les enseñen lecciones (Ezequiel 33:11). Como podemos ver en muchos ejemplos en la historia de Israel y Judá, el castigo a menudo es el medio que Dios utiliza para tratar de cambiar la actitud de la gente.

Dios se enfoca en el bienestar a largo plazo de aquellos con quienes trabaja (Hebreos 12:5-12). Su meta principal, desde luego, es que todos lleguen al arrepentimiento (2 Timoteo 2:24-26; 2 Pedro 3:9), que lo acepten y decidan vivir según sus leyes.

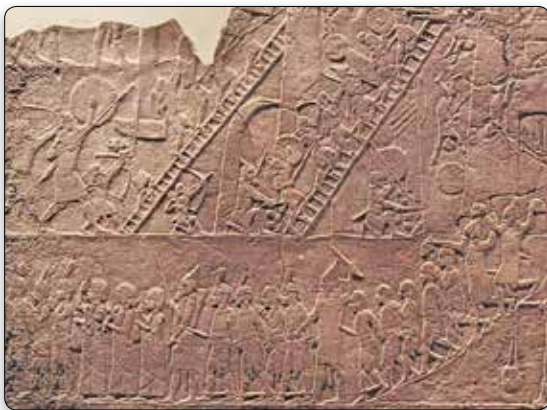
La inminente catástrofe

Debido a que el reino del norte siguió el liderazgo de Jeroboam entregándose a la idolatría, Dios les advirtió a los israelitas las consecuencias de su rebelión: “El Eterno sacudirá a Israel al modo que la caña se agita en las aguas; y él arrancará a Israel de

esta buena tierra que había dado a sus padres, y los esparcirá más allá del Éufrates, por cuanto han hecho sus imágenes de Asera, enojando al Eterno. Y él entregará a Israel por los pecados de Jeroboam, el cual pecó, y ha hecho pecar a Israel” (1 Reyes 14:15-16).

Dios trató con mucha paciencia a Israel, dándole a la gente muchas oportunidades de arrepentirse. No obstante, a lo largo de los dos siglos que siguieron los pecados de la casa de Israel y de sus reyes aumentaron. Los israelitas se apartaron más y más del pacto que habían hecho con su Creador en los días de Moisés.

Dios quitó en etapas su bendición y protección. “En aquellos días comenzó el Eterno a cercenar el territorio de Israel; y los derrotó Hazael [el rey sirio] por todas las fronteras, desde el Jordán al nacimiento del sol, toda la tierra de Galaad, de Gad, de Rubén y de Manasés, desde Aroer



Asiria fue un imperio despiadado y cruel. Sus reyes registraban sus conquistas en relieves de piedra como estos, que cubrían las paredes de sus palacios. Las tropas asirias atacaban los muros que protegían la ciudad (izquierda), mientras sus habitantes derrotados comenzaban su larga marcha al exilio. En otra escena, a la derecha, los escribas registran el saqueo al tiempo que el ganado es llevado en carretas hacia un incierto futuro.

que está junto al arroyo de Arnón, hasta Galaad y Basán” (2 Reyes 10:32-33).

Durante el siglo VIII a. C., los profetas de Dios continuaron advirtiéndolo a los israelitas que ellos, al igual que los otros reinos de la región, caerían víctimas de una nueva y poderosa presencia militar. La expansión de



Asiria hacia el oriente pronto comenzó a amenazar seriamente la existencia del reino de Israel.

Durante este tiempo de inminente catástrofe, los autores de muchos de los escritos que se convertirían en los libros proféticos del Antiguo Testamento ya estaban cumpliendo con su misión. Dios envió profeta tras profeta para advertirlos a las casas de

Israel y de Judá que debían arrepentirse. En unas cuantas ocasiones, los líderes de Judá los escucharon e instituyeron reformas que duraron por algún tiempo, pero el reino del norte nunca se arrepintió de las prácticas idólatras que Jeroboam había establecido. Su gente se rehusó a prestar atención a las advertencias de los profetas.

Los profetas de Dios repitieron los mismos temas básicos. Exhortaron a los israelitas a arrepentirse de inmediato, y proclamaron un inminente cautiverio si la gente se rehusaba a hacerlo. Además, consistentemente les hablaron *del futuro del pueblo de Israel*, especialmente acerca de la redención y restauración de sus descendientes a través del Mesías que había sido profetizado. (Para comprender los conceptos fundamentales de la profecía bíblica, asegúrese de solicitar el folleto *Usted puede entender la profecía bíblica*. Solicite su copia gratuita a alguna de nuestras oficinas cercanas a su domicilio o descárguela de nuestra biblioteca de literatura en iduai.org/folleto).

El fin del reino del norte

Poco después de la muerte del rey Jeroboam II (ca. 753 a. C.), el reino del norte se sumió en un caos político. “La guerra civil, los asesinatos y los conflictos internos entre los grupos que apoyaban la política de los asirios y los que se oponían a cualquier tipo de rendición ante ellos atormentaba al estado del norte . . . Las muertes de Jeroboam y Usías . . .

¿Fueron deportados todos los israelitas?

Algunos eruditos han cuestionado la declaración bíblica de que toda la población del reino del norte fue llevada en cautiverio por los asirios. Algunos creen que la mayoría de los israelitas huyeron al sur y se asimilaron dentro de la población del reino de Judá. ¿Qué ocurrió realmente? Examinemos el registro.

La cadena de eventos que llevó a la caída de Israel y su masiva deportación comenzó con el monarca asirio Tiglat-pileser III. En tres campañas él implementó lo que los historiadores llaman *el cautiverio galileo* (ca. 733-732 a. C.). Capturó Damasco y estableció una presencia militar en la frontera con Egipto. Deportó grandes segmentos de las poblaciones rubenitas, gaditas y manasitas de Transjordania y también a Neftalí y las ciudades en los territorios de Isacar, Zabulón y Aser, a la parte superior del valle de los ríos de Mesopotamia (1 Crónicas 5:26; 2 Reyes 15:29).

El monarca asirio Salmanasar V inició y llevó a cabo la mayor parte de la campaña culminante de 721-722 a. C. en el resto del reino del norte. Sin embargo, Salmanasar "fue destituido poco después por otro rey, Sargón II. Este nombre, 'Rey Auténtico', parece indicar que el reclamo de Sargón al trono es sospechoso al reclamar el trono . . . Sargón II trasladó la capital asiria a Khorsabad, construida en imitación de Nimrod, y la antigua ciudad fue descuidada . . . Salmanasar V . . . no tuvo tiempo para inscribir sus logros en piedra, y fue su sucesor, Sargón II, quien reclamó el crédito por la victoria" (Julian Reade, *Assyrian Sculpture* [Escultura asiria], pp. 48, 65).

Los famosos descubrimientos del arqueólogo británico Austen H. Layard en el siglo XIX disiparon toda duda de que el reino asirio fue una formidable fuerza que dominó ferozmente el antiguo Cercano Oriente de manera intermitente desde los siglos IX hasta el VIII a. C. Es indisputable que los asirios invadieron y conquistaron el reino del norte como parte de esa dominación.

Las cifras precisas de deportados, al menos aquellas que no pertenecen al registro bíblico,

aún no han sido históricamente verificadas. Algunos eruditos sostienen que solo un pequeño número de líderes —los intelectuales del norte— cayeron cautivos a manos de los asirios. El resto, dicen, huyeron como refugiados o fueron asimilados en las poblaciones extranjeras trasplantadas en el reino del norte (2 Reyes 14:24).

Otros creen que la esclavitud y extirpación de los israelitas afectó a casi toda la población del norte. ¿Cómo podemos saber quién está en lo correcto? ¿Cuántos israelitas deportaron los asirios?

Los arqueólogos han encontrado un conjunto de registros de la corte que proveen algunos números específicos. El rey Sargón II dice haber tomado 27290 cautivos de Samaria. Este número es extremadamente bajo en comparación con la población total del reino del norte. Pero hay una razón lógica para explicar tan baja cifra.

El erudito bíblico conservador Eugene Merrill afirma que Salmanasar V "tomó Samaria durante su último año . . . [luego] Sargón, quien probablemente no era el hijo de Tiglat-pileser, como algunos piensan, sino un usurpador, reinó sobre el vasto Imperio asirio desde 722 a 705. Uno de los gobernantes más belicosos de Asiria [Sargón], dice haber efectuado campañas significativas en cada uno de sus diecisiete años. En los anales de su primer año se adjudica el crédito por la caída de Samaria. El hecho real es que la aserción bíblica de que Salmanasar V fue el responsable es la correcta; como varios investigadores han mostrado, Sargón reclamó el crédito de esta importante conquista durante su propio reino para que el registro de su primer año no quedara en blanco" (*Kingdom of Priests* [Reino de sacerdotes], 1996, p. 408).

Sargón aprovechó el hecho de que Salmanasar V había sido destituido antes de que sus hazañas militares fuesen registradas en su totalidad. A pesar de que puede que Sargón haya registrado correctamente los resultados de su propia invasión durante su primer año, dejó *sin registrar* la

deportación mucho mayor de los israelitas llevada a cabo por su predecesor, dejando la impresión de que sus propias hazañas fueron más grandiosas de lo que realmente fueron.

La explicación lógica del Dr. Merrill respecto a las bajas cifras de deportados que entrega Sargón es significativa, porque hace cuadrar la historia asiria con el registro bíblico. Los pocos miles de deportados registrados por Sargón simplemente no incluyen las masivas deportaciones que ya habían llevado a cabo sus predecesores, Tiglat-pileser y Salmanasar V.

Quienes creen en la veracidad de las Escrituras se dan cuenta de que el registro bíblico es la fuente histórica más confiable. En cuanto a la deportación del reino del norte, el relato en 2 Reyes es probablemente el testimonio bíblico más fidedigno: "El Eterno, por tanto, se airó en gran manera contra Israel, y los quitó de delante de su rostro; y no quedó sino *sólo la tribu de Judá* . . . Y desechó el Eterno a *toda la descendencia de Israel, y los afligió, y los entregó en manos de saqueadores, hasta echarlos de su presencia.*"

"Porque separó a Israel de la casa de David, y ellos hicieron rey a Jeroboam hijo de Nabat; y Jeroboam apartó a Israel de en pos del Eterno, y les hizo cometer gran pecado. Y los hijos de Israel anduvieron en todos los pecados de Jeroboam que él hizo, sin apartarse de ellos, hasta que el Eterno quitó a Israel de delante de su rostro, como él lo había dicho por medio de todos los profetas sus siervos; e Israel fue llevado cautivo de su tierra a Asiria, hasta hoy" (2 Reyes 17:18-23).

A pesar de que la Biblia afirma claramente que los asirios se llevaron cautiva a la población del reino del norte, ciertos pasajes bíblicos y la evidencia arqueológica indirecta indican que algunos refugiados de las tribus del norte estaban viviendo entre la gente de Judá incluso mucho después de la caída de Israel.

Probablemente unos pocos norteños se mudaron al sur poco después de la separación de Israel de Judá en protesta por las despreciables prácticas establecidas por Jeroboam (1 Reyes 12:25-33; 13:33; 2 Crónicas 11:13-16) y sus sucesores, principalmente Acab y Jezabel

(1 Reyes 16:28-33; 18:3-4, 18). Esta primera ola de inmigrantes a Judá debe haber ido en busca de religiones con un ambiente menos contaminado para adorar a Dios.

Pero justo antes del exilio del reino del norte, un número mucho mayor de norteños probablemente se dirigió al sur, a Judá, para escapar de los ataques de los asirios en el siglo viii a. C. Nadie refuta que la población de Jerusalén se expandió enormemente durante este tiempo.

¿Indican estos eventos que Dios simplemente asimiló suficiente gente de las tribus del norte en Judá, y que los judíos que regresaron del cautiverio babilonio posterior bajo Esdras y Nehemías constituían todo lo que Dios tenía planeado para preservar a su pueblo santo de Israel? Algunos eruditos abogan por esta teoría, pero pasan por alto un hecho crucial.

Los babilonios exiliaron al resto de los habitantes del reino de Judá en 586 a. C. Este exilio incluyó a aquellos que habían migrado a Judá del antiguo reino del norte. Setenta años después, solo una pequeña porción de esos judíos que habían sido exiliados a Babilonia regresaron para reconstruir el templo y la ciudad de Jerusalén. Las Escrituras muestran que aquellos que se ofrecieron para regresar y reconstruir una presencia judía en Palestina, provinieron casi exclusivamente de las tribus de *Judá, Benjamín y Leví* (Nehemías 11:3-36). No encontramos evidencia en las Escrituras —u otra evidencia histórica— de que números significativos de las otras diez tribus estaban incluidos en el regreso de Judá a su tierra natal.

Por lo tanto, las profecías que se refieren a la restauración futura de las diez tribus perdidas *no pueden* ser consideradas como cumplidas con el regreso de algunos judíos a Jerusalén en los días de Esdras y Nehemías. Incluso aquellos que sí regresaron constituyeron solo una restauración parcial de los judíos. Los descendientes del resto de los judíos y familias israelitas exiliados fueron dispersos entre las naciones y lo más probable es que con el tiempo perdieron su identidad. Las profecías nos dicen que Cristo los reunirá, junto con las diez tribus, a su regreso.

ocurrieron al mismo tiempo que Asiria retomó su poder y renovó su avance hacia occidente” (Lawrence Boadt, *Reading the Old Testament* [Leyendo el Nuevo Testamento], 1984, p. 312).

En medio de sus propias dificultades domésticas e internas, los líderes israelitas tenían que lidiar además con la intromisión de Asiria en sus asuntos. Durante el reinado del rey Tiglat-pileser III de Asiria, el rey Menahem de Israel (ca. 752-742 a. C.) tuvo que pagar enormes sumas en tributos a fin de persuadir al monarca asirio [también conocido como Pul] que lo dejara en paz a él y también a su pueblo (2 Reyes 15:19-20).

Unos pocos años después, el rey Peka (ca. 740-732 a. C.) se rebeló contra Asiria, solo para ser forzado



El rey asirio Sargón II recibe un reporte de un oficial, posiblemente uno de sus generales. Sargón llevó cautivos a más de 27 000 israelitas a Asiria.

¿Son judíos todos los israelitas?

Hoy en día, casi todos identifican el nombre *Israel* con los judíos. La mayoría de la gente supone que el pueblo judío está compuesto por los únicos descendientes de la antigua nación de Israel. Sin embargo, esta conjetura es incorrecta.

Técnicamente, los judíos son descendientes de dos de las tribus israelitas: *Judá* y *Benjamín*, además de una parte considerable de una tercera, la tribu sacerdotal de *Leví*.

Pocos saben que las otras diez tribus de Israel antiguo *nunca* fueron llamadas judías. Estas tribus del norte eran históricamente distintas y políticamente separadas de los judíos, sus hermanos ubicados al sur que formaban el *reino de Judá*, del cual derivó el término *judío*.

La coalición de las tribus del norte, el *reino*

o la *casa de Israel*, ya se había vuelto una nación independiente, separada de la nación de Judá, para el tiempo en que la palabra *judío* aparece en la narrativa bíblica. De hecho, la primera vez que el término aparece en la Biblia, Israel está *en guerra* con los judíos (2 Reyes 16:5-6).

¿Son todos los israelitas judíos? No. Los judíos —los ciudadanos y descendientes de Judá— son sin duda israelitas, pero no todos los israelitas son judíos. Ya que las doce tribus, incluyendo los judíos, son descendientes de su padre Israel (Jacob), podemos aplicar el término *israelita* a todas las tribus. El término *judío*, no obstante, es correcto solamente en referencia a las tribus que eran parte del reino de Judá y a sus descendientes.

a rendirse. Tiglat-pileser invadió varias ciudades de la casa de Israel y llevó en cautiverio a sus habitantes (2 Reyes 15:29). La falta de lealtad de Peka hizo que los asirios concibieran una nueva política exterior para lidiar con la gente rebelde: convertir al reino ofensor en un estado vasallo.

Según esta política de Asiria, aquellos que se rebelaran por segunda vez perderían el control político y serían reemplazados por un rey vasallo leal al gobierno asirio. Al encontrarse viviendo entre extraños, cuyo lenguaje no comprenderían (Jeremías 5:15) y cuya tierra y cultura no les sería familiar, los exiliados tendrían poca esperanza de rebelarse eficazmente contra sus amos asirios.

Tiglat-pileser dio los primeros pasos contra el reino del norte en respuesta a la alianza del rey Peka con Damasco, lo que fue un segundo intento de rebelión (ca. 734 a. C.). El primer exilio de los israelitas (ca. 733-732 a. C.), que a veces se conoce como *el cautiverio galileo*, se llevó a parte de la población —principalmente de las tribus de Neftalí, Rubén, Gad, y el remanente de Manasés que vivía al este del río Jordán— al norte de Asiria y al norte y noroeste de Mesopotamia (2 Reyes 15:27-29; 1 Crónicas 5:26).

Tiglat-pileser III también ocupó la mayor parte de Galilea y Galaad y dividió el territorio israelita en cuatro provincias nuevas: Meguido, Dor, Galaad y Samaria.

La última gota

En caso de que la gente se subleva por tercera vez, la respuesta oficial de Asiria era firme y lapidaria: tal nación debía dejar de existir. El ejército asirio obligaba al exilio prácticamente a toda la población. Los asirios dispersaban a los exiliados a lo largo del imperio y repoblaban los territorios desocupados con gente de regiones lejanas. Una vez que eran alejados de su patria, y con sus tierras ahora a cargo de otros, los exiliados dispersos tenían menos medios o motivación para rebelarse en contra del dominio asirio.

El rey Oseas (ca. 732-722 a. C.), quien fuera un vasallo pro-Asiria, aun-



Soldados asirios demuelen una ciudad amurallada, mientras sus ciudadanos son llevados en cautiverio. Escenas como esta eran muy comunes en el reino de Israel.

que no confiable, puso en marcha los sucesos que llevaron a la disolución del reino del norte. Esperando recibir ayuda indispensable de Egipto (al sur), Oseas traicionó la confianza asiria alrededor de 724 a. C. (2 Reyes 18:9-10). El rey Salmanasar V respondió sitiándolo (ca. 724-722 a. C.), lo cual provocó la caída de Samaria, la capital de Israel. En ese punto, el reino del norte dejó de existir como entidad política.

La historia registra un relato adicional sobre la caída de Samaria en 722 a. C. Habiendo entrado exitosamente en la Tierra Prometida de Israel gracias a su victoria sobre el rey del norte, al poco tiempo los asirios atacaron al reino del sur, Judá. En 701 a. C. el ejército asirio, liderado por Senaquerib, capturó prácticamente todas las ciudades fortificadas de Judá (2 Reyes 18:9; 13-14) y exilió a miles de judíos. Sin embargo, Jerusalén no cayó bajo esta invasión y el reino del norte se recuperó lo suficiente como para durar otros 115 años antes de que las huestes de Babilonia conquistaran y destruyeran Jerusalén, en 586 a. C.

Los exiliados desaparecen de la historia

Al extinguirse el reino del norte como entidad política, su pueblo se dividió y dispersó hasta más allá del río Éufrates, en los territorios del este de Asiria. Dios cumpliría ahora su promesa de que la casa de Israel sería “zarandeada entre todas las naciones” (Amós 9:9). Ahora los israelitas experimentarían lo que era vivir bajo el gobierno de las otras naciones que tanto deseaban emular.

Dios les había advertido: “Y el Eterno te esparcirá por todos los pueblos, desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo; y allí servirás a dioses ajenos que no conociste tú ni tus padres, al leño y a la piedra. Y ni aun entre estas naciones descansarás, ni la planta de tu pie tendrá reposo; pues allí te dará el Eterno corazón temeroso, y desfallecimiento de ojos, y tristeza de alma; y tendrás tu vida como algo que pende delante de ti, y estarás temeroso de noche y de día, y no tendrás seguridad de tu vida” (Deuteronomio 28:64-66). En este momento, ellos *desaparecieron de la historia*



Este prisma de arcilla de seis caras descubierto en las ruinas de la antigua ciudad de Nínive, capital de Asiria, registra la invasión del reino de Judá por parte de Senaquerib en 701 d. C., después que cayó el reino de Israel. Judá sobrevivió a esta invasión, solo para ser subyugada más tarde por el Imperio babilónico.

como el pueblo de Israel. Los israelitas ya habían comenzado a servir a “dioses ajenos” y dejado de lado las prácticas religiosas que obviamente los distinguían de otros pueblos. Entre otras cosas habían abandonado el sábado, el séptimo día. Dios había proclamado el sábado a Israel como “señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones” (Éxodo 31:13, 16-17; compare con Ezequiel 20:12, 20).

Una vez que sus conquistadores los expulsaron de su patria, los israelitas pasaron a ser simples refugiados — parte de la gran masa de pueblos desplazados y exiliados por los asirios. Ya no poseían características externas que los distinguieran fácilmente de los pueblos a su alrededor. Los símbolos inequívocos que los identificaban se esfumaron rápidamente; pero hubo fragmentos de la identidad y cultura de sus tribus que no desaparecieron tan fácilmente.

Entonces, ¿cómo podemos encontrarlos? Tenemos que tomar en cuenta la región general a la que fueron exiliados y ver si hubo algún pueblo que apareció repentinamente y cuyas características lo vinculen a los refugiados del reino del norte de Israel.

Lo que encontramos es una asombrosa historia de cómo Dios, a lo largo de muchos siglos, guió a los israelitas que fueron dispersados precisamente hasta la región al extremo nororiental de su patria, tal como sus profetas habían predicho.

Cómo rastrear los orígenes de los europeos del noroeste

“He aquí los ojos del Eterno el Señor están contra el reino pecador, y yo lo asolaré de la faz de la tierra; mas no destruiré del todo la casa de Jacob, dice el Eterno” (Amós 9:8).

Cuando el reino norteño de Israel fue destruido a manos de los asirios, sus habitantes se vieron forzados al exilio. Sin embargo, Dios había prometido que sobrevivirían para convertirse en una de las potencias principales de los últimos días. ¿Adónde se dirigieron desde allí? ¿Cómo podemos encontrarlos?

Rastrear la genealogía de los pueblos antiguos es una tarea extremadamente difícil. Tanto arqueólogos como historiadores y distinguidos profesores de universidades famosas frecuentemente difieren en cuanto a la interpretación de artefactos y documentos históricos.

Esto se debe a que la información completa sobre el origen de cualquier pueblo de la Antigüedad casi siempre está empañada por la bruma del tiempo. Esto es aún más evidente en el caso de registros que desaparecieron, fueron destruidos, o jamás existieron. Por lo tanto, para determinar

A pesar de que los orígenes geográficos del pueblo escita son tema de acaloradas discusiones, los escitas surgieron de manera repentina al mismo tiempo y cerca del mismo lugar en el que desaparecieron los israelitas.

lo que pasó con los antiguos israelitas debemos comparar cuidadosamente la evidencia histórica y arqueológica disponible con la historia y las profecías que aparecen en la Biblia.

Arqueólogos e investigadores históricos han acumulado una considerable base de información que podemos encajar como piezas de un rompecabezas histórico. Mientras más piezas hay sobre la mesa, más fácil es conectar correctamente la información. Mediante el ensamblado de suficientes piezas podemos obtener un panorama razonablemente fidedigno del pasado.

Pruebas históricas cruciales

Los historiadores reconocen que la mayoría de los ancestros de las

modernas democracias occidentales en algún momento vivieron como tribus nómadas, deambulando por las extensas praderas de la Antigüedad conocidas como *estepas eurasiáticas*. Un grupo en particular de estos pueblos migratorios, identificados como *escitas* por los griegos, apareció repentinamente justo al sur de las estepas al otro lado de la cordillera del Cáucaso, casi al mismo tiempo en que las diez tribus de Israel desaparecieron de la historia. ¿Hay alguna conexión entre ellos? Aquí presentamos

algunos de los hechos y descubrimientos más relevantes en cuanto a estos dos pueblos.

Algunos investigadores modernos sugieren tres teorías para explicar el repentino y misterioso surgimiento de los escitas en las llanuras adyacentes al mar Negro. Algunos creen que migraron hasta ahí desde el norte, y otros, desde el este. Una tercera opinión sostiene que las migraciones se originaron en el sur.

A pesar de que los orígenes geográficos del pueblo escita son tema de acaloradas discusiones, la evidencia en cuanto al *tiempo* de su primera aparición en la historia no lo es. Ellos surgieron de manera repentina al mismo tiempo y cerca del mismo lugar en que desaparecieron los israelitas.

Lejos de ser bárbaros, los escitas y los celtas eran consumados artesanos, como lo demuestra esta peineta escita de oro sólido hermosamente detallada.

La *Encyclopaedia Britannica* [Enciclopedia británica] dice: “Los escitas fueron un pueblo que durante los siglos VIII-VII a. C. se trasladó desde Asia Central al sur de Rusia” (15 edición, vol. 16, macropedia, “*Scythians*” [Escitas], p. 438). La *Encyclopedia Americana* [Enciclopedia americana] explica que los escitas primero ocuparon el territorio alrededor del mar Negro, aproximadamente en 700 a. C., y que desde sus mismos comienzos manifestaron ser “una entidad política cohesiva” (vol. 24, edición 2000, “*Scythians*” [“Escitas”], p. 471).

La historiadora Tamara Talbot Rice afirma que “los escitas no se convirtieron en una entidad nacional reconocible sino hasta el siglo VIII a. C. . . . Ya en el siglo VII a. C. se habían establecido firmemente en el sur de Rusia . . . Y otras tribus semejantes (incluso hasta clanes interrelacionados), a pesar de ser completamente distintas e independientes en lo polí-



tico, estaban también centradas en el Altai [donde la frontera oriental de Rusia limita con la frontera occidental de Mongolia y China] . . .

“Los documentos asirios ubican su aparición ahí [entre el mar Negro y el mar Caspio] en el tiempo del rey Sargón (722-705 a. C.), fecha que coincide estrechamente con la del establecimiento del primer grupo de escitas en el sur de Rusia” (Rice, pp. 19-20, 44). Esta fecha también concuerda con la desaparición de los cautivos del reino del norte de Israel.

Durante la última parte del siglo VIII a. C., los registros del reino caucásico de Urartu, que controlaba la parte norteña del río Éufrates, también

La geografía del comercio celta-escita

Los patrones de intercambio de los celtas del boscoso noroeste de Europa y los escitas de las llanuras del este son reveladores. Las vías comerciales y de transporte en la Antigüedad eran los ríos y mares, y los celtas y escitas eran expertos viajeros de las rutas acuáticas.

Los pueblos vecinos consideraban que los escitas saces que vivían a orillas del mar Caspio eran prolíficos pescadores; eran además grandes consumidores de pescado. Como resultado, algunos de ellos eran llamados “Apa-saca”, que significa “los saces que habitan cerca de las aguas”.

Al oeste, la tribu de los celtas vénetos se había convertido en una potencia marítima con más de 220 grandes embarcaciones de roble, cuyas vigas medían treinta centímetros de ancho y eran afirmadas con puntas de hierro tan anchas como un pulgar humano. Su fortaleza se hallaba en la bahía Quiberon, en el oriente de la península francesa. Según las fuentes romanas, los vénetos hacían comercio no solo a lo largo de las costas de Galia, sino también con Bretaña e Irlanda para obtener estaño.

Tanto los celtas como los escitas exhibían habilidades excepcionales en la navegación de ríos y mares, incluso en época tan temprana como la última mitad del primer milenio a. C. Ambos grupos habían estado profundamente involucrados en el comercio fluvial y

marítimo desde el comienzo de su aparición en las estepas euroasiáticas.

La arqueología y la historia revelan mucho acerca del origen étnico de los celtas y escitas por medio de sus actividades y relaciones comerciales. Para comprender la naturaleza de sus relaciones, debemos entender ciertos detalles geográficos de esta región esteparia.

El continente europeo está configurado como una inmensa península. En Europa peninsular, por encima del mundo mediterráneo, se encuentra lo que podría llamarse un núcleo, o nexa, donde la cabecera de sus principales ríos —Rin, Danubio, Sena y Ródano— se aproximan.

Este núcleo fue una vez el vínculo clave de comunicación y comercio entre las zonas atlántica, nórdica-báltica, del mar Negro oriental, y mediterránea. Era un portal principal para toda Europa.

Arterias adicionales que surgían del río Rin se extendían al este en Europa central hasta llegar a los valles fluviales de Lippe, Ruhr y Meno, o al norte, a lo largo de los ríos Weser y Elba. Otra ruta importante, fundamental para el comercio del preciado ámbar, se iniciaba en los depósitos de ámbar en la ribera del mar Báltico, en la Península de Jutlandia y áreas adyacentes.

Esta ruta comercial se extendía al sur cruzando el plano central alemán a través de Bohemia, donde se intersectaba con el

destacan la aparición de un grupo de personas llamadas *cimerios*.

El libro *From the Lands of the Scythians* (De las tierras de los escitas) explica: “Dos grupos, los cimerios y los escitas, parecen ser mencionados en los textos urartianos y asirios, pero no siempre queda claro si dichos términos se refieren a dos grupos distintos de personas o simplemente a nómadas ecuestres . . . Comenzando en la segunda mitad del siglo VIII a. C., las fuentes asirias se refieren a nómadas identificados como *cimerios*; otras fuentes asirias dicen que este pueblo estuvo presente en la tierra de Mannai [o Mannea, al sur del lago Urmía] y Capadocia por cien



Celtas y escitas interactuaban libremente mediante redes comerciales y de transporte que se extendían desde el mar Caspio hasta el océano Atlántico.

Danubio cerca de Viena moderna. De ahí continuaban por el Danubio a los puestos de comercio griegos a orillas del mar Negro. El mar Negro era el núcleo principal de comercio en el extremo este de esta ruta.

Ríos profundos como el Dniester y el Dnieper llegaban hasta el interior de Europa Oriental, donde un corto trayecto por tierra podía conectar a un viajero o inmigrante con los ríos Dvina o Vistula.

Estas rutas acuáticas proveían acceso

directo a la mayoría de Europa oriental y la región báltica. La rama oriental de los escitas, quienes residían alrededor del mar Caspio, también tenían acceso directo al mar Báltico a través del río Volga. Este río era navegable más allá de Moscú de la actualidad. Como ha señalado Thor Heyerdahl, un etnógrafo famoso por su trabajo en otras rutas antiguas de migración, las cabeceras del Volga están muy cerca de las cabeceras del Dvina, el cual desemboca en el

Báltico en Riga.

En otras palabras, tanto los escitas del este como los celtas del oeste tenían las cabeceras del continente —las “autopistas” de este entonces— a su disposición para el comercio, y las utilizaban efectivamente. Estaban lejos de ser gente retrógrada y limitada a una simple vida nómada (para mayor información, asegúrese de leer “Celtas y escitas conectados mediante descubrimientos arqueológicos” en la página 63).

años [esto quiere decir, desde aproximadamente 750 a 650 a. C.], y registran su ingreso a Asia Menor y Egipto.

“Los asirios usaron a cimerios en su ejército como mercenarios; un documento legal de 679 a. C. se refiere a un ‘comandante del regimiento cimerio’; pero en otros documentos asirios [los cimerios] son llamados ‘*la simiente de fugitivos* que no saben de votos ni juramentos a los dioses” (Boris Piotrovsky, 1975, pp. 15, 18).

El historiador Samuel Lysons dijo que “los cimerios parecían ser el mismo pueblo que el de los galos o celtas, pero bajo otro nombre” (John Henry y James Parker, *Our British Ancestors: Who and What Were They?* [Nuestros ancestros británicos: ¿Quiénes y qué fueron?], 1865, pp. 23, 27).

La danesa Anne Kristensen, una respetada experta en lingüística, recientemente llegó a la conclusión de que los cimerios (quienes luego llegaron a ser conocidos como “celtas”) pueden ser positivamente identificados como los israelitas deportados. Al comienzo de su investigación la Dra. Kristensen era escéptica y se adhería a la teoría tradicional de que los cimerios eran las tribus “arias” (indoeuropeas) que los escitas habían expulsado del norte, como Heródoto había teorizado.

Sin embargo, a medida que indagó más profundamente en las fuentes asirias, descubrió que los cimerios aparecieron por primera vez en la historia en 714 a. C. en la región de Irán, al sur de Armenia, donde los reyes de Asiria habían establecido a muchos de los israelitas deportados. Llegó a la conclusión de que los *gimira*, o *cimerios*, representaban al menos una parte de las diez tribus perdidas de Israel.

La Dra. Kirstensen escribe: “Ya casi no hay razón para dudar de la emocionante e increíble aseveración propuesta por quienes estudian a las diez tribus de que los israelitas deportados de Bit-Humria, de la Casa de Omri, son idénticos a los de Gimirraja que aparecen en las fuentes asirias. Todo indica que los israelitas deportados no desaparecieron del mapa sino que, una vez en el extranjero y bajo nuevas condiciones, continuaron para dejar su huella en la historia” (*Who Were the Cimmerians, and Where Did They Come From? Sargon II, the Cimmerians, and Rusa I* [¿Quiénes fueron los cimerios, y de dónde vinieron? Sargón II, los cimerios, y Rusa I], traducido del danés por Jørgen Læssøe, de la Real Academia Danesa de Ciencias y Letras, No. 57, 1988, pp. 126-127).

También vale la pena destacar que Senaquerib, príncipe de Asiria, escribió un informe secreto de inteligencia que los arqueólogos encontraron durante la excavación de los archivos reales en Nínive. El informe de Senaquerib entrega noticias traídas por sus espías de que nómadas cimerios habían invadido Urartu y habían derrotado a sus fuerzas. Lo más relevante de tal informe es que los asirios hicieron preparativos para inva-

Celtas y escitas conectados mediante descubrimientos arqueológicos

La cultura celta de Hallstatt y la cultura escita de Vezerzug o Tracia son excelentes ejemplos de cuán estrechamente interactuaban estos dos pueblos. Tanto historiadores como arqueólogos llaman al pueblo que estableció la cultura Hallstatt (700-450 a. de C.) *protoceltas* o, simplemente, *celtas*. Dicha cultura, tal como es representada por los objetos hallados en los sepulcros de la aristocracia de Hallstatt, es notoriamente universal y única.

Los celtas de Hallstatt eran obreros metalúrgicos innovadores, y sus armas de hierro les daban una ventaja militar única. Tal como los escitas, poseían una mejor raza de caballos que podían correr con más rapidez y vigor en comparación con aquellos que ya se encontraban en el norte de Europa Central, lo cual les otorgaba mayor movilidad.

Muchos de los cementerios de la gente más rica de Hallstatt contienen sólidos carros de cuatro ruedas, que muestran una extraordinaria habilidad técnica. Sus ruedas radiadas tenían llantas de hierro que habían sido encogidas y clavadas en torno a un borde de madera compuesta. Sus yugos de madera estaban decorados con diseños de cabezas de clavos de bronce.

Estos sitios abundantes en artefactos parecen haber estado concentrados inicialmente en la región alta del Danubio hasta Bohemia. Sin embargo más tarde, en el siglo V a. C., el área controlada por la cultura celta de Hallstatt se expandió hacia el oeste.

Notablemente, los entierros de vehículos eran también una costumbre característica de la cultura escita. La última parte del siglo VIII y todo el siglo VII fue un período de

tumultos y cambios no solo en la cuenca de nacimiento del Danubio, sino también en las regiones de los mares Negro y Cáucaso, en donde se asentaron tribus de escitas en migración.

El estilo de vida de los celtas de Hallstatt se parecía en muchos aspectos al de los escitas. Una espada de Hallstatt exhibida en el Museo de Historia Natural de Viena tiene una ornamentación que muestra a los celtas vestidos con pantalones profusamente decorados. Estos son comparables a la vestimenta escita que aparece en el jarrón Chertomlyk, hallado en el área del mar Negro. La espada de Viena también representa un gabán asombrosamente similar a la vestimenta escita del norte encontrada por arqueólogos rusos en Katanda, en el sur de Altái (Siberia). Otra espada celta hallada en la municipalidad de Port, en Berna, Suiza, fue estampada durante su fabricación con una decoración de dos animales con cuernos, de pie, que flanquean un árbol de la vida — un tema escita clásico del Cercano Oriente.

La evidencia arqueológica muestra que los celtas y los escitas compartían y se relacionaban libremente entre ellos. Las excavaciones rusas y de Europa oriental revelan plenamente la mezcla entre estos dos grupos.

La mayoría de los investigadores también están de acuerdo en que es evidente que los escitas de Europa oriental mantuvieron esas relaciones cercanas con los escitas que aún se encontraban en las estepas del este y también con los celtas de Hallstatt-La Tène en el oeste.

dir a su rival del norte, Urartu, lo que lograron con éxito en 714 a. C.

Surge una alianza tribal escita

No obstante, al final fueron los escitas quienes se beneficiaron más de los conflictos que debilitaron a Urartu. Para 700 a. C., los escitas se habían apoderado del territorio del antiguo reino de Urartu. Allí formaron una alianza tribal que los griegos llamaron *Reino Escita*.

Usando el estratégico desfiladero de Darial (conocido también como Puertas Caspias), los escitas se volvieron expertos en cruzar las empinadas montañas del Cáucaso. El paso se podía atravesar durante la mayor parte del año y estaba relativamente libre de hielo a pesar de su elevación, muy superior a la de muchos otros pasos en los Alpes. Los escitas tenían una formidable habilidad para movilizar grandes ejércitos de un lado a otro del paso. En la Antigüedad este paso incluso se llegó a conocer como “la ruta escita”.

Antes de su exilio, las diez tribus del norte de Israel deben haber estado muy al tanto del reino de Urartu y su ubicación estratégica. ¿Por qué? Porque en la primera mitad del siglo VII a. C. el reino del norte de Israel, antes de ser capturado, estaba fuertemente involucrado en el comercio de exportación e importación, y Urartu era clave para ese comercio. Urartu había hecho una alianza con pequeños Estados del norte de Siria que limitaban con el territorio de Israel durante el reino de Jeroboam II.

Muchos de esos arameos se habían aliado con el rey Peka cuando este invadió Judá alrededor de 735 a. C. Durante ese tiempo, los urartianos habían ganado el dominio estratégico del Éufrates hasta su curva occidental, lo que les permitió controlar la principal ruta comercial hacia el Mediterráneo desde el sur del Cáucaso. Las excavaciones arqueológicas en Urartu han desenterrado artefactos de Egipto, Asiria y Persia, como también de la región mediterránea.

Orígenes de los escitas

Según el historiador George Rawlinson, el término *escita* originalmente describía más un *estilo de vida* que una relación sanguínea. Él explicó que el término “lo utilizaban tanto griegos como romanos para referirse indistintamente a las razas indoeuropeas y turanias”, siempre que sus hábitos y costumbres se conformaran al estilo de vida nómada (George Rawlinson, *Seven Great Monarchies* [Siete grandes monarquías], vol. 3, 1884, p. 11).

Hoy en día, sin embargo, los historiadores utilizan el término *escita* principalmente para referirse a los escitas *sacas*, o *saces*. Este pueblo se convirtió en la tribu principal de la cultura escita, inspirando su dinámico estilo de vida y su liderazgo político, artístico, económico y social. Desde

el siglo VII a. C., fueron las tribus saces las que definieron lo que significaba ser un escita desde el mar Negro hasta las montañas de Mongolia.

Antes de la primera parte del siglo XX, historiadores europeos y estadounidenses suponían que los escitas provenían de los mongoles de Asia. No obstante, la investigación antropológica moderna ha demostrado que esta idea es falsa. La mayoría de los investigadores están convencidos de que no hay lazos étnicos entre los escitas saces y los mongoles o pueblos eslavos.

Sin embargo, esto no significa que las antiguas tribus dispersas en las estepas eurasiáticas –los pueblos que los griegos primero llamaron “escitas” antes del siglo VIII a. C.– desaparecieron repentinamente. Más bien, los escitas saces simplemente comenzaron a dominar la región esteparia desde 700 a 500 a. C. Durante ese tiempo, los escitas saces –acompañados por una pequeña mezcla de otras tribus originarias del Medio Oriente, como los medos, elamitas y asirios desplazados– se convirtieron en los pueblos predominantes de las llanuras eurasiáticas.

De hecho, hasta algún momento de los siglos IV o V a. C., los habitantes predominantes del oriente de Siberia fueron “un pueblo de cabello claro de origen [supuestamente] europeo, y . . . fue después de esa fecha que un influjo de mongoles produjo un tipo de población muy mixta” (Rice, p. 77). Un cuidadoso examen a los descubrimientos arqueológicos del siglo XX describe clara y consistentemente que la apariencia física de los escitas saces era muy semejante a la de los actuales europeos.

Vínculos con la profecía bíblica

Comparemos lo que hemos aprendido acerca de los escitas con las promesas que Dios les hizo a los israelitas exiliados. Dirigiéndose a ellos como “la casa de Isaac” (Amós 7:16), él les prometió que durante su cautiverio no serían destruidos como pueblo (Amós 9:8, 14; compare con Oseas 11:9; 14:4-7). En vez, prometió *multiplicarlos en gran manera* después de su exilio (Oseas 1:10) y mostrarles amor y misericordia debido al pacto que había hecho con ellos.

Las Escrituras claramente nos dicen que después que los asirios los deportaran de su patria a la fuerza, los israelitas, se reubicaron “en Halah, en Habor junto al río Gozán, y en las ciudades de los medos” (2 Reyes 18:11). Esto no queda lejos de la región de Urartu, entre los mares Negro y Caspio, donde los escitas habían establecido un reino temporal.

Dios había predicho por medio de Oseas que los israelitas andarían “*errantes entre las naciones*” (Oseas 9:17). Esto explica por qué los israelitas exiliados parecen haber desaparecido como pueblo. Pero ellos en realidad no desaparecieron; simplemente reaparecieron en la historia bajo nuevos nombres, como gente vagabunda, separada en clanes independien-

El nombre y la sociedad celta

Los eruditos encuentran una explicación lógica para el origen de la palabra *celta*, en referencia a la rama occidental de la gente de la estepa. Algunos concluyen que la clasificación étnica celta es otra forma de la palabra irlandesa gaélica *ceilt*, que significa “ocultamiento” o “escondido”. La palabra escocesa *kilt* tiene un origen similar.

Esto encaja con la estricta prohibición de los celtas de poner por escrito sus tradiciones, conocimiento y sabiduría populares. Las tradiciones solo debían ser comunicadas oralmente, y podemos estar seguros de que el propósito de tal prohibición no era encubrir el analfabetismo. Muchos celtas hablaban y escribían griego y lo usaban en público y en privado, pero se rehusaban enérgicamente a divulgar a desconocidos cualquier información

concerniente a sus más veneradas creencias y tradiciones.

Incluso Julio César, durante su invasión de Gales, no pudo menos que maravillarse de esta fuerte prohibición religiosa de los celtas. Algunos eruditos han concluido que la palabra *keltoi*, o celta, es un nombre apropiado para la gente que mantenía escondidos gran parte de su pasado y tradiciones.

A pesar del secretismo característico de los celtas, suficiente historia quedó registrada para que nosotros lleguemos a la conclusión de que los celtas y escitas provinieron de una herencia israelita común. Sus migraciones los llevaron en distintas direcciones.

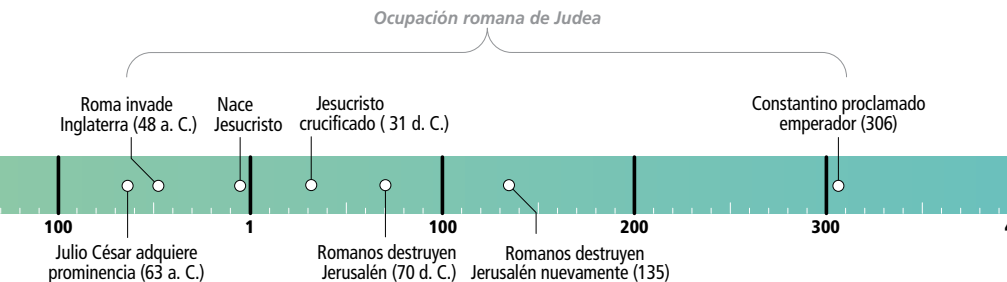
Pero al final, todos estos descendientes se volvieron a reunir nuevamente en Europa.

tes, deambulando por las llanuras eurasiáticas.

Obviamente, ya nadie podía identificarlos como los ciudadanos de su reino anterior en el Medio Oriente, por lo cual adquirieron una nueva identidad. Solo sus antiguos nombres subtribales, o clanes, continuaron siendo prácticamente los mismos. Esos nombres han sido muy importantes para preservar su identidad como las diez tribus perdidas de Israel.

La conexión escita-celta

Más o menos al mismo tiempo que los escitas aparecieron en escena en las cercanías del mar Negro, otra civilización estaba surgiendo al oeste, en Europa. En su libro *The Ancient World of the Celts* [El antiguo mundo de los celtas], el historiador Peter Ellis afirma: “Al comienzo del primer milenio a. C., una civilización que se había desarrollado a partir de sus



raíces indoeuropeas junto a las bocas de los ríos Rin, Ródano y Danubio, súbitamente se ramificó en todas direcciones a lo largo de Europa. Su avanzado conocimiento de la metalurgia, particularmente sus armas de hierro, los convirtieron en una fuerza poderosa e irresistible. Los mercaderes griegos, quienes los vieron por primera vez en el siglo VI a. C., los llamaron Keltói y Galatai . . . Hoy en día, por lo general los identificamos como *celtas*” (1999, p. 9).

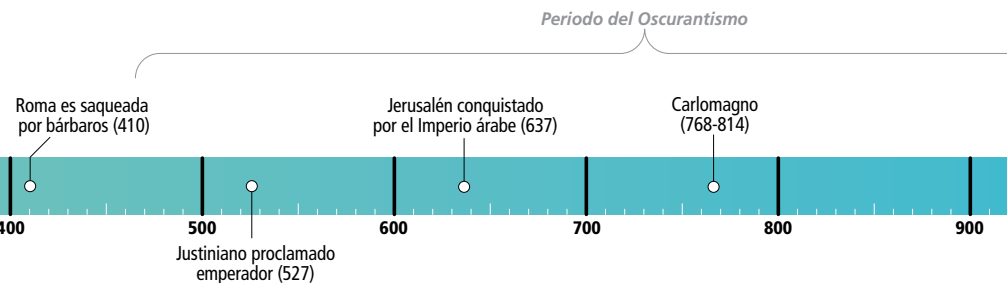
Un gran cúmulo de evidencia conecta a los celtas de Europa con los cimerios que huyeron del Cercano Oriente a Asia Menor justo cuando los ejércitos de Babilonia conquistaban el Imperio asirio. Desde Asia Menor los cimerios migraron a través del río Danubio a Europa, donde llegaron a conocerse como *celtas*. Muchos historiadores han concluido que los celtas y los escitas tienen un antepasado común.

Los griegos y los romanos llamaban *bárbaros* a toda la gente que se encontraba más allá de las fronteras norteanas de la antigua república romana y las ciudades-Estado de los griegos. Ellos utilizaban dicho término para describir a los extranjeros que se atrevían a desafiar su liderazgo político y cultural, sin importar cuán educados o tecnológicamente avanzados pudieran ser. Estos pueblos representaban a muchos clanes de parientes interrelacionados y distantes que eran conocidos bajo una variedad de nombres. Pero entre ellos, sin duda, había clanes de origen étnico no relacionado que habían huido de los territorios orientales del antiguo Imperio asirio alrededor del mismo tiempo.

No obstante, el hecho más significativo es que muchas (si no la mayoría) de estas tribus llamadas “bárbaras” *estaban relacionadas racial y culturalmente*. Por esta razón, es lógico esperar que su lenguaje pueda rastrearse hasta un lenguaje original común — y esto es exactamente lo que encontramos.

La conexión lingüística

Los idiomas son identificados por familias. El lenguaje familiar común de la gente del noroeste de Europa cae dentro de lo que es clasificado como la rama *germánica* y *celta* de lenguajes *indoeuropeos*. La historia del lenguaje familiar indoeuropeo nos proporciona excelentes pistas en



cuanto a las relaciones entre las tribus bárbaras que dieron origen a las democracias del noroeste de Europa.

Cuando contemplamos las naciones de Europa, vemos naciones-Estado con fronteras bien delineadas y lenguajes claramente diferentes, como el inglés, francés, danés y sueco, además de dialectos locales (como el alemán alto y el alemán bajo). Sin embargo, en los días de los así llamados *bárbaros*, tales distinciones obvias no existían. La gente que se establecía en el noroeste de Europa en ese tiempo hablaba mayormente dialectos diferentes del mismo lenguaje original.

El inglés es parte de la familia indoeuropea de idiomas que por lo general reciben el nombre de *teutónicos* o *germanos*. Pero tal designa-

Profecías del reasentamiento de Israel en el noroeste de Europa

Muchos eruditos bíblicos consideran que Amós, un profeta de Tecoa en el norte de Judá, fue el primero en advertir sobre un inminente exilio del “remanente de José” (Amós 5:15). Pero Amós también le dijo a Israel que Dios no los perdería de vista por completo. “He aquí los ojos del Eterno el Señor están contra el reino pecador, y yo lo asolaré [al reino de Israel] de la faz de la tierra; *mas no destruiré del todo la casa de Jacob*, dice el Eterno. Porque he aquí yo mandaré y haré que *la casa de Israel sea zarandeada entre todas las naciones*, como se zarandeaba el grano en una criba, y no cae un granito en la tierra” (Amós 9:8-9).

En efecto, los israelitas serían zarandeados entre otras naciones. Primero se verían forzados a unirse a otros grupos étnicos después de un cruel éxodo de su patria. ¿Adónde se verían forzados a ir? “El Eterno sacudirá a Israel al modo que la caña se agita en las aguas; y él *arrancará* a Israel de esta buena tierra que había dado a sus padres, y los esparcirá más allá del *Éufrates* . . .” (1 Reyes 14:15) — un río ubicado al norte de ellos.

Estas profecías muestran que los israelitas

exiliados no podrían continuar siendo un grupo cohesivo. Serían esparcidos y divididos en grupos más pequeños, y tendrían que compartir su tierra de exilio con otros pueblos.

En otros pasajes los profetas revelan que estos israelitas con el tiempo se encontrarían en una nueva ubicación al norte y occidente de la Tierra Prometida, en la cual enfrentaron una expulsión inminente. Desde esta misma dirección regresarán a su patria en el Cercano Oriente después del regreso de Cristo.

El versículo más obvio que afirma esto se encuentra en el libro de Isaías: “He aquí éstos vendrán de lejos; y he aquí éstos del *norte y del occidente*, y éstos de la tierra de Sinim” (Isaías 49:12; vea también los versículos 13-23).

Como el hebreo no tiene una expresión correspondiente en español al término “noroeste”, este versículo también se puede entender como que Israel migraría a la región al noroeste de la Tierra Prometida.

Pero hay otras claves bíblicas. Una se encuentra en Oseas 12:1: “Efraín se apacienta de viento, y sigue al solano”. Esta expresión implica que Efraín migraría al oeste

ción no quiere decir que el idioma germánico moderno (*el alemán*) sea el lenguaje original o que los alemanes proceden del mismo grupo étnico que los escitas. Al contrario, el alemán moderno es solo una rama del lenguaje original. Lo mismo se aplica a los idiomas inglés, danés, holandés y escandinavo: todos son ramas de un solo idioma original.

Como explica H. Munro Chadwick, profesor de la Universidad de Cambridge: “Hasta el siglo v, los idiomas inglés, alemán y escandinavo diferían levemente unos de otros . . . En el siglo v y en los subsiguientes, la diferenciación se llevó a cabo rápidamente dentro del grupo del noroeste. El inglés se desarrolló en general como una mezcla entre el alemán y el escandinavo, pero con muchas características propias. El



no tropezarán; porque soy a Israel por padre, y Efraín es mi primogénito. Oíd palabra del Eterno, oh naciones, y hacedlo saber en las *costas* que están lejos, y decid: El que esparció a Israel lo reunirá y guardará, como el pastor a su rebaño” (Jeremías 31:9-10).

Otras referencias a una isla o ubicación marítima incluyen Isaías 24:15; 41:1, 5; 51:5; 66:19 y Salmos 89:25. Colectivamente, estos

Ciertas profecías bíblicas indican que los descendientes de las tribus perdidas de Israel finalmente se asentarían en la región al noroeste de su tierra natal ubicada en el Cercano Oriente.

(compare con Oseas 11:9-11).

Otros pasajes sugieren que Israel sería últimamente esparcido y encontrado en una ubicación marítima. Después del regreso de Jesús, “Irán con lloro, mas con misericordia los haré volver, y los haré andar junto a arroyos de aguas, por camino derecho en el cual

pasajes indican que los israelitas cautivos eventualmente se mudarían de su tierra de exilio en el norte de Mesopotamia para *finalmente establecerse en el noroeste de Europa* — la región marítima y costera principal al norte y oeste de su patria en el Medio Oriente.

holandés parece haber diferido poco del inglés por largo tiempo . . . La diferenciación de los lenguajes estaba obviamente gobernada por su posición geográfica” (*The Nationalities of Europe and the Growth of National Ideologies* [Las nacionalidades de Europa y el crecimiento de las ideologías nacionales], 1966, p. 145).

Si nos remontamos 500 años hasta el punto en que los lenguajes teutónicos comenzaron a diferenciarse, descubrimos que muchos europeos del norte, oeste y este tenían dialectos similares a los del lenguaje indoeuropeo común. Cuando los investigadores intentan ponerle una etiqueta particular a alguna tribu bárbara (germana, celta, o escita), a menudo se

Conexiones lingüísticas: ¿Qué importancia tiene un nombre?

¿Qué podemos aprender de los nombres? Cómo nos llamamos define quiénes somos ante los demás. También estamos definidos por los apodos que otros nos ponen (ya sean verdaderos o falsos), el nombre de la tierra en la que vivimos o nacimos, y el nombre de la tierra de nuestros antepasados. A medida que intentamos rastrear al pueblo de Israel a lo largo de la historia, debemos tomar en cuenta tanto los nombres como los apodos.

En la Biblia, el pueblo de Israel a veces es llamado *casa de Isaac* (Amós 7:16). Dios prometió que el nombre de Isaac continuaría identificando a Israel como pueblo (Génesis 21:12).

En los tiempos bíblicos el lenguaje hebreo se escribía sin vocales. Así, *Isaac* se habría deletreado simplemente *Sk* o *Sc* en los equivalentes en español de las letras hebreas. No debe sorprendernos que poco después del exilio de las diez tribus, el término *SaCae* (las letras del nombre Isaac con el plural en latín que termina en “ae”) identificara a los nuevos colonos en la región de Escitia, cerca del mar Negro.

Similarmemente, los asirios hablaban del surgimiento de *iShKuza* y los medopersas de

SaKa, ambas palabras derivadas del nombre Isaac. (Hemos escrito la *S*, *C* y *K* con mayúscula en estos ejemplos para ayudarle a ver sus derivaciones).

La inscripción de Behistún, un mural tallado en roca cerca de la ciudad de Bisitún en el actual Irán, aporta claves lingüísticas para comprender varios lenguajes antiguos. Este bajorrelieve de roca se remonta al reino de Darío I de Persia (ca. 522-486 a. C.). Su descripción del tributo que le rindieron los reyes extranjeros conquistados fue inscrita en los lenguajes persa antiguo, elamita (suance) y babilonio. Se puede ver a Skuka, el rey de la rama asiática de los escitas que fue temporalmente subyugada, como el último en la línea. La inscripción de Behistún lo describe como el rey de los *escitas*, *saces* o *cimerios* (pronunciado “Gimiri” en babilonio).

El historiador griego Heródoto (484-420 a. C.) escribió que los persas llamaban “*saces*” a los escitas. Más tarde, el escritor Ptolomeo (siglo II d. C.) se refirió a los “*saces*” como “*sajones*”. Estos términos se utilizaban frecuentemente como sinónimos.

La historiadora británica Sharon Turner nos dice: “Los sajones [quienes migraron a las islas británicas] fueron una . . . tribu

encuentran frente a un dilema: las distinciones muchas veces son poco claras y fácilmente pueden volverse arbitrarias.

Sin embargo, algunos arqueólogos modernos describen al pueblo dominante del norte de Europa durante el período alrededor de 500 a. C. como ampliamente dividido entre celtas y escito-teutónicos. Incluso esta distinción era más geográfica y cultural que étnica.

Mientras más nos remontamos en la historia, menor es la distinción que encontramos entre los pueblos celtas y teutónicos que se establecieron en el oeste y el noroeste de Europa. El profesor Chadwick escribe: “En cualquier discusión acerca del origen de los lenguajes teutónicos (o

escita; y de las varias naciones escitas . . . se puede inferir, con muy pocas probabilidades de error, que los sakai, o saces, son el pueblo de quienes descendieron los sajones. Parece ser que Sakai-Suna, o los hijos de Sakai, que se abrevia Saksun y que suena igual que sajón, es una etimología razonable de la palabra sajón” (*The History of the Anglo-Saxons* [La historia de los anglosajones], vol. 1, p. 59).

¿Cuál es el origen del nombre *cimerio*? Los conquistadores asirios de las diez tribus

mos *Kymris*, pero los romanos los llamaban *celtas*, *galli*, *gallus* y *galates* (*gálatas*). Los conquistadores helenísticos y romanos (300 a. C. – 200 d. C.) nombraron el área de Gilead, que fue una vez el hogar de los israelitas exiliados de las tribus de Gad, Rubén y la mitad de Manasés, *Gaulainítide*.

Curiosamente, el término *Galia*, ya sea *gallo* o *gallus* en latín, *galler* o *waller* en celta, *waller* o *walah* en alemán o *gaullois* en francés, parece tener el mismo significado: “desconocido, viajante o exiliado”. Para los

En la Biblia, el pueblo de Israel a veces es llamado “casa de Isaac”. Dios prometió que el nombre de Isaac continuaría identificando a Israel como pueblo.

del norte los llamaban *Bit Khumri* (o *Ghomri*), que significa la *casa de Omri*. Omri fue uno de los reyes militares más exitosos del reino de Israel; él fundó su propia dinastía de reyes. Inscripciones de ese tiempo se refieren al reino israelita como *la tierra* o *la casa de Omri*. En el griego encontramos las palabras *Kimmerii*, *Kimmeroi*, y, en latín, *Kimbri*, *Kymbrians* y *Cimbres* como los equivalentes de los *Khumri* de Asiria.

Más adelante la historia registra la migración a Europa de tribus *celtas* que tienen estos nombres, algunas a Jutlandia y otras a Galia. Los *galos* se llamaban a sí mis-

celtas, tanto la palabra Gael como *escita* significa “desconocido” o “viajante”. Dios les había dicho a las diez tribus de Israel que se convertirían en *errantes* (Oseas 9:17).

Cuando comprendemos que las palabras “llevados cautivos” en hebreo para describir la deportación asiria de los israelitas de Gilead al exilio, es la palabra *galut*, *galo* o *gallo*, volvemos al principio. Este recorrido lingüístico conecta algunos de los muchos nombres con que han sido llamadas las diez tribus exiliadas, como “la casa de Omri” y los “hijos de Isaac”.

germanos), se debe por supuesto tener en mente que estos lenguajes son simplemente una rama de los lenguajes indo-europeos . . . y consecuentemente, que su hogar original (diferente del área en la cual adquirieron sus características especiales) — fue el de toda la familia indoeuropea. La misma observación se aplica a los lenguajes celtas . . . Nadie duda que estos lenguajes, o más bien el lenguaje original del cual derivaron, en algún momento estuvieron limitados a un área mucho más pequeña que la que ocupa su distribución actual” (Chadwick, p. 157).

Estos pueblos salieron a la luz a lo largo del borde del antiguo Imperio asirio en la segunda mitad del siglo VIII a. C. — al mismo tiempo y en la misma área donde las diez tribus perdidas de Israel desaparecieron. Hasta alrededor del siglo IV d. C. sus dialectos, provenientes de un lenguaje en común, mantuvieron una similitud suficiente como para permitirles comunicarse.

Los escitas y los celtas están estrechamente relacionados en cuanto a lenguaje. Pero ¿eran los celtas un pueblo distinto, que no estaba relacionado con los escitas? ¿O acaso hay indicaciones de una fuerte relación entre ellos?

La interacción escita-celta

Historiadores y arqueólogos declaran que durante la segunda mitad del primer milenio a. C., la zona de Europa al norte del mundo mediterráneo compartía dos culturas relacionadas. Desde las islas británicas, pasando por las fuentes del Danubio y hasta la franja oriental de los Alpes, existía lo que los historiadores llaman *la cultura de Hallstatt de los celtas*, y posteriormente, *la cultura de La Tène celta*.

Pero más al oriente, ocupando una amplia zona de Europa del Este, se hallaba la sólida cultura tradicional de los escitas, basada en la cría de caballos y en un estilo de vida más apropiado para las praderas que para las montañas y bosques. Cada uno de ellos aportaba ideas e inspiración al otro y, de acuerdo a la evidencia arqueológica, los integrantes de ambos grupos se casaron libremente entre ellos.

Las culturas de los celtas y los escitas, aunque separadas, interactuaban entre ellas de manera similar a como lo hacen Gran Bretaña y Estados Unidos en la actualidad. Cada una estaba adaptada a la geografía de su propia región, pero sus habitantes se relacionaban entre sí como si tuviesen un ancestro en común. Los arqueólogos han descubierto algunos lugares muy notables de las culturas celtas y escitas que demuestran cuán cerca trabajaban los dos pueblos entre sí.

La distinción entre las culturas escita y celta probablemente puede ser explicada de mejor manera a través de dos factores. Primero, la geografía que servía de apoyo a cada cultura era generalmente diferente.

Pero, igualmente importante, las diez tribus israelitas fueron exiliadas del Medio Oriente y cada una tenía su propia cultura dentro de la cultura general del reino del norte de Israel. Además, cada tribu estaba dividida en clanes (1 Samuel 10:19; compare con Éxodo 6:14-25, NVI).

Por lo tanto, es lógico suponer que estas tribus israelitas exiliadas continuaron exhibiendo algunas diferencias culturales en las tierras que las acogieron. Tales distinciones también explicarían los clanes y subclanes que existían entre los escitas y celtas.

El investigador israelí talmúdico Yair Davidy, en su libro *The Tribes: The Israelite Origins of the Western Peoples* [Las tribus: Los orígenes israelíes de los pueblos occidentales], presenta evidencia convincente de que los israelitas desplazados retuvieron sus nombres de clanes subtribales durante y después de su cautiverio. “Las pruebas aducidas”, escribe él, “se derivan de las fuentes bíblicas, talmúdicas, históricas, arqueológicas y lingüísticas como también del folclore, la mitología y los símbolos y características nacionales” (1993, p. XIV). Como residente de Jerusalén, el Sr. Davidy tenía acceso a fuentes históricas y bíblicas en los estantes de la Biblioteca Nacional de Jerusalén.

Él señala que los nombres tribales y subtribales son una clave para rastrear las andanzas de los israelitas. En su introducción él resume su conclusión: “‘*The Tribes*’ [Las tribus] proporciona evidencia de que la mayoría de los antiguos israelitas fueron asimilados por culturas extranjeras y se olvidaron de sus orígenes. Con el transcurso del tiempo alcanzaron las islas británicas y el noroeste de Europa, y por consiguiente se fundaron naciones relacionadas (como Estados Unidos)” (ibídem).

Entre 200 a. C. y 500 d. C., tribus enemigas y drásticos cambios climáticos forzaron a los clanes escitas a trasladarse desde las estepas eurasiáticas a las regiones del norte y occidente de Europa. Por otros mil años, los clanes de los antiguos escitas fueron alternadamente aliados y enemigos en Europa feudal, bajo una variedad de nombres. Esto duró hasta que las naciones modernas que conocemos en la actualidad comenzaron a tomar forma.

En el próximo capítulo retomaremos la increíble historia de los descendientes dispersos del antiguo Israel y de cómo ascendieron a la prominencia internacional prometida por Dios mucho antes a los descendientes de José.

Gran Bretaña y los Estados Unidos heredan el patrimonio de José

“El Señor ha declarado que te pondrá por encima de todas las naciones que ha formado, para que seas alabado y recibas fama y honra.

Serás una nación consagrada al Señor tu Dios”

(Deuteronomio 26:18-19, NIV).

Los descendientes nómadas de Israel, ahora llamados escitas, nuevamente se vieron forzados a migrar, luego de haber vivido en las estepas eurasiáticas durante aproximadamente cinco siglos después de la destrucción del reino del norte.

Esta vez sus enemigos –de Asia y del Cercano Oriente– y un dramático cambio climático en las estepas eurasiáticas los obligaron a desplazarse hacia el oeste, tal como los profetas bíblicos habían dicho que ocurriría (1 Reyes 14:15; Isaías 49:12; Oseas 12:1). Esta gran migración hacia el oeste comenzó alrededor de 200 a. C. y continuó hasta el siglo v d. C.

Sin embargo, durante este tiempo (en el siglo I), cuando el cristianismo estaba en su primera etapa, el historiador judío Flavio Josefo confirmó que muchos israelitas deportados aún vivían más allá del río Éufrates. Josefo escribió que en su tiempo, “las diez tribus están más allá del Éufrates asentadas hasta hoy [en el siglo I], y son una multitud inmensa que no podría ser calculada en números” (*Antigüedades de los Judíos*, libro XI, capítulo v, sección 2).

El apóstol Santiago también confirma claramente que las tribus perdidas no se reunieron con las tribus de Judá y Benjamín en Palestina. Él se dirigió en su epístola “a las doce tribus *que están en la dispersión*” (Santiago 1:1).

A pesar de que Dios había prometido que las diez tribus perdidas de Israel continuarían existiendo, también prometió que serían *zarandeadas entre todas las naciones* (Amós 9:9). Él hizo esto hasta que las llevó a la tierra que estaba al *norte* y al *este* del antiguo Israel, donde había prometido restablecerlas.

Fue como si una mano poderosa e invisible los hubiera guiado inexorablemente como un rebaño (con todas sus tribus y clanes) a través de las llanuras eurasiáticas –las estepas escitas– hasta el noroeste de Europa, donde los celtas, otro grupo de tribus relacionadas, se estaban estableciendo.

Y aun cuando esta antigua migración no se comprende tan bien como las migraciones europeas a comienzos del siglo XVI –cuando los emigrantes establecieron colonias en América del Norte, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica–, ambas fueron similares en muchos aspectos.

Aunque muchos clanes de varias tribus convergieron en Europa al mismo tiempo, la mayoría de los que finalmente se establecieron en el noroeste de Europa estaban relacionados entre sí y compartían una misma cultura. Muchos historiadores han reconocido que los pueblos anglosajones dieron origen a varias naciones modernas de Occidente, incluyendo Gran Bretaña y Estados Unidos. Esta información puede encontrarse en muchos libros de historia.

Lo que no se comprende tan claramente es la conexión celta-escita con los israelitas de la Antigüedad. En el capítulo anterior examinamos brevemente esta conexión; ahora enfocaremos nuestra atención en cómo Dios comenzó a cumplir las promesas que les hizo a los descendientes de las posibles tribus perdidas de Israel después de que migraron al noroeste de Europa y las islas británicas, y de ahí a Estados Unidos y al resto de las colonias británicas alrededor del mundo.

Promesas de grandeza para los descendientes de José

Antes de su muerte y bajo la inspiración de Dios, el patriarca Jacob profetizó lo que les ocurriría a los descendientes de sus doce hijos “en el futuro” (Génesis 49:1, NVI). En este capítulo nos concentraremos en la profecía de Jacob respecto a José.

De entre todas las tribus perdidas de Israel, los descendientes modernos de José son los más fáciles de identificar, ya que las bendiciones específicas que iban a recibir se destacarían muy claramente de las del resto de las tribus. Dios prometió a los descendientes de José (por medio de sus hijos Efraín y Manasés) todos los beneficios de las promesas de grandeza nacional y abundante prosperidad derivados de la *primogenitura*.

Note la profecía de Jacob acerca de José en los últimos días: “José es un retoño fértil, fértil retoño junto al agua, *cuyas ramas trepan por el muro*. Los arqueros lo atacaron sin piedad; le tiraron flechas, lo hostigaron. *Pero su arco se mantuvo firme*, porque sus brazos son fuertes. ¡*Gracias al Dios fuerte de Jacob*, al Pastor y Roca de Israel!

“¡Gracias al Dios de tu padre, que *te ayuda*! ¡Gracias al Todopoderoso, que te bendice! ¡Con bendiciones de lo *alto*! ¡Con bendiciones del *abismo*! ¡Con bendiciones *de los pechos y del seno materno*! Son mejores las bendiciones de tu padre que las de los montes de antaño, que la abundancia de las colinas eternas. ¡Que descansen *estas bendiciones* sobre la cabeza de José, sobre la frente del escogido entre sus hermanos!” (Génesis 49:22-26, NVI).

Él dijo que los descendientes de José serían especialmente bendecidos, como una viña fértil con una interminable fuente de agua para asegurar su constante crecimiento. Sus poblaciones se multiplicarían rápidamente. Expandirían sus tierras más allá de las fronteras originales, serían militarmente fuertes y cosecharían las mejores bendiciones físicas de la Tierra, produciendo bienes y prosperando. Estas fueron las bendiciones de primogenitura (1 Crónicas 5:1-2) que Dios prometió a los descendientes de José. Debido a estas bendiciones divinas, ellos se destacarían entre las otras tribus de Israel (Génesis 49:22-26).

Antes de su muerte, Moisés repitió las bendiciones especiales que recibirían los descendientes de José. “A José dijo: *Bendita del Eterno sea tu tierra*, con lo mejor de los cielos, con el rocío, y con el abismo que está abajo. Con los más escogidos frutos del sol, con el rico producto de la luna, con *el fruto más fino* de los montes antiguos, con *la abundancia* de los collados eternos, y con las mejores dádivas de la tierra y su plenitud; y la gracia del que habitó en la zarza venga sobre la cabeza de José, y sobre la frente de aquel que es príncipe entre sus hermanos.

“Como el primogénito de su toro es su *gloria*, y sus astas [grandeza militar] como astas de búfalo; con ellas *acorneará* a los pueblos juntos hasta *los fines de la tierra*; ellos son los diez millares de Efraín, y ellos son los millares de Manasés” (Deuteronomio 33:13-17). Dios había prometido intervenir directamente para que los descendientes de José recibiesen magníficas bendiciones físicas.

Una vez que comprendemos que los descendientes modernos de José son los pueblos de Estados Unidos y Gran Bretaña, vemos que a lo largo

De entre todas las tribus perdidas de Israel, los descendientes modernos de José son los más fáciles de identificar, ya que las bendiciones específicas que iban a recibir se destacarían muy claramente de las del resto de las tribus.

de los tres últimos siglos Dios ha sido fiel a lo que prometió: les ha entregado las promesas físicas de primogenitura que hizo a los hijos de José (Efraín y Manasés) a sus descendientes modernos, los pueblos celtas y anglosajones de Gran Bretaña y Estados Unidos. Los descendientes celtas y anglosajones han sido los principales fundadores y forjadores de la cultura británica y estadounidense.

Dios también les ha brindado *oportunidades* para brillar como faros espirituales en un mundo confundido y oscuro. Desafortunadamente, tal como sucedió con los israelitas de antaño, solo unos cuantos de ellos han estado dispuestos a aceptar su responsabilidad y el llamamiento de Dios.

Dios asigna un rol a los descendientes de José

A pesar de que Dios otorgó prominencia nacional y prosperidad a los descendientes de Abraham, tal como había prometido, no lo hizo a costa de otros pueblos o naciones. Por el contrario, el propósito trascendental de Dios siempre ha sido el de llevar a *todos* los seres humanos a que entablen una relación permanente con él (Hechos 17:30; 1 Timoteo 2:4; 2 Pedro 3:9). Solo entonces pueden recibir el poder para cambiar su naturaleza humana y recibir la bendición incomparable de la vida eterna (Hechos 4:12).

Dios designó a los descendientes de Abraham –según una promesa hecha mucho antes de que existiesen como pueblo– como sus instrumentos para llevar a cabo aspectos importantes de su propósito. Él los ha utilizado de maneras que muchas veces ellos mismos no han sabido discernir.

En el núcleo mismo de la relación de Dios con los antiguos *israelitas* se hallaba su pacto con ellos y sus descendientes. Ese acuerdo definió las reglas y responsabilidades de la relación entre Dios y los israelitas. Además, estableció las obligaciones que Dios se autoimpuso y sus expectativas en cuanto a la nación que había creado para que fuese su pueblo santo y un modelo para el resto del mundo (Levítico 20:26; Deuteronomio 4:5-8; 7:6).

Dios les entregó las bendiciones de la promesa de primogenitura a los descendientes modernos de José por medio de Gran Bretaña y Estados Unidos. Al mismo tiempo, él ha hecho disponible para los descendientes de Israel –y también para el mundo entero– el conocimiento de lo que espera de ellos espiritualmente. Ha preservado con toda exactitud este conocimiento en la Biblia, y hoy ese conocimiento está al alcance de cualquiera que esté dispuesto a leerla, sin importar si es un israelita étnico o un gentil.

Dios hace posible el acceso a su Palabra

Los pueblos inglés y estadounidense han sido instrumentos utilizados para predicar la Palabra de Dios a la mayor parte del mundo conocido. A pesar de que frecuentemente damos la Biblia por sentada, y de que muchos hogares en muchas partes del mundo tienen ahora varias copias de ella, no siempre fue así.

Por muchos siglos las únicas copias disponibles, además de aquellas en los lenguajes originales, estaban en latín, y la Iglesia católica romana controlaba estrictamente el acceso de la gente común a las Escrituras. “Sin embargo, fue en Inglaterra, la que había sido privada de la Palabra viviente, donde se libró y ganó la batalla por el derecho del hombre común a tener una Biblia en su propio idioma” (Neil Lightfoot, *How We*

Got The Bible [Cómo nos llegó la Biblia], 1986, p. 76).

Después de varios intentos de producir versiones en inglés en los años 1500, en 1611 el rey de Inglaterra oficialmente aprobó la publicación de lo que ahora se conoce como la versión *King James* (Biblia del rey Jacobo; su equivalente en castellano es la versión Reina-Valera). Sus traductores, bajo la orden del rey Jacobo I, se valieron de un enorme equipo de expertos en hebreo y griego y produjeron una versión inglesa basada en los lenguajes tradicionales. Esta ganó rápidamente la reputación de ser la traducción más fidedigna de la Biblia que se había intentado hasta ese entonces.

Por casi cuatrocientos años, esta versión se ha mantenido como la traducción más conocida de la Biblia en el mundo de habla inglesa y ha sido el modelo para traducciones de la Biblia en prácticamente todos los otros idiomas. No hay ningún otro libro que haya impactado tanto la historia del pueblo de habla inglesa como la Biblia del rey Jacobo.

Desde ese entonces la Biblia se ha traducido a miles de idiomas, virtualmente a todas las lenguas, y los descendientes del pueblo británico han impreso y distribuido centenares de millones de copias alrededor del



Una gran nación y una multitud de naciones: esta antigua profecía encaja perfectamente con los Estados Unidos y la Mancomunidad de Naciones. En la cúspide de su poderío, los pueblos estadounidense y británico dominaban vastos sectores de las tierras agrícolas más fértiles del mundo y de las zonas productoras de minerales, además de pasos y puertos que controlaban cruciales rutas militares y comerciales.

mundo.

Las políticas y recursos de Estados Unidos y Gran Bretaña han fomentado y permitido la proclamación del verdadero evangelio del Reino de Dios alrededor del mundo en el último siglo. Ambas naciones han proporcionado un clima de libertad religiosa, los recursos económicos y la mayor parte de los trabajadores necesarios para diseminar el conocimiento bíblico a todas las naciones.

El rol de la Biblia en la sociedad y la ley

Los principios bíblicos se convirtieron incluso en la base de gran parte del derecho consuetudinario (normas jurídicas basadas en la tradición y las costumbres) británico. De esta manera, el derecho consuetudinario británico influyó fuertemente en las leyes constitucionales y regionales de los Estados Unidos. Por lo tanto, la Biblia ha tenido más influencia sobre Estados Unidos y la Mancomunidad de Naciones que sobre cualquier otro pueblo en siglos recientes.

La Biblia sentó los cimientos de los valores éticos y la moralidad profesados por estas naciones. Las leyes que las naciones establecieron según principios bíblicos se convirtieron en la base de una inmensa parte de los juicios legales. Estados Unidos en particular se convirtió en la nación más bíblicamente orientada del mundo (con la posible excepción del moderno Estado de Israel, fundado en 1948).

Gracias a la amplia disponibilidad de la Biblia, Dios les dio a los pueblos de habla inglesa información esencial que debían saber para así entender lo que él esperaba de ellos. Adicionalmente, la identidad de muchos fue expuesta y se reveló que eran descendientes de José a través de sus hijos Efraín y Manasés.

Sin embargo, Dios nunca ha forzado a los pueblos de Gran Bretaña y Estados Unidos a aceptar el rol que les fue bíblicamente asignado. Tal como lo hizo con el antiguo Israel, Dios les ha dado a escoger (Deuteronomio 30:15, 19) y solo una pequeña porción de ellos ha respondido sinceramente.

¿Por qué ocurrió todo esto? ¿Qué propósito está llevando a cabo Dios para los últimos días? ¿Cómo se han cumplido los elementos esenciales de su plan?

Repasemos algunas de las contribuciones significativas que Gran Bretaña y Estados Unidos han hecho al mundo moderno. Luego las compararemos con las promesas que Dios les hizo a los descendientes de José.

Si podemos encontrar evidencia de que los pueblos de Gran Bretaña y Estados Unidos han recibido los beneficios y bendiciones bíblicamente predichos, entonces tendremos más pruebas para sostener que ellos son, inequívocamente, los descendientes modernos de Israel.

¿Reconocen los británicos y los estadounidenses la mano de Dios?

La expresión “Dios es inglés” encarnaba la perspectiva de mucha gente en el siglo XIX, tanto dentro como fuera de las islas británicas. ¿A qué se debía este sorprendente punto de vista?

El prestigio de Gran Bretaña en el mundo actual es solo una sombra de lo que era un siglo atrás. Es difícil convencer a mucha gente que vivió en los siglos XIX y XX de que Dios no estaba ayudando de manera milagrosa

Los defensores del israelismo británico

La prosperidad de Gran Bretaña y Estados Unidos en los siglos XIX y XX alimentó la creencia popular de que los pueblos británico y estadounidense son efectivamente descendientes de las diez tribus perdidas. Este movimiento se llegó a conocer popularmente como *israelismo británico*.

En Estados Unidos, donde la idea del “destino manifiesto” (la creencia de que el destino de la nación era expandirse desde el océano Atlántico al Pacífico) ya estaba profundamente arraigada, los defensores del israelismo británico fomentaban la explicación bíblica detrás de la prosperidad y el inaudito crecimiento de la nación. Concluyeron que Gran Bretaña y Estados Unidos eran los recipientes del derecho de primogenitura incondicional de José.

En tiempos recientes, algunos han asociado el israelismo británico con las connotaciones negativas modernas del imperialismo. Los críticos incluso dicen que quienes adoptaron este razonamiento simplemente estaban buscando apaciguar su conciencia para justificar las tendencias imperialistas. Tal acusación, no obstante, simplemente no es congruente con el pensamiento del siglo XIX. Aquellos que expresan los sentimientos políticos de la actualidad como si fueran los mismos de un público de una época pasada que veía al mundo de una manera muy diferente, están haciendo una evaluación incorrecta e injusta.

A mediados del siglo XIX los súbditos del

Imperio británico no percibían el imperialismo como algo negativo. Lo veían como *un gesto magnánimo*: estaban propagando a los pueblos menos afortunados alrededor del mundo las bendiciones que habían brindado prominencia a su nación. Y, en efecto, el Imperio británico aportó muchas bendiciones a los pueblos que se convirtieron en parte de él.

Otra crítica —y que algunas veces es correcta— dirigida a los defensores del israelismo británico es que algunos de sus proponentes incorporaron el racismo en sus creencias. Los puntos de vistas prejuiciosos racistas han afectado su razonamiento, desacreditando así los aspectos históricos de sus enseñanzas. Esto es lamentable y bíblicamente inaceptable. La intolerancia racial es sin ninguna duda algo que la Biblia no enseña. Dios no es el autor de tal perspectiva. Él ama a todas las personas y nos ordena hacer lo mismo.

Los temas cruciales que debemos tomar en consideración son dos: si es efectivo que muchos de los descendientes de las diez tribus de Israel residen actualmente en las naciones de descendencia británica y, de ser así, qué espera Dios de ellos.

Teniendo como enfoque las promesas bíblicas, algunos eruditos se han embarcado en exhaustivas investigaciones para que se conozca el hecho de que las bendiciones prometidas por Dios a los descendientes de Abraham han sido cumplidas en gran parte en los pueblos británico y estadounidense. Y

a que políticos, hombres de Estado, diplomáticos, exploradores, inventores, banqueros, hombres de negocios, comerciantes y empresarios de las islas británicas prosperaran.

Para muchos observadores, tanto dentro como fuera de Gran Bretaña, parecía como si alcanzaban el éxito sin importar si lo buscaban o no, ni si tomaban decisiones sabias o insensatas. Era como si estuvieran siendo inundados de bendiciones.

aunque son muchos los que han contribuido a la investigación básica, a continuación presentamos a unas cuantas personas que han hecho contribuciones significativas al desarrollo de esta área de estudio.

John Wilson, un anglicano laico de Cheltenham, Inglaterra, publicó *Our Israelitish Origin* [Nuestro origen israelita] en 1840. Esta obra fue la primera tesis completa que vinculó a los anglosajones con el antiguo Israel. Wilson se valió de lo mejor de la erudición y metodología contemporáneas. Utilizó en particular la obra de Sharon Turner (1768-1847), un personaje monumental en la historiografía británica, cuya obra de múltiples volúmenes *The History of the Anglo-Saxons* [La historia de los anglosajones] rastrea a los anglosajones a través de Europa, hasta los países balcánicos, y finalmente hasta las montañas de Crimea y el Cáucaso — exactamente lo que esperaríamos según 2 Reyes 17:6 y 1 Crónicas 5:26.

Edward Hine, banquero y sucesor de Wilson, escribió *Forty-Seven Identifications of the British Nation With Lost Israel* [Cuarenta y siete identificaciones de la nación británica con el perdido Israel] (1871). Hine afirmaba haber presentado este tema ante cinco millones de personas a lo largo de su carrera y circuitos de conferencias.

John Harden Allen, ministro metodista del noroeste del Pacífico (EE.UU.), escribió *Judah's Sceptre and Joseph's Birthright* [El cetro de Judá y el derecho de primogenitura de José] en 1917.

T. Roslin Howlett, ministro bautista, ejercía

su pastorado en Nueva York, Washington y Filadelfia.

Charles Piazzi Smyth (1819-1900), fue el astrónomo real de Escocia y profesor emérito de astronomía de la Universidad de Edimburgo.

El coronel John Cox Gawler (1830-1882), fue el guardián de las joyas de la corona británica.

Herbert Armstrong (1892-1986), fundador y rector de la Universidad Ambassador, escribió *La llave de maestra de la profecía*, publicado en varias ediciones hasta 1986.

Steven Collins escribió *The "Lost" Ten Tribes of Israel . . . Found!* [Las diez tribus "perdidas" de Israel . . . ¡son encontradas!] (1992), que luego fue expandida a una serie de cuatro volúmenes.

Yair David fue el autor de *The Tribes: The Israelite Origins of Western Peoples* [Las tribus: los orígenes israelitas de los pueblos occidentales] (1993), *Ephraim* [Efraín] (1995), *Ephraim: The Gentile Children of Israel* [Efraín: Los hijos gentiles de Israel] (2001) y *Joseph: The Israelite Destiny of America* [José: El destino israelita de los Estados Unidos] (2001).

Raymond McNair, el ministro de la Iglesia Global de Dios, escribió *America and Britain in Prophecy* [Estados Unidos y Gran Bretaña en profecía] (1996).

John Ogwyn, ministro de la Iglesia de Dios Viviente, escribió *What's Ahead for America and Britain?* [¿Qué le depara el futuro a Estados Unidos y Gran Bretaña?] (1999).

Fue la aparente *inevitabilidad* de tal éxito lo que inspiró a John Robert Seely, profesor de historia moderna de Cambridge (1834-1895) y autor de *The Expansion of England* [La expansión de Inglaterra], escrita en 1844, a comentar en forma jocosa que Inglaterra adquirió su imperio a nivel global “en un momento de distracción”.

El siglo XIX fue ciertamente el siglo de Gran Bretaña. Ellos mismos se asombraban de que la gente de las diminutas islas británicas se encontrara gobernando sobre un gran imperio. A medida de que el siglo XIX llegaba a su fin, el Imperio británico fue “el imperio más grande en la historia del mundo, abarcando casi un cuarto del globo terráqueo, y un cuarto de su población” (James Morris, *Pax Británica: The Climax of an Empire* [Paz británica: El apogeo de un imperio], 1968, p. 21).

Sin embargo, el imperio continuaría expandiéndose. “Continuó creciendo hasta 1933, cuando su área llegó a abarcar más de 36 millones de kilómetros cuadrados y su población era de 493 millones . . . el Imperio romano en su punto más alto estuvo constituido de 120 millones de personas en un área de 6.4 millones de kilómetros cuadrados . . .” (ibíd., pp. 27, 42).

Por lo tanto, el Imperio británico abarcaba 5.5 veces el territorio del Imperio romano, con más del cuádruple de su población. El gobierno británico se extendió no solo a regiones comunes y corrientes, sino también a algunos de los mejores y más fértiles territorios de la Tierra.

No es muy sorprendente que en aquellos días la gente educada percibiera la mano de Dios en el proceso. Les parecía algo demasiado obvio como para ignorarlo. En aquellos tiempos los hombres bíblicamente más instruidos, como Lord Rosebery, secretario del exterior británico (1886, 1892-1894) y primer ministro (1894-1895), habló en noviembre de 1900 a los estudiantes de la Universidad Glasgow acerca del Imperio británico:

“¡Qué maravilloso es todo esto! Construido no por santos ni ángeles, sino por obra de la mano del hombre . . . y sin embargo, no es algo totalmente humano, ya que ni el más ignorante ni el más escéptico pueden negar la mano del Divino.

“Creciendo como crecen los árboles: mientras otros dormían; alimentados por los errores de otros y también por las virtudes de nuestros ancestros; alcanzando lentamente, como una ola, tierras, islas y continentes, hasta que nuestra pequeña Gran Bretaña se despertó para encontrarse como la madre adoptiva de otras naciones y la fuente de imperios unidos. ¿Somos capaces de ver que esto se debió no tanto a la energía y fortuna de una raza sino a la suprema dirección del Todopoderoso?”

En esos tiempos, cuando se le daba más importancia al conocimiento bíblico, personas como Lord Rosebery percibieron las extraordinarias circunstancias del pueblo británico. Dios parecía estarlo bendiciendo mucho,

Benjamín Disraeli: Maestro de un imperio

Dios frecuentemente nombra las cosas según lo que son. El nombre de Adán literalmente significa “tierra roja”, la sustancia con la cual Dios creó y formó al primer hombre.

Dios le dio a Abram un nombre: Abraham (Génesis 17:5), “padre de una multitud” (versículos 4-6). Salomón, cuyo nombre deriva de la raíz hebrea para la palabra “paz”, presidió sobre uno de los períodos más pacíficos de la historia de Israel (1 Reyes 4:24).

¿Sería entonces extraño pensar que Dios puede proveernos nombres similares a lo largo de nuestra historia (Malaquías 3:6)? Un posible ejemplo de esto está en el desarrollo del Imperio británico y un notable hombre llamado Benjamín Disraeli (1804-1881).

Hijo de una familia judía que se había convertido al cristianismo, ascendió al pináculo de la vida política británica y ejerció dos veces como primer ministro (1868 y 1874-1880). Los historiadores a veces lo describen como “el Maestro del Imperio”, el político que le había entregado al Imperio británico una fuerza emocional renovada en la última parte del siglo XIX.

Durante la segunda administración de Disraeli, Inglaterra experimentó un resurgimiento de su interés en la expansión imperial y territorial. Actuando audazmente y con una independencia notable, Disraeli pagó casi

4 millones de libras —préstamo del Banco de Rothschild, con el gobierno británico como aval— para la compra de 44% de las acciones que controlaban el recientemente construido canal de Suez (1869). Otto von Bismarck de Alemania, el “canciller de hierro”, aptamente describió ese pasaje como la médula espinal del Imperio británico.

La siguiente, y quizás la más grandiosa

expresión de las políticas imperiales de Disraeli, estaba conectada al eje del imperio, India. El 1 de mayo de 1876, Disraeli vio que el Real Decreto nombró a la reina Victoria emperatriz de India. En enero del año siguiente, con celebración y ceremonia, el virrey de India pronunció a la reina Victoria emperatriz en una gran celebración en su honor. Luego ese mismo año, Disraeli anexó el Transvaal en Sudáfrica, el cual es rico en minerales.

Tres años más tarde,

en el Congreso de Berlín, adquirió el puesto fronterizo de Chipre en el Mediterráneo.

En una notable coincidencia, uno de los principales arquitectos del Imperio británico, Benjamín Disraeli, literalmente lleva el nombre de Israel. ¿O es coincidencia? Según lo que sabemos de las promesas a los descendientes de Jacob en los últimos tiempos, y la precisión del momento de la entrega de bendiciones físicas, materiales y nacionales de las promesas a Abraham, el nombre Disraeli más parece una señal providencial.



Benjamin Disraeli, primer Ministro de Gran Bretaña (1868 y 1874-1880), fue uno de los grandes arquitectos de la expansión del imperio.

tal como había prometido bendecir al antiguo pueblo de Israel. Por lo tanto, no les parecía excesivo considerar al pueblo británico como el elegido por Dios. ¿Fue su percepción simplemente una expresión de vanidad humana? ¿O estaban realmente observando la mano de Dios en las bendiciones conferidas a su gente y su nación?

Los forjadores del Imperio británico aspiraban a ejercer un dominio

La Biblia en la historia británica y estadounidense

Cuando el rey Jacobo de Inglaterra comisionó la traducción de la Biblia al inglés de sus lenguajes originales, la masiva tarea fue llevada a cabo por un gran comité de eruditos que representaban a los mejores talentos interpretativos disponibles en ese entonces. Por casi cuatrocientos años esta monumental obra, que fue completada en 1611, ha sido reconocida como una de las mejores traducciones que se hayan realizado. A pesar de que la Biblia ha sido traducida a casi todos los idiomas, esta versión en inglés continúa siendo la más influyente de todas.

¿Por qué ha sido la Biblia tan predominante en Gran Bretaña y Estados Unidos?

The Dictionary of Cultural Literacy [Diccionario de cultura literaria] nota que la Biblia es “el libro más conocido en el mundo de habla inglesa . . . Nadie en el mundo de habla inglesa puede ser considerado educado si no posee un conocimiento básico de la Biblia” (Hirsch, Kett y Trefil, 1988, p. 1). En Gran Bretaña era clasificada como uno de los cincuenta libros más interesantes. En los Estados Unidos ha sido un continuo éxito de ventas y el libro que los estadounidenses consideran ha influido más en sus vidas.

La Biblia es citada por gente de todos los ámbitos sociales, incluyendo a gente de gobierno, políticos, filósofos, poetas, e incluso astronautas. He aquí algunos comentarios de algunos respetados líderes:

- “Ha sido mi costumbre, por muchos

años, leer la Biblia en su totalidad una vez al año” (John Quincy Adams).

- “Un conocimiento profundo de la Biblia es más valioso que una educación universitaria” (Teodoro Roosevelt).

- “Si vivimos según los principios enseñados por la Biblia, nuestro país continuará prosperando” (Daniel Webster).

- “Creo que la Biblia es el mejor regalo que Dios le ha dado al hombre. Todo el bien que el Salvador del mundo nos proporcionó se nos comunica en este libro. Me he visto de rodillas muchas veces por la abrumadora convicción de que no tenía otro lugar a donde ir” (Abraham Lincoln).

- “Es imposible gobernar bien el mundo sin Dios y la Biblia” (George Washington).

- “La Biblia es la roca sobre la que descansa nuestra república” (Andrew Jackson).

- “Rechazamos con desdén todos estos mitos aprendidos y elaborados de que Moisés fue solo una figura legendaria. Creemos que la posición más científica, la concepción racional más actual, encontrará la mayor satisfacción al tomar el relato bíblico literalmente” (Winston Churchill).

¿Es posible que la Biblia haya sido tan influyente para los pueblos de Gran Bretaña y Estados Unidos porque es su libro histórico? Significativamente, nos entrega no solo el relato de sus ancestros distantes sino que también de su futuro.

pacífico y productivo sobre un cuarto de la población mundial. Uno de los grandes logros de los administradores británicos fue el establecimiento y la imposición de la ley y el orden en los territorios británicos coloniales e imperiales alrededor del globo. Este solo hecho brindó bendiciones incalculables a estos pueblos y sus territorios.

Esta *Pax Britannica* dejó un legado de condiciones pacíficas en muchas regiones que antes estaban plagadas de guerras y hostilidades étnicas interminables. La presencia británica también estimuló el desarrollo económico y dio a conocer en muchas regiones los avances tecnológicos de Occidente. Los misioneros británicos se convirtieron en portadores de literatura y conocimiento bíblicos que compartieron con gente desde un extremo del planeta al otro. Sus bendiciones, tanto físicas como espirituales, fueron distribuidas gratuitamente alrededor del mundo.

El siglo británico

Gran Bretaña no siempre había sido una nación importante. De hecho, la mayor parte del auge de Gran Bretaña y los Estados Unidos se produjo después de 1800. Solo un par de siglos antes de convertirse en la principal potencia mundial, Inglaterra se hallaba en una posición similar a la de todas las otras naciones de Europa.

¿Cómo cambiaron las cosas tan dramáticamente? ¿Qué había detrás de este gran cambio geopolítico?

El crecimiento industrial y económico del mundo angloamericano comenzó a adquirir impulso en la última mitad del siglo XVIII. Los historiadores económicos no se ponen de acuerdo sobre el punto en el cual el proceso de industrialización alcanzó su masa crítica. Pero, generalmente hablando, las fechas más tempranas sugieren que fue en la segunda mitad del siglo XVIII, y la más tardía, a finales del mismo siglo.

Gran Bretaña también experimentó una explosión demográfica que comenzó durante ese mismo período. El historiador Colin Cross nota que “uno de los misterios inexplicables de la historia social es la explosión numérica de la población de Gran Bretaña entre 1750 y 1850. Por generaciones la población británica no había variado, o solo había aumentado levemente. Luego, en el curso de un siglo, casi se triplicó: de 7.7 millones en 1750 a 20.7 millones en 1850 . . . Gran Bretaña era un país dinámico, y una de las marcas de tal dinamismo fue su explosión demográfica” (*Fall of the British Empire* [La caída del Imperio británico], 1969, p. 155).

Esta ventana de tiempo parece estar directamente relacionada con las promesas de primogenitura que recibieron los descendientes exiliados de José. Muchos historiadores se han preguntado por qué la Revolución Industrial no comenzó antes en la historia. Esta bendición divina puede ayudar a explicar por qué el gigantesco crecimiento de la capacidad

industrial se expandió tan dramáticamente en ese periodo.

La Biblia revela que Dios controla los acontecimientos y los lleva a cabo según su plan y su propio calendario (Isaías 46:9-10). Él declaró hace mucho tiempo, a través del patriarca Jacob, que los descendientes de José recibirían las promesas de primogenitura en “los días venideros” (Génesis 49:1, 22-26).

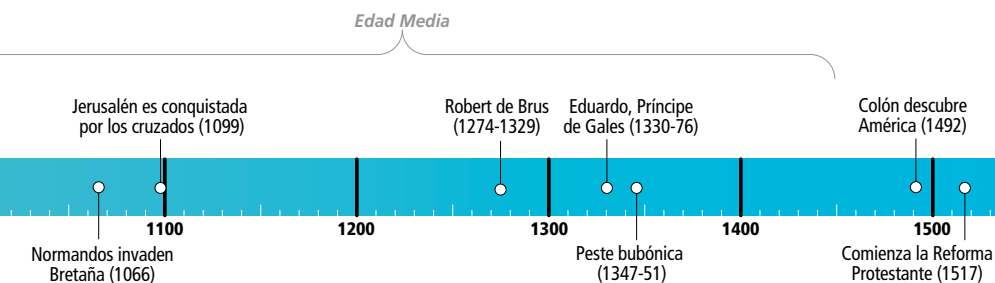
Otros conflictos bíblicamente profetizados distinguen a nuestra era moderna como “los días venideros”, los mismos que culminarán con los eventos profetizados en Mateo 24 y el libro del Apocalipsis. Estos confirman que el cumplimiento de las promesas de Dios a Abraham respecto a los últimos días se ha estado llevando a cabo. (Para comprender mejor las profecías de los últimos tiempos, solicite su copia gratuita del folleto *¿Estamos viviendo en los últimos días?* a una de nuestras oficinas más cercana a usted, o descárguela de nuestro sitio www.iduai.org).

El año 1776 fue una fecha relevante. En ese entonces la máquina a vapor ya estaba siendo utilizada de manera práctica, y en el curso de la siguiente década –solo unos años antes de que la Revolución francesa de 1789 desacelerara significativamente el desarrollo en Francia– se convirtió en un éxito comercial.

Ese mismo año, los colonizadores de los Estados Unidos declararon su independencia. Esta separación de los Estados Unidos de Gran Bretaña cumplió la profecía de que Manasés y Efraín serían pueblos diferentes: uno, un gran país “engrandecido”, y el otro, una “multitud de naciones” (Génesis 48:16, 19).

Otro importante suceso tuvo lugar alrededor de ese mismo tiempo. Adam Smith, profesor escocés de filosofía moral en la Universidad de Glasgow, publicó la obra *Wealth of Nations* (La riqueza de las naciones), que se convirtió en el pilar intelectual y filosófico para que Inglaterra desarrollara lo que desde entonces se conoce como *economía capitalista*. El sistema capitalista pronto comenzó a impulsar al mundo occidental en general, y a la economía británica en particular, a niveles sin precedentes.

Y aunque es posible que los diplomáticos y hombres de Estado britá-



nicos carecieran de un gran plan para la construcción de su imperio, este se convirtió en el imperio más grande y benefactor en la historia de la humanidad. Con razón los historiadores describen el siglo XIX como “el siglo británico”.

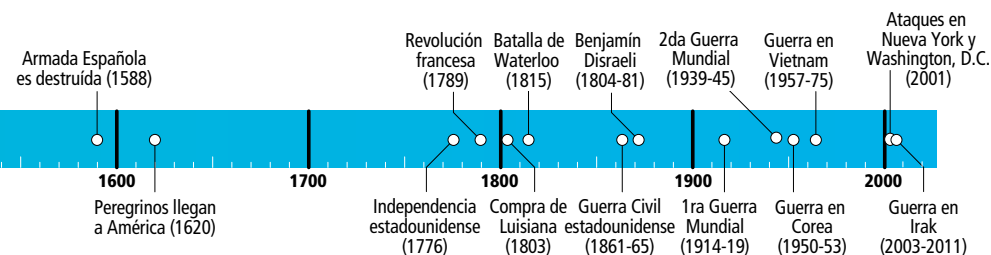
La nación de Estados Unidos prospera

Las guerras entre Francia e Inglaterra, que culminaron con la victoria británica sobre Napoleón en Waterloo en 1815, tuvieron una influencia indirecta en el ascenso de Estados Unidos a una posición de grandeza. Napoleón necesitaba dinero para sufragar los costos de una inminente guerra con Inglaterra, lo cual lo llevó a vender grandes territorios norteamericanos a Estados Unidos, lo que se llamó la *Compra de Luisiana*.

La adquisición del territorio de Luisiana en 1803 le dio instantáneamente a la república de Estados Unidos una categoría de superpotencia mundial. La joven nación compró aproximadamente dos millones de kilómetros cuadrados de la tierra más fértil en el mundo —el Medio Oeste de Estados Unidos— ¡por menos de tres centavos por acre! De la noche a la mañana el tamaño de Estados Unidos se duplicó, fortaleciendo enormemente a la nación material y estratégicamente.

Después de esa transacción, llevada a cabo en 1803, el país se expandió a lo largo del continente en menos de una generación, añadiendo inmensas franjas de territorio con vastos recursos naturales. En 1867 Estados Unidos agregó casi 1 500 000 km cuadrados cuando compró Alaska a Rusia por 7.2 millones de dólares — alrededor de dos centavos de dólar por acre.

Aunque nadie se dio cuenta en ese tiempo, estas grandes bendiciones no explotadas permitirían a los ciudadanos de Estados Unidos alcanzar el primer lugar de riqueza per cápita en el siglo siguiente. Y a pesar de que en ese tiempo los detractores ridiculizaron abiertamente la compra de Alaska, las ganancias derivadas de sus recursos —madera, minerales, petróleo y productos similares— en la actualidad se cuentan en decenas de miles de millones de dólares anuales.



Una mancomunidad de naciones

El otro cumplimiento de la predicción de Jacob –que Efraín se convertiría en una “multitud de naciones” (Génesis 48:19)– de a poco comenzó a ganar impulso. Empezó como resultado de la victoria de Gran Bretaña sobre Francia en 1815. Al final de las guerras napoleónicas, la Marina Real británica gobernaba los océanos.

La economía británica, estimulada por este conflicto, emergió con una supremacía económica sin paralelos. Los esfuerzos de Francia por obtener la hegemonía mundial, que se habían mantenido de manera más o menos continua desde los días de Luis XIV (1643-1715) y el inicio de lo

que algunos historiadores llaman “la segunda guerra de los Cien Años”, habían fracasado rotundamente.

Gran Bretaña se vio libre y en posesión del poder político, económico y militar para desarrollar un imperio que pronto se propagaría alrededor del mundo. A medida que Manasés moderno (Estados Unidos) comenzó a construir una nación que dentro de poco se extendería de mar a mar, Efraín (Gran Bretaña) se convirtió en heredero de territorios alrededor del orbe.



El control de la Marina Real sobre los océanos le permitió a Gran Bretaña mantener un imperio universal y dominar el globo durante la mayor parte del siglo xix y la primera parte del siglo xx.

Los británicos construyeron un imperio en el cual nunca se ponía el sol. La diversidad de su estructura imperial era casi infinita, y estaba compuesta prácticamente de gente de todos los grupos étnicos. Además, estaba gobernado por medios tan centralizados como el *raj* (gobierno británico) en la India y la oficina del agente general en Egipto, o tan independientes como el estado de dominio otorgado a Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica.

Desde un punto de vista físico, gran parte del dominio angloamericano de los dos siglos pasados se debió a la bendición de la geografía y el clima favorable y la fuente aparentemente infinita de recursos naturales acumulados durante ese tiempo.

Los territorios británicos se concentraron en las regiones más productivas de las zonas templadas. Una fuente abundante y fiable de alimentos

les permitió mantener el crecimiento constante de la población desde el siglo XVIII hasta la mayor parte del siglo XX. No cabe duda de que los descendientes modernos de José han sido una “rama fructífera” (Génesis 49:22-25; vea también Levítico 26:9; Deuteronomio 6:3; 7:13-14; 28:4-5).

Los pueblos de Gran Bretaña y Estados Unidos heredaron un verdadero tesoro de recursos naturales. Lo que les faltaba a los británicos dentro de sus propias islas, lo obtuvieron mediante un imperio que se extendía por el mundo entero.

Los estadounidenses encontraron todo lo necesario para obtener grandeza económica nacional (vastas extensiones de tierra fértil; bosques aparentemente ilimitados; oro, plata y otros metales preciosos esperando ser explotados; y cantidades masivas de hierro, carbón, petróleo y otros depósitos minerales) dentro de los confines de Estados Unidos continental, e incluso aún más en Alaska.



Gran Bretaña, y posteriormente los Estados Unidos, fueron bendecidos con el control de muchas “puertas” estratégicas alrededor del mundo tales como Gibraltar, un punto crucial que controla el acceso entre el mar Mediterráneo y el océano Atlántico.

Ambos pueblos poseían “el fruto más fino de los montes antiguos”, “la abundancia de los collados eternos” y “las mejores dádivas de la tierra y su plenitud” dentro de los territorios que controlaban de manera exclusiva (Deuteronomio 8:9; 28:1, 6, 8, 13: 33:13-17).

Las puertas militares y comerciales del mundo

La promesa de Dios a Abraham incluyó otra cláusula: “. . . y tu descendencia poseerá las puertas de sus enemigos” (Génesis 22:17). En este contexto, *puerta* se refiere a un paso estratégico que controla el comercio o acceso militar de una región. Algunos ejemplos de puertas estratégicas son el estrecho de Gibraltar y los canales de Suez y Panamá.

Es un hecho histórico que Gran Bretaña y Estados Unidos se apoderaron del control de la mayoría de las tierras y portales oceánicos más importantes (vea el mapa en la página 78). Estos fueron de fundamental importancia para su dominio económico y militar en los siglos XIX y XX.

Analicemos cómo los descendientes de José adquirieron los tres portales marítimos tan cruciales mencionados más arriba.

El primer ejemplo ocurrió como resultado de la guerra de Sucesión española (1701-1714). El rey español, Carlos II (1661-1700), no tuvo hijos. La ausencia de un heredero provocó una controversia sobre la sucesión del trono español. Por un tiempo se tuvo la impresión de que el asunto podría resolverse pacíficamente; sin embargo, cuando Carlos designó como su sucesor a Felipe V (nieto de Luis XIV, rey de Francia), desestabilizó el equilibrio de poder europeo.

La decisión de Carlos confirmó el peor temor de los gobernantes europeos en cuanto a las intenciones de Francia. En Versalles se oyó murmurar al embajador español cuando se arrodillaba frente al nuevo rey (ahora, Felipe V de España): *“Il n’y pas de Pyrenees”* – “No hay más Pirineos” [cordillera montañosa situada al norte de la península ibérica, entre España, Andorra y Francia]. Él insinuó que la ascensión del rey ocasionaría la unión de Francia y España, pero el creciente dominio de Inglaterra



Sídney, Australia



Ciudad del Cabo, Sudáfrica

Tal como prometió a sus antiguos ancestros, Dios les ha dado a los modernos descendientes de José—principalmente a Gran Bretaña y los Estados Unidos— el derecho de primogenitura familiar y muchas de las mejores bendiciones de la Tierra.

impidió que esto ocurriera.

En 1701, Inglaterra, que se hallaba en guerra con Francia, estaba determinada a restablecer un equilibrio de poder favorable en Europa. Su plan tuvo éxito, y el intento de Francia de dominar el continente fracasó. De hecho, Inglaterra emergió del conflicto con la fuerza naval más grande de Europa, confirmando así su condición de gran potencia mundial.

Como resultado de la guerra Inglaterra adquirió Terranova, Nueva Escocia, el territorio de la bahía de Hudson, Menorca y, lo más impor-

tante, Gibraltar, un portal marítimo internacional indispensable. Su posesión de Gibraltar le permitió controlar la entrada y salida del mar Mediterráneo. Estas adquisiciones fueron parte de los términos del acuerdo llamado *Paz de Utrecht* (abril 11, 1713).

Más de un siglo y medio después, los británicos ganaron control directo del canal de Suez, otro crucial portal oceánico al otro extremo del Mediterráneo. Los británicos permanecieron en Suez por casi tres cuartos de siglo. Este pasaje artificial de 160 km entre el mar Mediterráneo y el mar Rojo ha sido por mucho tiempo una de las vías de transporte más utilizadas del mundo, ya que eliminó el largo y arduo viaje alrededor de la punta sur de África. De acuerdo con la profecía bíblica, Dios le dio este portal marítimo al pueblo británico, o sea, a los descendientes modernos de Efraín, el hijo de José.

Un tercer portal marítimo de fundamental importancia adquirido por los descendientes de José fue el canal de Panamá. Tal como Tomás Jefferson compró el territorio de Luisiana y Benjamín Disraeli adquirió



Londres, Inglaterra



Seattle, Estados Unidos

acciones del canal de Suez, el presidente Teodoro Roosevelt, con audaz determinación pero también de manera legalmente cuestionable, tomó los pasos necesarios para asegurarse Panamá. Roosevelt dijo en cuanto a esta proeza: “Me tomé el istmo, comencé el canal, y luego hice que el Congreso, en vez de objetar el canal, me objetara a mí” (Roger Butterfield, *The American Past* [El pasado americano], 1966, p. 323).

Una bendición para otras naciones

El ascenso a la grandeza de Gran Bretaña y Estados Unidos fue simplemente extraordinario. El historiador James Morris dice: “Durante los . . . años de gobierno de la reina Victoria [1837-1901], *el imperio había crecido más de diez veces*, desde posesiones dispersas ignoradas, a un cuarto de la masa terrestre del mundo . . . Había cambiado el rostro de los continentes con sus ciudades, vías férreas, iglesias . . . y *el estilo de vida de*

pueblos completos, imprimiendo sus propios valores sobre civilizaciones, desde los crees [numeroso grupo indígena norteamericano] hasta los birmanos, además de establecer varias naciones con plenos derechos. Nunca había existido un imperio así en la historia . . . ” (*Heaven’s Command: An Imperial Progress* [Orden del cielo: Un progreso imperial], 1973, p. 539).

Morris añade: “Los imperialistas pensaban que los británicos no solo tenían el derecho a gobernar un cuarto del mundo, sino que en realidad ese era su deber. . . Distribuirían a lo largo de la Tierra sus propios métodos, principios y tradiciones liberales de tal manera, que *el futuro de la humanidad sería rediseñado*. Se establecería la justicia, se acabaría con la miseria y se educaría a los salvajes ignorantes, todo por obra del poder y el dinero británicos” (*Pax Britannica* [Paz británica], p. 26). Dios estaba usando al pueblo de habla inglesa para presentarle un nuevo conjunto de normas y libertades individuales al resto de la humanidad.

Los británicos probaron ser administradores muy capaces que mejoraron drásticamente la infraestructura y el nivel de vida en los países que gobernaron. Y aunque no siempre todos los aspectos de su administración fueron llevados a cabo tan justa y equitativamente como debiera haber sido, la intención profetizada por Dios se cumplió. Los hijos de José condujeron al mundo a una era de conocimiento, prosperidad y avances tecnológicos sin precedentes. La Biblia comenzó a ser distribuida globalmente por primera vez, y también otras obras y publicaciones de referencia de orientación bíblica.

Con el tiempo, y después de practicar una política aislacionista por muchos años, Estados Unidos se vio forzado (por circunstancias que escapaban a su control) a adoptar un rol mayor en los asuntos mundiales, convirtiéndose en el modelo internacional de libertad y derechos individuales. Atacado por Japón en 1941, un Estados Unidos poco preparado de pronto se encontró en guerra con las Potencias del Eje. Rápidamente se preparó para luchar con toda su fuerza industrial, proceso que había comenzado en los primeros años de la guerra para ayudar a Gran Bretaña.

Estados Unidos emergió de la Segunda Guerra Mundial como la nación más poderosa del orbe. Sin embargo, en vez de utilizar su fuerza para dominar y oprimir a las naciones más débiles de un mundo en ruinas, se propuso *reconstruir* a sus enemigos derrotados, exhibiendo una compasión muy rara en los anales de los asuntos internacionales.

Desde 1945 hasta 1952 Estados Unidos canalizó 24 000 millones de dólares (150 000 millones en dólares actuales) a la causa de rescatar y reconstruir Europa, incluyendo Alemania. En cuanto a Japón, Estados Unidos gobernó el país por varios años, reconstruyéndolo y poniéndolo nuevamente de pie. En años recientes, estas antiguas naciones enemigas

han reaparecido como potencias económicas mundiales.

Desde entonces, tanto Estados Unidos como Gran Bretaña han canalizado otros muchos miles de millones de dólares de ayuda internacional hacia otros países. Estas son solo algunas de las formas en las cuales Gran Bretaña y Estados Unidos han sido una bendición para las naciones del mundo. No obstante, junto con esas bendiciones también ha habido esfuerzos equivocados e injusticias. Tal es el legado de las naciones que han sido grandemente bendecidas y que no se han preocupado de obedecer al Dios que los bendijo.

¿Continuará la dominación angloamericana?

Los siglos XIX y XX presenciaron el control de los asuntos mundiales por parte de los pueblos angloamericanos. ¿Continuará este patrón en el siglo XXI?

La dominación mundial británica se acabó hace mucho tiempo. Las dos grandes guerras del siglo XX le costaron muy caro a Gran Bretaña y su gente: los conflictos le robaron dos generaciones de hombres jóvenes y la agotaron económicamente. Para fines de la Segunda Guerra Mundial, los británicos se encontraron sin los recursos ni la voluntad para preservar su imperio.

Después que Gran Bretaña le dio a India su independencia en 1947, el Imperio británico comenzó a disolverse vertiginosamente. Su predominio dio paso rápidamente a la hegemonía estadounidense en la segunda mitad del siglo XX.

Y aunque el poder militar, económico, industrial y técnico de Estados Unidos aún se mantiene en un lugar de preeminencia, su acelerada decadencia moral no es buena señal de lo que trae el futuro. Los valores bíblicos sobre los cuales los padres fundadores y el pueblo estadounidense construyeron los Estados Unidos de América han dado paso a la negación de Dios y al mismo tipo de enfoque egoísta y materialista que llevó al colapso de los antiguos reinos de Israel y Judá.

Sin un cambio de dirección y énfasis, ¿será diferente el futuro de Estados Unidos?

Demasiados estadounidenses y británicos se han rehusado a reconocer a Dios y sus bendiciones. En su arrogancia intelectual y espiritual, muchos han decidido negar la existencia de un Creador y aceptar la religión falsa de la evolución y su teología humanista secular.

Ellos prefieren creer que sus maravillosas bendiciones de riqueza y poder nacional son una simple casualidad o el resultado de sus propios esfuerzos. Tal como el antiguo Israel, han caído en su propia trampa y optado por ignorar las palabras de advertencia de Dios:

“Cuando hayas comido y estés satisfecho, alabarás al SEÑOR tu Dios

por la tierra buena que te habrá dado. *Pero ten cuidado de no olvidar al SEÑOR tu Dios.* No dejes de cumplir sus mandamientos, normas y preceptos que yo te mando hoy. Y cuando hayas comido y te hayas saciado, cuando hayas edificado casas cómodas y las habites, cuando se hayan multiplicado tus ganados y tus rebaños, y hayan aumentado tu plata y tu oro y sean abundantes tus riquezas, *no te vuelvas orgulloso ni olvides al SEÑOR tu Dios,* quien te sacó de Egipto, la tierra donde viviste como esclavo” (Deuteronomio 8:10-14, NVI).

En el próximo capítulo veremos lo que les depara el futuro a Estados Unidos y Gran Bretaña. Nos guste o no, lo que les espera afectará a toda la humanidad.

Del juicio de Dios al destino profetizado

*“¡Ay! Será un día terrible, un día que no tiene parangón.
Será un tiempo de angustia para Jacob, pero será librado de ella”
(Jeremías 30:7, NVI).*

Aun cuando Estados Unidos y Gran Bretaña no aparecen en las profecías bíblicas de los últimos tiempos bajo sus nombres actuales, Dios no ha ignorado a estas naciones. Él las identifica en las profecías según su genealogía, pero la mayoría de la gente simplemente no ha sabido dónde buscarlas. A través de la larga historia de las diez tribus de Israel, Dios siempre supo quiénes eran y dónde estaban. Tal como él les prometió a sus ancestros, les ha dado a los descendientes modernos de José —principalmente a Gran Bretaña y Estados Unidos— el derecho de primogenitura de su familia y muchas de las más selectas bendiciones de la Tierra. Estas naciones han recibido una oportunidad única de proveer liderazgo al mundo entero. Pero, ¿qué dice la Biblia acerca de su futuro? La respuesta es reveladora.

Muchas profecías de la Biblia muestran a Israel como un pueblo que al regreso de Cristo estará arrepentido. Sus descendientes volverán a Dios y comenzarán a obedecer sus leyes, pero solo después que hayan pasado por muchas crisis que en cierto sentido serán peores que las catástrofes que cayeron sobre los antiguos reinos de Israel y Judá.

Los descendientes de Israel que se arrepientan y vuelvan a Dios —descritos en las profecías solo como un “remanente” de su población anterior (Isaías 11:11, 16; Jeremías 23:3; Ezequiel 6:8)— sufrirán enormemente durante el tiempo profetizado en la Biblia llamado “la gran tribulación” (Mateo 24:21).

Solo cuando sean humillados al punto de arrepentirse de sus pecados podrán cumplir el propósito que Dios diseñó para ellos: servir de bendición a las naciones. Sin embargo, este maravilloso futuro será precedido de pruebas extremadamente difíciles. Tal como Moisés liberó al antiguo Israel de la esclavitud egipcia, Jesucristo será enviado para liberar en el tiempo del fin a las naciones modernas de Gran Bretaña y Estados Unidos, y también a las otras naciones descendientes de los israelitas, de una era de sometimiento a un sistema religioso y político centrado en Europa y llamado “Babilonia la grande” (Apocalipsis 17).

Esta liberación que se llevará a cabo en los días postreros comprende el cumplimiento de algunas de las profecías más increíbles de la Biblia:

“No obstante, he aquí vienen días, dice el Eterno, en que no se dirá más: Vive el Eterno, que hizo subir a los hijos de Israel de tierra de Egipto; sino: Vive el Eterno, que hizo subir a los hijos de Israel de la tierra del norte, y de todas las tierras adonde los había arrojado; y los volveré a su tierra, la cual di a sus padres” (Jeremías 16:14-15).

Las expectativas de Dios para Israel

A fin de cumplir sus promesas a Abraham, Isaac y Jacob, Dios estableció a Israel como nación con el propósito de traer bendiciones a otras naciones (Deuteronomio 9:5; Génesis 12:3). Desde un comienzo, Dios esperaba que los israelitas fuesen un *ejemplo* para las otras naciones que los rodeaban de las bendiciones divinas que serían derramadas sobre todos aquellos que lo adorasen y obedeciesen (Deuteronomio 4:6; 14:2).

Dios dijo que si los israelitas cumplían con su parte del pacto que había hecho con ellos, haría de Israel la principal nación del mundo (Deuteronomio 26:19; 28:1, 12-13); pero que si desobedecían, sufrirían las consecuencias (Deuteronomio 28:15-68). También les dijo que otras naciones los llevarían en cautiverio (versículos 25, 32-33, 36), y que incluso su castigo sería una lección para las otras naciones: “Y serás motivo de horror, y servirás de refrán y de burla a todos los pueblos a los cuales te llevará el Eterno” (v. 37).

Se suponía que los israelitas serían una nación modelo para el resto de las naciones en cuanto a las bendiciones que produce la obediencia a las instrucciones de Dios y al castigo que acarrea la desobediencia a las mismas. Sin importar las decisiones que hayan tomado, tanto en los tiempos antiguos como actuales, este continúa siendo el rol que Dios les dio, y él los hace responsables de la manera en que responden a ese rol.

Casi 3500 años atrás Dios le dijo a Israel: “Guardaos, no os olvidéis del pacto del Eterno vuestro Dios, que él estableció con vosotros, y no os hagáis escultura o imagen de ninguna cosa que el Eterno tu Dios te ha prohibido. Porque el Eterno tu Dios es fuego consumidor, Dios celoso.

“Cuando hayáis engendrado hijos y nietos, y hayáis envejecido en la tierra, si os corrompiereis e hiciereis escultura o imagen de cualquier cosa, e hiciereis lo malo ante los ojos del Eterno vuestro Dios, para enojarlo; yo pongo hoy por testigos al cielo y a la tierra, que pronto pereceréis totalmente de la tierra hacia la cual pasáis el Jordán para tomar posesión de ella; no estaréis en ella largos días sin que seáis destruidos. Y el Eterno los esparcirá entre los pueblos, y quedaréis pocos en número entre las naciones a las cuales os llevará el Eterno” (Deuteronomio 4:23-27).

Los descendientes de Israel no cumplen con sus responsabilidades

Con la restauración de las promesas de la primogenitura de José a sus

descendientes, Gran Bretaña y Estados Unidos, la gente de estas naciones ha disfrutado de una prosperidad sin precedentes. Una vez más, tal como sus antepasados, han tenido la oportunidad de ser un pueblo “santo”, un ejemplo de justicia para el resto de las naciones.

Gran Bretaña tuvo la oportunidad de propagar una civilización ética y religiosa en gran parte del mundo. En la cúspide de su imperio, el pueblo británico llevó la Biblia a los lugares más recónditos y apartados de la Tierra. Sin embargo, la religión ahora es rutinariamente ridiculizada en las noticias nacionales y los medios de entretenimiento, y el cristianismo está colapsando. Muchos edificios de iglesias han sido cerrados porque la gente ya no va. La gran mayoría del pueblo británico muestra poco o nulo interés en las instrucciones bíblicas.

De manera similar, Estados Unidos fue fundado por líderes que en su mayor parte tenían gran respeto por la Biblia. A pesar de que no favorecían una sola religión, al poco tiempo el país llegó a ser reconocido como líder de la religión cristiana alrededor del mundo. Pero en tiempos recientes, una gran parte de la nación también ha ignorado las instrucciones bíblicas. Paradójicamente, Estados Unidos es una de las naciones más prósperas del mundo y a la vez una de las más inmorales. Sus índices de crimen y violencia son altísimos.

Tal como en el antiguo Israel (Jeremías 5:7-9), la inmoralidad ha proliferado en Estados Unidos y en las naciones que una vez formaron parte del Imperio británico. La cifra de hogares disfuncionales y sin padres ha continuado incrementando de manera significativa, a pesar del aumento de la prosperidad nacional. Niños nacidos fuera del matrimonio, aborto de millones de bebés inocentes y epidemias de enfermedades de transmisión sexual son marcas distintivas de una moralidad vil que solo busca el placer propio.

Millones procuran escapar mediante el alcohol y las drogas ilegales. La vulgaridad y violencia de la industria del entretenimiento dominan las ondas de radio. La suciedad se hace pasar por cultura. Millones de personas viven atemorizadas de convertirse en víctimas del crimen o la violencia al azar. Muchas ciudades son cloacas de crimen, violencia de pandillas, pobreza, analfabetismo e hijos ilegítimos. La codicia y el materialismo se han vuelto la religión nacional en países que por largo tiempo se habían enorgullecido de ser naciones “cristianas”. Como resultado de estos y otros pecados, muchos ahora menosprecian a Estados Unidos y Gran Bretaña, que una vez fueron respetados en gran parte del mundo.

Incluso la mayoría de quienes practican cierta semblanza de la moralidad cristiana han rechazado desde hace mucho las leyes más importantes de las Escrituras. La idolatría y la profanación del sábado fueron algunos de los pecados más graves de la antigua casa de Israel, y como conse-

cuencia de ello abandonaron el patrón ordenado por Dios de escuchar y aprender más acerca de su Palabra.

Note lo que Dios dijo a través del profeta Ezequiel después que Israel cayó en cautiverio: “Y les di también mis días de reposo, para que fuesen por señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy el Eterno que los santifico. Mas se rebeló contra mí la casa de Israel en el desierto; no anduvieron en mis estatutos, y desecharon mis decretos, por los cuales el hombre que los cumpliera, vivirá; y mis días de reposo profanaron en gran manera . . . porque desecharon mis decretos, y no anduvieron en mis estatutos, y mis días de reposo profanaron, porque tras sus ídolos iba su corazón” (Ezequiel 20:12-13, 16).

Como resultado, comenzaron a creer que no había creencia o práctica religiosa mejor que otra — que podían cambiar las reglas de la vida como mejor les pareciera. Debido a tales creencias y sus pecados, Dios permitió que fuesen llevados en cautiverio.



Tal como el pueblo de Gran Bretaña, en años recientes una gran mayoría de la población de Estados Unidos ha comenzado a ignorar las enseñanzas de la Biblia.

Lo mismo ocurre en la actualidad. A pesar de que mucha gente observa festivales religiosos, estos generalmente no tienen nada que ver con la adoración del Dios verdadero sino que están basados en idolatría antigua. En muchos aspectos, los pecados de la gente actual son idénticos a los del antiguo Israel.

Las palabras del profeta Oseas son asombrosamente precisas cuando describe a Estados Unidos y Gran Bretaña: “Oí palabra del Eterno, hijos de Israel, porque el Eterno contiene con los moradores de la tierra; porque no hay verdad, ni misericordia, ni conocimiento de Dios en la tierra. Perjurar, mentir, matar, hurtar y adulterar prevalecen, y homicidio tras homicidio se suceden. Por lo cual se enlutará la tierra . . .

“Mi pueblo fue destruido, porque le faltó conocimiento . . . Conforme

a su grandeza, así pecaron contra mí . . . le castigaré por su conducta, y le pagaré conforme a sus obras” (Oseas 4:1-3, 6-9). Tal como Dios castigó al antiguo Israel por sus pecados, él planea castigar a sus descendientes modernos por su constante desobediencia.

Dios continúa siendo el mismo

Dios no cambia (Malaquías 3:6). Él responde de manera consecuente e imparcial frente al comportamiento humano: bendice la obediencia y castiga la desobediencia. Los descendientes modernos de Israel no deben ignorar sus advertencias eternas.

Al comienzo de la historia de Israel como nación, Dios inspiró a Moisés a escribir: “He aquí yo pongo hoy delante de vosotros la bendición y la maldición: la bendición, si oyereis los mandamientos del Eterno vuestro Dios, que yo os prescribo hoy, y la maldición, si no oyereis los mandamientos del Eterno vuestro Dios, y os apartareis del camino que yo os ordeno hoy, para ir en pos de dioses ajenos que no habéis conocido” (Deuteronomio 11:26-28).

De la misma manera explicó su propósito y plan para Israel como nación: “Y el Eterno ha declarado hoy que tú eres pueblo suyo, de su exclusiva posesión, como te lo ha prometido, para que guardes todos sus mandamientos; a fin de exaltarte sobre todas las naciones que hizo, para loor y fama y gloria, y *para que seas un pueblo santo* al Eterno tu Dios, como él ha dicho” (Deuteronomio 26:18-19).

Estas son exactamente las bendiciones y oportunidades que él les ha dado a Gran Bretaña y Estados Unidos, los descendientes modernos de José.

Entonces, ¿cuál es el futuro de estas naciones? ¿Qué castigo tendrán que sufrir por escoger el camino del pecado y darle la espalda a las oportunidades que Dios les ha brindado?

Tiempo de angustia para Jacob

El profeta Jeremías le habló a la casa de Judá en su tiempo, el siglo VI a. C., cuando Judá enfrentaba el castigo de Dios a manos del Imperio babilónico. Pero Jeremías también profetizó a *la casa de Israel*, a quienes Dios había castigado permitiendo que fuesen capturados *más de un siglo antes de que él hubiera nacido*. Jeremías escribió acerca de un tiempo de conflicto *nacional* que aún está por venir para los descendientes modernos de las diez tribus perdidas de Israel.

Note el estado en que se encontrarán al regreso de Cristo: “Porque he aquí que vienen días, dice el Eterno, en que haré volver *a los cautivos* de mi pueblo Israel y Judá . . . y los traeré a la tierra que di a sus padres, y la disfrutarán” (Jeremías 30:3).

Luego Jeremías describe por qué Dios tuvo que intervenir y salvar a los israelitas modernos. “¡Ah, cuán grande es aquel día! tanto, que no hay otro semejante a él; *tiempo de angustia para Jacob*; pero de ella *será librado*. En aquel día, dice el Eterno de los ejércitos, yo quebraré su yugo de tu cuello, y romperé tus coyundas, y extranjeros no lo volverán más a poner en servidumbre” (vv. 7-8). Note que el “yugo” y las “coyundas” que esclavizan a los descendientes de Jacob les son colocados por los “extranjeros”, es decir, por naciones enemigas.

Será de esta dominación y esclavitud a manos de extranjeros que Dios los librará en su segunda venida. Este será el tiempo en que el rey David y los doce apóstoles de Cristo –junto con el resto de los santos de Dios– serán resucitados para comenzar a gobernar con Cristo sobre Israel restaurado en el Reino de Dios (Ezequiel 37:24; Mateo 19:28).

Jeremías, aún hablando del tiempo del fin, continúa: “. . . sino que servirán al Eterno su Dios y a David su rey, a quien yo les levantaré. Tú, pues, siervo mío Jacob, no temas, dice el Eterno, ni te atemorices, Israel; porque he aquí que yo soy el que *te salvo de lejos* a ti y a tu



Paradójicamente, Estados Unidos es una de las naciones más prósperas del mundo pero también una de las más inmorales.

descendencia *de la tierra de cautividad*; y Jacob volverá, descansará y vivirá tranquilo, y no habrá quien le espante. Porque yo estoy contigo para salvarte, dice el Eterno, y destruiré a todas las naciones *entre las cuales te esparcí*; pero a ti no te destruiré, sino que te castigaré con justicia; de ninguna manera te dejaré sin castigo” (Jeremías 30:9-11).

La mayoría de las profecías que se encuentran en la Biblia con respecto a este tiempo de angustia son entregadas en el contexto de cómo Dios planea salvar a los israelitas después de haberlos castigado nuevamente. Cuando Cristo regrese para comenzar la “restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo” (Hechos 3:21), los descendientes modernos de Jacob nuevamente se encontrarán en estado de cautiverio. Esto significa que el “tiempo de angustia” de Jacob en los últimos días, tal como Jeremías predijo, será verdaderamente grave.

Angustia sin paralelos — y después la liberación

Daniel dice: “En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo; y será *tiempo de angustia*, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo *será libertado tu pueblo*. . .” (Daniel 12:1).

¿Por qué permitirá Dios este tiempo de angustia? A través del profeta Sofonías, Dios expresa su enojo por la dureza de corazón de las naciones en los últimos días. Él dice: “Espérenme, por tanto, hasta el día que me levante a buscar el botín . . . porque he decidido reunir a las naciones y juntar a los reinos para derramar sobre ellos mi



Aunque por un tiempo Estados Unidos y Gran Bretaña gozaron del respeto de gran parte del mundo, ahora son muchos los que sienten por ellos solo desprecio mal disimulado.

indignación, toda mi ardiente ira. En el fuego de mi celo será toda la tierra consumida” (Sofonías 3:8, NVI). Él no dejará que ninguna nación ni pueblo se salve.

Y aun cuando todas las naciones deberán sufrir su ira, Dios explica exactamente por qué castigará a los israelitas de ese período. Durante este tiempo de catástrofe nacional, aquellos que se rehúsen a oír la advertencia de Dios y no se arrepientan, perecerán. Solo aquellos que escuchen y acaten la advertencia de Dios antes y durante este tiempo de venganza global, encontrarán misericordia.

Note las palabras de Sofonías: “En aquel día . . . *quitaré de en medio de ti* a los que se alegran en tu soberbia, y nunca más te ensoberbecerás en mi santo monte. *Y dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre*, el cual confiará en el nombre del Eterno.

“El remanente de Israel no hará injusticia ni dirá mentira, ni en boca de ellos se hallará lengua engañosa; porque ellos serán apacentados, y dormirán, y no habrá quien los atemorice. Canta, oh hija de Sion; da voces de júbilo, oh Israel; gózate y regocíjate de todo corazón, hija de Jerusalén. *El Eterno ha apartado tus juicios, ha echado fuera tus enemi-*

gos; el Eterno es Rey de Israel en medio de ti; nunca más verás el mal” (vv. 11-15).

Los descendientes modernos de Israel tendrán que padecer este terrible período de castigo y cautiverio por no arrepentirse de sus pecados y no tomar en serio el rol que Dios les asignó. Ni los judíos que habitan en Jerusalén ni el moderno Estado de Israel escaparán de este cautiverio y el castigo que sufrirán poco antes del regreso de Cristo:

“He aquí, el día del Eterno viene . . . Porque yo reuniré a todas las naciones para combatir contra Jerusalén . . . *la mitad de la ciudad irá en cautiverio*, mas el resto del pueblo no será cortado de la ciudad. Después saldrá el Eterno y peleará con aquellas naciones, como peleó en el día de la batalla” (Zacarías 14:1-3). Los siguientes versículos luego describen el regreso de Cristo, afirmando que este cautiverio ocurre durante el tiempo del fin.

La advertencia de Ezequiel para nosotros

Tal como Jeremías, el sacerdote Ezequiel profetizó mucho después que el antiguo reino de Israel fuese destruido y su gente llevada en cautiverio por los asirios. La conquista de los ejércitos babilonios por el rey Nabucodonosor había obligado al exilio a este joven judío, Ezequiel,



Millones de personas viven atemorizadas de convertirse en víctimas de crímenes o violencia fortuita. Muchas ciudades son cloacas de crimen, violencia pandillera, pobreza, analfabetismo e ilegitimidad.

de la tierra de Judá, y a miles de sus ciudadanos unos 130 años después de la destrucción del reino del norte de Israel.

La misión y el mensaje de Ezequiel *no pudieron* haber sido para el antiguo reino de Israel, porque *ese reino había desaparecido hacía mucho tiempo*. Dios ya había expulsado a su gente a una tierra extranjera en las lejanías del Imperio asirio, a cientos de kilómetros del lugar de exilio de Ezequiel en Babilonia. Si Dios hubiese estado usando a Ezequiel

para advertir al reino antiguo de Israel, ¡hubiese sido más de un siglo demasiado tarde!

Sin duda que Ezequiel dirigió parte de su mensaje a la nación de Judá, la cual en ese tiempo estaba siendo llevada en cautiverio. Pero partes de su mensaje fueron sin duda alguna dirigidas a “*toda la casa de Israel*” –*las doce tribus*– y se aplican también al tiempo del fin (Ezequiel 39:25; 45:6).

¿Cuál fue el mensaje de Dios para “toda la casa de Israel” a través del profeta Ezequiel? “Hijo de hombre, así dice el Señor omnipotente al pueblo de Israel: ¡Te llegó la hora! Ha llegado el fin para todo el país. ¡Te ha llegado el fin! Descargaré mi ira sobre ti; te juzgaré según tu conducta y te pediré cuentas de todas tus acciones detestables. No voy a tratarte con piedad ni a tenerte compasión, *sino que te haré pagar cara tu conducta* y tus prácticas repugnantes. Así sabrás que yo soy el Señor . . . Cuando la desesperación los atrape, en vano buscarán la paz . . . Yo los trataré según su conducta, y los juzgaré según sus acciones. Así sabrán que yo soy el Señor” (Ezequiel 7:2-4, 25, 27, NVI).

El libro de Ezequiel contiene muchas advertencias similares que se aplican a los descendientes modernos de todos los israelitas, tanto de la casa de Israel como la casa de Judá. Dios condena la desenfrenada inmoralidad, corrupción, codicia, violencia y opresión de los indefensos por los descendientes modernos de las doce tribus de Israel. Él aborrece el hecho de que se han corrompido con dioses falsos, menospreciado sus cosas santas y profanado sus sábados (Ezequiel 22:7-13).

Debido a esta degeneración moral, Dios también dice: “*Te dispersaré por las naciones, y te esparciré por las tierras; y haré fenecer de ti tu inmundicia*. Y por ti misma serás degradada a la vista de las naciones; y *sabrás que yo soy el Eterno*” (vv. 15-16).

Dios promete que castigará o librá a cada individuo humano según su actitud y conducta. Él explica: “Cuando el justo se apartare de su justicia, e hiciere iniquidad, morirá por ello. Y cuando el impío se apartare de su impiedad, e hiciere según el derecho y la justicia, vivirá por ello . . . Yo os juzgaré, oh casa de Israel, a cada uno conforme a sus caminos” (Ezequiel 33:18-20).

Colapso y cautiverio nacional

Este castigo devastador comprenderá, tal como vemos en estas profecías, la ruina y cautiverio nacional de los israelitas modernos. Ahora examinemos otras crisis que Estados Unidos y otros pueblos de descendencia británica enfrentarán en ese tiempo.

Note las maldiciones nacionales que Dios incluyó en su pacto con Israel antiguo: “Pero acontecerá, si no oyeres la voz del Eterno tu Dios . . .

que vendrán sobre ti todas estas maldiciones, y te alcanzarán. Maldito serás” (Deuteronomio 28:15-16).

Estas maldiciones en cuanto a la desobediencia incluyen enfermedades y epidemias incapacitantes (versículos 21-22, 27, 35, 59-62); trastornos mentales (versículo 28); patrones climáticos anormales que conllevarán a sequías devastadoras (versículos 23-24) e infestaciones de insectos que destruirán las cosechas (versículos 38-40, 42) dando lugar a hambrunas (versículos 53-57); y, finalmente, invasión y cautiverio (versículos 32-33, 36, 41, 47-52, 64-68).

Levítico 26:14-39 describe consecuencias similares, pero además nota que Dios quebrantará “la soberbia de vuestro orgullo” de manera que “huiréis sin que haya quien os persiga” (vv. 17, 19).

Parece ser que ya estamos siendo testigos del cumplimiento de esta

El cumplimiento dual en la profecía bíblica

Muchas profecías bíblicas son duales. En tales casos, un profeta habla bajo la inspiración de Dios y se lleva a cabo el primer cumplimiento de la profecía. Después, generalmente al final de esta era y antes del retorno de Jesucristo, se materializa el segundo cumplimiento.

Un excelente ejemplo de esta dualidad se encuentra en una profecía que Dios entregó mediante Joel acerca del Espíritu Santo: “Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. También sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días.

“Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, y fuego, y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso del Eterno . . . reuniré a todas las naciones, y las haré descender al valle de Josafat, y allí entraré en juicio con ellas . . .” (Joel 2:28-3:2).

Dios inspiró al apóstol Pedro para que

citara este pasaje a fin de describir los sucesos de aquel Día de Pentecostés en el que Dios fundó la Iglesia después de la resurrección de Jesús (Hechos 2:14-21). De hecho, mediante el poder del Espíritu Santo ocurrieron milagrosas manifestaciones en ese entonces (Hechos 2:1-13).

Pero este fue solo el primer cumplimiento de la profecía de Joel. El último cumplimiento se llevará a cabo en el tiempo del fin e incluirá, entre otras cosas, la reunión de las naciones para enfrentar el juicio de Dios en el valle de Josafat (Joel 3:2, 12). Esto no ocurrió en el Día de Pentecostés. Así vemos, entonces, que las profecías pueden ser duales.

De manera similar, Dios inspiró muchas otras profecías con significado dual. Ellas sirvieron de advertencia a los israelitas en ese tiempo y servirán de advertencia a los descendientes modernos de ese mismo pueblo. Gran Bretaña, los Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda y las naciones del noroeste europeo, quienes representan a estos pueblos hoy en día, deberían prestar atención a estas advertencias.

profecía en nuestro tiempo. El rápido dismantelamiento del Imperio británico fue quizás más notable que su ascenso a la grandeza. Después de ser un imperio en el cual el sol nunca se ponía, Gran Bretaña ha perdido posesión tras posesión. La mayoría de las naciones que una vez formaron parte del Imperio británico son ahora independientes y ya no están sometidas al gobierno británico.

Estados Unidos, que emergió de la Segunda Guerra Mundial como el poder militar mundial preeminente, no tardó en verse envuelto en una lucha sangrienta que terminó en empate con Corea y en una humillante derrota en Vietnam. Incluso en guerras recientes, como las de Afganistán, Irak, Kuwait, Bosnia y Serbia, en las cuales Estados Unidos alcanzó sus



metas iniciales, sus fuerzas armadas se vieron sobrecargadas de costosas obligaciones para mantener la paz y sin una ruta fácil de escape. Desde el empate con Corea, Estados Unidos solo ha salido claramente victorioso en conflictos decididamente unilateral-

Estas maldiciones en cuanto a la desobediencia incluyen patrones climáticos anormales que conllevarán a sequías devastadoras e infestaciones de insectos que destruirán las cosechas, dando lugar a grandes hambrunas.

les, como los de Granada y Panamá.

A pesar de que Estados Unidos continúa siendo la potencia militar más poderosa del mundo por un amplio margen, su ventaja se ve grandemente afectada por su falta de voluntad política y compromiso para ganar decisivamente sus guerras.

Otra señal de su deterioro es el hecho de que Gran Bretaña y Estados Unidos han perdido muchos de los portales marítimos estratégicos que ganaron y mantuvieron a tan alto costo. En años recientes han devuelto posesiones estratégicamente cruciales, tales como el canal de Panamá y Hong Kong. Y sin duda, esta tendencia continuará.

"Habrá entonces gran tribulación"

Otras profecías indican que el tiempo de conflictos profetizado que

afectará a Estados Unidos, Gran Bretaña, Australia, Canadá, Nueva Zelanda, Sudáfrica y las democracias del noroeste de Europa, será solo el preludio de un tiempo de turbulencia y caos que el mundo nunca antes ha visto.

Al describir este terrible periodo que tendrá lugar justo antes de su regreso, Jesús dijo: “Porque habrá entonces gran tribulación, *cual no la ha habido* desde el principio del mundo hasta ahora, *ni la habrá*. Y si aquellos días no fuesen acortados, *nadie sería salvo*; mas por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados” (Mateo 24:21-22).

Solo en las últimas décadas la humanidad ha debido enfrentarse a la



Al final de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos no tenía rivales como potencia militar. No obstante, al poco tiempo su intervención en Corea terminó en empate y sufrió una humillante derrota en Vietnam.

terrible probabilidad de una total aniquilación humana. Tenemos suficientes armas nucleares almacenadas para matar a todo hombre, mujer y niño una y otra vez. Algunas naciones (incluyendo los Estados terroristas) tienen los medios para devastar países enteros con armas químicas y biológicas. Muchas profecías bíblicas sirven como recordatorios espeluznantes del tipo de masacre que esas armas pueden causar.

¿Qué tan espantoso será ese tiempo? El libro de Apocalipsis describe una combinación de catástrofes sobrenaturales y otras causadas por el hombre que arrasarán con la Tierra en el tiempo del fin. Uno solo de estos grandes desastres destruirá por completo a *un tercio* de la población mun-

dial, y *miles de millones* de personas morirán (Apocalipsis 9:15, 18). Las condiciones serán tan nefastas, que “los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; y ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos” (v. 6).

Dios no desea castigar a los seres humanos. A través de Ezequiel él dice: “Diles: Vivo yo, dice el Eterno el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva. Volveos, *volvéos de vuestros malos caminos*; ¿por qué moriréis, *oh casa de Israel?*” (Ezequiel 33:11).

Lamentablemente, esta es la única manera de que mucha gente llegue por fin al arrepentimiento.

Israel recupera su grandeza

A pesar de estas grandes calamidades, la profecía nos dice que después del regreso de Jesucristo a la Tierra para establecer el Reino de Dios, los sobrevivientes de las tribus de Israel experimentarán incluso más honra que la que una vez conocieron. Dios promete una reunificación sin precedentes de Israel.

“Asimismo acontecerá en aquel tiempo, que el Eterno *alzará otra vez su mano* para recobrar el remanente de su pueblo que aún quede . . . Y levantará pendón a las naciones, y juntará los desterrados de Israel, y reunirá los esparcidos de Judá *de los cuatro confines de la tierra*” (Isaías 11:11-12).

Aquellos que regresen serán un pueblo transformado y humilde. Hablando de cuando Israel sería capturado, Dios dijo: “Y serviréis allí a dioses hechos de manos de hombres, de madera y piedra, que no ven, ni oyen, ni comen, ni huelen. Mas si *desde allí buscares al Eterno tu Dios*, lo hallarás, si lo buscares de todo tu corazón y de toda tu alma.

“Cuando estuvieres en angustia, y te alcanzaren todas estas cosas, si en los postreros días te volvieres al Eterno tu Dios, y oyeres su voz; porque Dios misericordioso es el Eterno tu Dios; *no te dejará, ni te destruirá, ni se olvidará del pacto que les juró a tus padres*” (Deuteronomio 4:28-31).



Con el desarrollo de armas nucleares en el último siglo, la extinción de la raza humana se convirtió en una posibilidad real. Existen suficientes cabezas nucleares como para matar a todos los habitantes del planeta no solo una, sino muchas veces.

Note que este pasaje ocurre “en los postreros días” (v. 30). Dios sabe que cuando la gente se rehúsa a obedecerle, por lo general debe aprender su lección con mano dura. Sin embargo, él siempre está dispuesto a bendecir a aquellos que se arrepienten de ir por malos caminos.

Por medio del profeta Ezequiel, Dios dice de este tiempo: “. . . mientras la casa de Israel moraba en su tierra, la contaminó con sus caminos y con sus obras . . . Les esparcí por las naciones, y fueron dispersados por las tierras; conforme a sus caminos y conforme a sus obras les juzgué.

“Y yo os tomaré de las naciones, y os recogeré de todas las tierras, y os traeré a vuestro país. Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos



“Asimismo acontecerá en aquel tiempo, que el Eterno alzará otra vez su mano para recobrar el remanente de su pueblo que aún quede . . . y juntará los desterrados de Israel, y reunirá los esparcidos de Judá de los cuatro confines de la tierra”.

vuestros ídolos os limpiaré. *Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros;* y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. *Y pondré dentro de vosotros mi espíritu,* y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra. Habitaréis en la tierra que di a vuestros padres, y vosotros me seréis por pueblo, y yo seré a vosotros por Dios” (Ezequiel 36:17-28).

Dios nunca cumplió esta profecía ni en Israel antiguo ni en Judá, ya que permitió que su espíritu estuviese disponible solo para unos pocos escogidos antes de comenzar la Iglesia del Nuevo Testamento en 31 d. C., como se registra en Hechos 2. Estos acontecimientos aún están por llevarse a cabo. Dios promete que cuando estas personas decidan humillarse y se arrepientan, él les dará acceso a su Espíritu. Ya no serán rebeldes ni desobedientes a su Creador y, guiados por ese Espíritu, voluntariamente seguirán a Dios y obedecerán sus leyes.

Israel es reunificado

A medida que se vayan cumpliendo las profecías de los últimos tiempos acerca de Israel, este pueblo llegará a comprender a Dios y lo que él espera de los israelitas de una forma que nunca antes experimentaron. Los descendientes de las diez tribus del reino del norte descubrirán que no son gentiles, como muchos creen. Una vez que se humillen, se arrepentirán de sus malos andares y buscarán el verdadero conocimiento de Dios. La casa de Israel y la casa de Judá volverán a unirse como una sola nación bajo Cristo.

Las profecías de Ezequiel describen la sobrecogedora reunión de los que pertenezcan al “Israel perdido” con sus hermanos de Judá: “Hijo de hombre, toma ahora un palo, y escribe en él: Para Judá, y para los hijos de Israel sus compañeros. Toma después otro palo, y escribe en él: Para José, palo de Efraín, y para toda la casa de Israel sus compañeros. Júntalos luego el uno con el otro, para que sean uno solo, y serán uno solo en tu mano . . .

“Y les dirás: Así ha dicho el Eterno el Señor: He aquí, yo tomo a los hijos de Israel de entre las naciones a las cuales fueron, y los recogeré de todas partes, y los traeré a su tierra; y los haré una nación en la tierra . . . y nunca más serán dos naciones, ni nunca más serán divididos en dos reinos” (Ezequiel 37:16-17, 21-22).

Esta nación unificada estará compuesta tanto del pueblo judío –los descendientes del antiguo reino de Judá– como de los descendientes de las otras diez tribus.

Después del período de “la angustia de Jacob” en los últimos días, que será la corrección justa y necesaria que Dios impartirá al pueblo de Israel, quedará un remanente arrepentido. Los pertenecientes a las así llamadas *tribus perdidas* del reino del norte, incluyendo los pueblos de Gran Bretaña y Estados Unidos, se habrán arrepentido de quebrantar las leyes del pacto, incluyendo el sábado y las fiestas santas de Dios, y los judíos del reino del sur habrán reconocido a Jesús como su verdadero Mesías.

Finalmente, los descendientes modernos de ambos reinos se reunirán por primera vez en casi 3000 años para formar una sola nación.

Dios hace además otra asombrosa promesa: “*Mi siervo David será rey sobre ellos*, y todos ellos tendrán un solo pastor; y andarán en mis preceptos, y mis estatutos guardarán, y los pondrán por obra. Habitarán en la tierra que di a mi siervo Jacob, en la cual habitaron vuestros padres; en ella habitarán ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos para siempre; y *mi siervo David será príncipe de ellos para siempre*.”

“Y haré con ellos pacto de paz, *pacto perpetuo* será con ellos; y los estableceré y los multiplicaré, y pondré mi santuario entre ellos para siempre” (vv. 24-26).

Cuando Jesús regrese Dios resucitará al rey David, a quien llamó “varón conforme a mi corazón” (Hechos 13:22), para que gobierne sobre el reino reunificado. Junto con muchos otros siervos de Dios, él será resucitado a la vida eterna (1 Tesalonicenses 4:16-17; 1 Corintios 15:52). También, tal como Cristo prometió, los doce apóstoles gobernarán sobre las doce tribus de Israel (Mateo 19:28; Lucas 22:30).

Ahora consideremos el rol internacional que el Israel restaurado y reunificado del futuro cumplirá en el plan de Dios. Veamos cómo los descendientes de Jacob serán un ejemplo para todas las naciones en el Reino de Dios venidero.

La gloria futura de Israel

Dios dice lo siguiente sobre la formación de esta nación reunificada: “Y yo mismo recogeré el remanente de mis ovejas de todas las tierras adonde las eché, y las haré volver a sus moradas; y crecerán y se multiplicarán. Y pondré sobre ellas pastores que las apacienten; y no temerán más, ni se amedrentarán, ni serán menoscabadas, dice el Eterno.

“He aquí que vienen días, dice el Eterno, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual le llamarán: el Eterno, justicia nuestra” (Jeremías 23:3-6). Este Gobernador supremo es Jesucristo.

Bajo Jesús, los santos resucitados –los seres humanos que hayan sido parte del cuerpo de creyentes que formaron su verdadera Iglesia– servirán fielmente como instructores de los ciudadanos del Israel restaurado (compare Isaías 30:19-21 con Apocalipsis 1:6; 5:10; 20:4, 6).

Cuando los israelitas se vuelvan a Dios con arrepentimiento y obediencia, Dios nuevamente hará llover bendiciones físicas sobre ellos. Su tierra se volverá inmensamente productiva.

Así describió el profeta Amós esta futura prosperidad: “He aquí vienen días, dice el Eterno, en que el que ara alcanzará al segador, y el pisador de las uvas al que lleve la simiente; y los montes destilarán mosto, y todos los collados se derretirán. Y traeré del cautiverio a mi pueblo Israel, y edificarán ellos las ciudades asoladas, y las habitarán; plantarán viñas, y beberán el vino de ellas, y harán huertos, y comerán el fruto de ellos. Pues los plantaré sobre su tierra, y nunca más serán arrancados de su tierra que yo les di, ha dicho el Eterno Dios tuyo” (Amós 9:13-15).

En este tiempo también se proclamará una paz sin precedentes. “Y él [Jesús, el Mesías] juzgará entre muchos pueblos, y corregirá a naciones poderosas hasta muy lejos; y martillarán sus espadas para azadones, y sus lanzas para hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se ensayarán más para la guerra. Y se sentará cada uno debajo de su vid y debajo de su

higuera, y no habrá quien los amedrente; porque la boca del Eterno de los ejércitos lo ha hablado” (Miqueas 4:3-4).

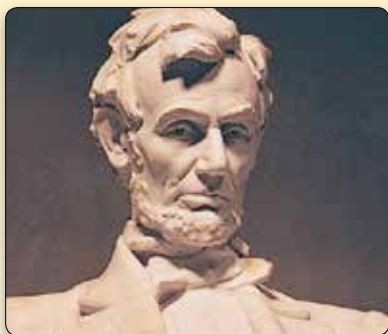
Los profetas también revelan que este será un tiempo de sanación. Los cojos volverán a caminar y los que padezcan enfermedades serán sanados (Isaías 35:5-6).

Cuando otras naciones vean la prosperidad de Israel y su relación con Dios, se preguntarán cómo pueden ellas también ser bendecidas y no tardarán en darse cuenta de que la prosperidad de Israel es el resultado de su obediencia a Dios. Luego, las naciones gentiles procurarán aprender acerca del Dios de Israel. “En aquellos días acontecerá que diez hombres de las naciones de toda lengua tomarán del manto a un judío, diciendo: Iremos con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros” (Zacarías 8:23).

Las naciones comenzarán a aprender los caminos de Dios con la ayuda de un Israel restaurado y obediente, y Jerusalén se convertirá en el centro mundial de la educación religiosa. Tal como el profeta Miqueas explicó:

“Acontecerá en los postreros tiempos que el monte de la casa del

“Nos hemos vuelto... demasiado orgullosos para orar al Dios que nos creó”.



“Hemos sido los recipientes de las primicias más selectas del cielo. Hemos sido preservados, por muchos años, con paz y prosperidad. Hemos crecido en número, riquezas, y poder, como ninguna otra nación ha crecido jamás.

“Pero nos hemos olvidado de Dios. Hemos olvidado la mano gentil que nos ha preservado en paz, y multiplicó, y enriqueció, y reforzó; en vano hemos imaginado, a través del engaño de nuestros corazones, que todas estas bendiciones fueron producidas por alguna sabiduría y virtud superior propias.

“¡Intoxicados por el éxito infalible, hemos llegado a creernos demasiado independientes para sentir la necesidad de cambiar y preservar la gracia; demasiado orgullosos para orar al Dios que nos creó!”

—Abraham Lincoln,
Presidente de los Estados Unidos 1861-1865

Eterno será establecido por cabecera de montes, y más alto que los collados, y correrán a él los pueblos. Vendrán muchas naciones, y dirán: Venid, y subamos al monte del Eterno, y a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos, y andaremos por sus veredas; porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Eterno” (Miqueas 4:1-2).

Finalmente, Israel será por fin la nación modelo del mundo, un ejemplo de las bendiciones y el camino de vida que otras naciones querrán emular. Dios le enseñará a todo el mundo la verdad de su sábado, el tiempo sagrado para acercarse a él semanalmente (Isaías 66:23).

Las fiestas santas de Dios, que representan su plan de salvación, también serán parte importante de la adoración a Dios en esa era futura. Dios incluso nos dice que representantes de las naciones que rodeen a Jerusalén acudirán a ella cada año para adorarlo durante la gran fiesta de otoño.

“Y todos los que sobrevivieren de las naciones que vinieron contra Jerusalén, subirán de año en año para adorar al Rey, al Eterno de los ejércitos, y a *celebrar la fiesta de los tabernáculos*. Y acontecerá que los de las familias de la tierra que no subieren a Jerusalén para adorar al Rey, el Eterno de los ejércitos, no vendrá sobre ellos lluvia” (Zacarías 14:16-17).

La gloria del Israel restaurado resplandecerá mucho más que durante su época de oro bajo Salomón o que la de cualquier otra nación o reino que el mundo haya visto. Todo esto acontecerá porque Cristo será la cabeza de esa nación. A través de su Creador, Israel nuevamente ganará “renombre” y “alabanza entre todos los pueblos de la tierra” (Sofonías 3:20). Israel finalmente se convertirá en el ejemplo que Dios quiso que fuera.

Dios no se ha olvidado –ni se olvidará jamás– de sus promesas a Abraham, Isaac y Jacob. Las páginas de la historia y las profecías que aún están por cumplirse muestran a un Dios que se ha mantenido fiel a cada detalle de su palabra.

Su parte en el plan de Dios

Ahora llegamos a la pregunta más importante que usted se hará: ¿Qué pasará con *usted* a medida que estas profecías se vayan cumpliendo?

En esta serie hemos cubierto gran parte de la historia de Israel. Hemos visto cómo este pueblo fue dividido en dos naciones, rechazó a Dios y fue llevado en cautividad. Hemos examinado profecías y evidencia histórica que indican que Gran Bretaña, Estados Unidos y los otros pueblos de descendencia británica son los descendientes modernos de José, el padre de las tribus israelitas de Efraín y Manasés. Hemos estudiado las profecías que revelan lo que ocurrirá con estos pueblos antes y después del regreso de Jesús. Todas las naciones de la Tierra se verán afectadas por su caída y restauración.

Usted tiene opciones: puede descartar este conocimiento si así lo desea, y nadie puede forzarlo a aceptarlo. Esta historia es tan extraordinaria, que mucha gente simplemente se rehúsa a creerla y prefiere racionalizar los hechos de alguna manera. Pero el precio de optar por ignorarla es muy alto, ya que Dios es fiel a sus promesas y todas las predicciones que él ha hecho, buenas o malas, se llevarán a cabo.

Cuando usted decida qué rumbo tomar, recuerde lo que Dios les dijo a los israelitas de antaño después de explicar los términos de la relación que tendrían con él: “A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; *escoge, pues, la vida*, para que vivas tú y tu descendencia; amando al Eterno tu Dios, atendiendo a su voz, y siguiéndole a él; porque él es vida para ti . . .” (Deuteronomio 30:19-20).

Dios también nos dice que él “ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo . . .” (Hechos 17:30-31). Su advertencia va dirigida a israelitas y no israelitas por igual. Sin embargo, él promete protección de la tormenta venidera a un grupo de aquellos que vuelvan a él con un ver-

“Tiemblo por mi país cuando pienso que Dios es justo; que su justicia no puede dormir para siempre”.



“Dios que nos dio la vida nos dio libertad. ¿Y pueden las libertades de una nación considerarse seguras cuando hemos removido su única base firme, una convicción en la mente de las personas de que estas libertades son un regalo de Dios? . . . Ciertamente, tiemblo por mi país cuando pienso que Dios es justo; que su justicia no puede dormir para siempre”.

—Thomas Jefferson,
Presidente de EE.UU. 1801-1809.

dadero arrepentimiento (Apocalipsis 3:10; 12:13-17).

De manera similar, Jesús nos dice: “Estén siempre vigilantes, y oren para que puedan escapar de todo lo que está por suceder, y presentarse

delante del Hijo del hombre” (Lucas 21:36, NVI).

Dios no nos deja a oscuras. Nos revela qué les espera a Estados Unidos, Gran Bretaña y los pueblos de descendencia británica y también al resto del mundo. Como las Escrituras dicen: “Porque no hará nada



Dios no ha olvidado—y jamás olvidará—sus promesas a Abraham, Isaac y Jacob. Las páginas de la historia y las profecías que aún están por cumplirse muestran que Dios es fiel a su palabra.

el Eterno el Señor, sin que revele su secreto a sus siervos los profetas” (Amós 3:7).

Los autores y editores de esta serie, en servicio al Creador de todas las razas y pueblos, han mostrado el futuro que les espera a muchas naciones y pueblos a menos que se arrepientan (Jeremías 18:7-9). Tal como el profeta Ezequiel, a quien se le dio la tarea de ser “atalaya a la casa de Israel” (Ezequiel 3:17-19; 33:1-7), lo exhortamos a aceptar y seguir las instrucciones de Dios para que también pueda ser bendecido y protegido por él.

Su futuro depende de su decisión. ¡Deseamos que tenga la sabiduría y el carácter para escoger sensatamente!

Si desea más información

Este folleto es una publicación de la Iglesia de Dios Unida, *una Asociación Internacional*. La iglesia tiene congregaciones y ministros en México, Centro y Sudamérica, Europa, Asia, África, Australia, Canadá, el Caribe y los Estados Unidos.

Los orígenes de nuestra labor se remontan a la Iglesia que fundó Jesucristo en el siglo primero, y seguimos las mismas doctrinas y prácticas de esa Iglesia. Nuestra comisión es proclamar el evangelio del venidero Reino de Dios en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, enseñándoles a guardar todo lo que Cristo mandó (Mateo 28:18-20).



Absolutamente gratis:

Jesús dijo: "Lo que ustedes recibieron gratis, denlo gratuitamente" (Mateo 10:8, NVI). No solicitamos donaciones al público. Sin embargo, gracias a la generosidad de los miembros de la Iglesia de Dios Unida y de otros colaboradores que voluntariamente respaldan nuestra labor, podemos ofrecer todas nuestras publicaciones gratuitamente.

Consultas personales: Jesús les mandó a sus seguidores que apacentaran sus ovejas (Juan 21:15-17). En cumplimiento de esta comisión, la Iglesia de Dios Unida tiene congregaciones en muchos países, donde los creyentes se reúnen para recibir instrucción basada en las Sagradas Escrituras y para disfrutar del compañerismo cristiano.

La Iglesia de Dios Unida se esfuerza por comprender y practicar fielmente el cristianismo tal como se revela en la Palabra de Dios, y nuestro deseo es dar a conocer el camino de Dios a quienes sinceramente buscan obedecer y seguir a Jesucristo.

Nuestros ministros están disponibles para contestar preguntas y explicar la Biblia. Si usted desea ponerse en contacto con un ministro, no deje de escribirnos a nuestra dirección más cercana a su domicilio o visite nuestro sitio web iduai.org.

DIRECCIONES

Argentina: Casilla 118, Centenario, Neuquén

Bolivia: Casilla 3-34932, San Miguel, La Paz

Chile: Avenida Fernández Albano 786, La Cisterna, Santiago

Colombia: Apartado Aéreo 246001, Bogotá D.C.

Estados Unidos: P.O. Box 541027, Cincinnati, OH 45254-1027

Teléfono: (001) (513) 576-9796

Fax (001) (513) 576-9795

Guatemala: Apartado Postal No. 42- F, Ciudad de Guatemala

Perú: Apartado 11-073, Lima

Correo electrónico: info@ucg.org

Sitio en Internet: www.iduai.org

Autores: Roger Foster, Jeff Patton, John Ross Schroeder *Otros contribuidores:* Scott Ashley, Tom Robinson, Melvin Rhodes, Randy Stiver *Revisión Editorial:* Wilbur Berg, Howard Davis, Robert Dick, Peter Eddington, Roy Holladay, Gerald Hoyer, Paul Kieffer, Burk McNair, Mario Seiglie, Donald Ward
Diseño: Shaun Venish *Edición en español:* Debbie Orsak, Catalina Seiglie, Jaime Díaz, Jaime Salek.

